

LO QUE  
TOMO *de ti*  
LORRAINE COCÓ



Suspense  Romántico

© 2017, Lo que tomo de ti.

Serie Suspense romántico

© Lorraine Cocó

© Imágenes originales para la portada, Adobe Stock Photo

Diseño de portada: Lorraine Cocó

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,  
distribución,  
comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse  
con  
la autorización expresa de los titulares del copyright.

Para Mónica Agüero, por prestarme tus mágicos ojos,  
tu infinita paciencia y hasta tu nombre.  
Gracias por estar siempre para mí.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[SORTEOS INTERNACIONAL](#)

[GLOSARIO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

# CAPÍTULO 1

—De verdad, cuñado, tienes que hacer esto por mí.

Shadow miró a su cuñadita, Duff, arqueando una de sus espesas cejas.

—Pequeñaja, ¿qué te hace pensar que cualquiera puede hacer mi trabajo?

—preguntó inclinándose hacia delante en la silla y acariciando la cabeza de Floki, su enorme y peludo pastor alemán, que se había colocado entre sus piernas.

Tomó su cerveza y dio un gran trago, directamente del botellín. No sabía cómo iba a salir de aquella situación. Duff era la pequeña de la familia, e imposible de ignorar cuando ponía esa cara de cachorrito desvalido. Pero si algo tenía claro era que caer en sus garras manipuladoras le iba a costar un problema con Emma, su mujer. O la que esperaba que se convirtiera en su mujer, en cuanto tuviese la oportunidad de pedirle matrimonio, como ella se merecía.

—¡Me insultas! Yo no soy cualquiera —dijo aparentemente ofendida, cruzándose de brazos—. Soy una mujer fuerte, preparada...

—Eres una mujer... diminuta...

—¡Eh! —protestó golpeándole en el brazo.

Él se lo miró sin inmutarse.

¿Qué había esperado? Su metro sesenta y tres y sus bracitos delgados no tenían comparación con los dos metros de su cuñado y bíceps más anchos que sus muslos.

—Y has estudiado psicología... —alegó éste continuando con su molesto razonamiento.

Duff contuvo el aliento menguando su mirada azul. Estaba claro que convencer a Shadow iba a ser más difícil de lo que pensaba. Iba a tener que atacar con todas sus armas.

—Lo necesito, tú eres el único que puede ayudarme. Mi novio desde hace cinco años acaba de ponerme los cuernos con mi ex mejor amiga, ex colega de trabajo y ex compañera de piso. He tenido que dejar a mi novio, mi apartamento y hasta mi empleo —dijo enumerando con los dedos—, para no tener que ver a esos dos cada día de mi miserable vida. Necesito empezar de nuevo. He encontrado otro apartamento que compartir con un chico muy majo, pero sin trabajo ya me dirás cómo pago mi parte del alquiler...

Él resopló pensando que estaba claro que el don de hilvanar una frase con otra sin tomar aire entre medias, era algo familiar.

Duff miró a su cuñado y dedujo que estaba a punto de claudicar, aunque solo fuese por quitársela de encima. Solo necesitaba un último empujoncito.

—Vale, se que a priori puede parecer una locura. Como tú dices, soy pequeñita y no parezco muy amenazadora, pero creo que mis estudios como psicóloga pueden ser una herramienta más útil de lo que crees para el trabajo y no voy a molestarte. No tendrás que preocuparte por mí. No seré una carga, pero lo necesito de veras....

Otra vez los ojos de corderito.

—Tu hermana me mataría y, si después quedase algo de mí, se lo comería Alanah... crudo.

—¡No seas exagerado! ¡No lo harían!

Shadow se giró hacia ella con media sonrisa, incrédula, paseando por sus labios.

—Es verdad —reconoció dejándose caer en la silla de plástico del jardín.

Toda su familia la sobreprotegía, en especial, su hermana y la mejor amiga de esta. La vigilaban de cerca y se aseguraban de que estuviese bien, hasta el punto de que, tras saber que había sido traicionada por su novio, le habían hecho una visita al canalla para cerciorarse de que no se le ocurría volver a acercarse a ella.

Sonrió al pensar en las dos.

Las adoraba y sabía que se enfurecerían si empezaba a trabajar con Shadow. Lo considerarían peligroso, temerario, irreflexivo y alarmante. Se volverían literalmente locas, y entendía el porqué. Sabía que podía parecer descabellado. Ella siempre había sido la niña buena, la princesita de la casa. Había sacado buenas notas, salido con el aparentemente chico perfecto, no se había metido en líos y había estudiado psicología consiguiendo quedar la segunda de su promoción. Había seguido “el plan” establecido para tener una vida perfecta, pero todo se había ido al traste hacia tres semanas, y desde entonces estaba perdida, o mejor dicho; indómita.

Ya no quería seguir el plan, no quería una vida en la que supiese lo que iba

a pasar cada día. Tenía veintitrés años y ansiaba emociones fuertes. Hacer algunas locuras, ponerse a prueba, salir de su zona de confort. Y el trabajo de Shadow le brindaba la oportunidad perfecta. Era emocionante, diferente, algo peligroso y además podría ganar mucho dinero. Mucho más de lo que estaba destinada a conseguir en su anterior empleo. Por todo ello tenía que convencer a su cuñado, costase lo que costase. Aprovechando que el grandullón era parco en palabras, siguió con su discurso.

—Está bien, entiendo tus dudas, yo también las tendría. Quieres protegerme, como todos. Pero soy una mujer adulta, tengo derecho a tomar mis propias decisiones. Creí que tú me entenderías, nunca has dejado que los demás digan cómo tienes que vivir tu vida. Es una de las cosas que más admiro de ti.

Lo vio ensanchar el pecho de puro orgullo y decidió continuar.

—Por eso pensé que al menos me pondrías a prueba, no pido más. Solo una oportunidad de aprender con el mejor. Me ocuparé de los casos que quieras darme y seré una alumna ejemplar, la mejor que hayas tenido jamás. Y... yo me ocuparé de mi hermana, Alanah y el resto de la familia.

—¿Qué pasa con la familia? —preguntó Emma apareciendo por la puerta que comunicaba la cocina con el patio trasero.

Se acariciaba el abultado vientre, al tiempo que resoplaba. Acababa de entrar en el octavo mes de embarazo, y se le estaba haciendo un poco cuesta arriba.

—¿Estás cansada, princesa? —preguntó al instante Shadow, levantándose

de la silla y acercándose a ella. La tomó por la cintura y escrutó su rostro, comprobando que estaba en lo cierto.

—Tienes que descansar, hermanita. Iros tranquilamente, yo recojo —se apresuró a ofrecerse Duff, con una doble razón; impediría que Emma se quedase a recoger los restos de la barbacoa familiar, hasta quedar exhausta, y evitaría que la interrogase sobre la conversación que mantenía con su cuñado.

—Gracias, Duffi. La verdad es que me siento más cansada de lo normal. Eres un amor —le dijo su hermana con una sonrisa cansada.

—No hay de qué —respondió acercándose a besarla en la mejilla, e instándola a marcharse dirigiéndola de nuevo al interior.

Emma le devolvió una mirada suspicaz.

—Vamos cariño —dijo Shadow, tomando el relevo de guiarla hacia dentro.

—Nos vemos el lunes —susurró Duff a su cuñado con una enorme sonrisa —, estoy deseando empezar —añadió aprovechando que al estar su hermana tan cerca, no le daría una réplica.

Shadow levantó su dedo índice y lo sacudió en el aire, como si la aleccionara en silencio, y ella cambió el gesto eliminando la sonrisa de su rostro, solo hasta que desaparecieron de su vista. Entonces dejó que la alegría aflorara de nuevo.

Estaba feliz. Era posible que sus padres y hermanos pusiesen el grito en el cielo cuando se enterasen, pero por una vez en las últimas semanas, sus perspectivas de futuro le parecían... excitantes.

## CAPÍTULO 2

No era la primera vez que entraba en las oficinas de su cuñado, pero desde aquella primera ocasión habían transcurrido tres años. Su hermana y Shadow se habían pasado dos años recorriendo el país en su furgoneta camperizada, y después decidieron volver y reestablecerse en Nueva York, algo que alegró enormemente a toda la familia.

Todo había ido bien hasta que Shadow había hecho público su deseo de convertirse en cazarrecompensas. Antes había sido detective de la Unidad de Inteligencia de la policía, un trabajo peligroso. Alanah, la mejor amiga de su hermana Emma, y casi hija adoptiva de sus padres, tenía una agencia de detectives y una tendencia casi psicótica a ponerse en peligro. Emma era secretaria de Alanah y su marido, en la agencia de detectives. Y de ella, la pequeña de la familia, habían esperado que el mayor peligro al que estuviese expuesta fuese cortase con un folio de alguno de los informes de sus pacientes.

Después de algunos episodios familiares en los que se habían enfrentado a la muerte, estaba segura de que no querrían ni oír hablar de que entrase a trabajar con su cuñado, como cazarrecompensas, pero era lo único que ella deseaba. Y hasta el momento nada había evitado que consiguiese lo que se propusiese.

Cargada de seguridad, se quitó las gafas de sol para colocárselas en la cabeza y entró en las oficinas, con la mejor de sus sonrisas. Había una mujer al teléfono, tras un pequeño mostrador, que le hizo un gesto con la mano para que

se acomodase en una de las sillas de la pequeña sala de espera, hasta que ella terminase. No la conocía, Shadow debía haberla contratado para atender el teléfono y, aunque respondió a su sonrisa educada, no le hizo caso y se concentró en inspeccionar aquella sala.

Lo primero que llamó su atención fue el enorme mural de corcho, colgado de la pared, en el que habían expuestas varias decenas de rostros bajo el cartel de “SE BUSCA”. Escudriñó los rostros de las personas, de lo más variopintas, intentando averiguar qué habrían hecho para merecer estar allí. Algunos personajes eran realmente siniestros pero otros como el anciano de la casilla superior derecha, no tenían pinta ni de haber cruzado la calle con el semáforo en rojo. Siguió inspeccionando con detalle fijándose en las siglas bajo los nombres; SC, NP, QF, INC... y las cantidades que algunos de ellos tenían junto a las letras; 5.000, 10.000 e iban ascendiendo hasta el medio millón de dólares.

Los ojos comenzaron a brillarle ante la perspectiva de pescar a alguno de esos sujetos tan cotizados. Empezaba a imaginarse a si misma pagando por adelantado seis meses del nuevo alquiler, cuando la mujer acabó con la llamada y le habló, terminando con su momento de ensoñación.

—Hola bonita, ¿en qué podemos ayudarte? —La sonrisa de la mujer era tan deslumbrante como un día de verano. No pudo evitar devolverle el gesto.

—Hola, estoy buscando a Shadow —dijo dejando que los nervios y la impaciencia se viesen reflejados en su rostro.

Su gesto debió contrariarla, ya que la inspeccionó de arriba abajo

inquisitivamente, lo que no hizo más que acrecentar su nerviosismo.

—¿Él la espera? El señor Hayden tiene una agenda muy apretada. Además de el tiempo que le dedica a su mujer, embarazada, está hasta arriba de casos.

Duff se quedó perpleja. La sonrisa en esta ocasión brillaba por su ausencia, había dejado de tutearla y no entendía la alusión a su hermana y su embarazo. Duff ladeó la cabeza, no muy segura de lo que tenía que contestar al respecto.

—Yo... soy la...

—Hola pequeñaja. Tenía la esperanza de que finalmente no aparecieras, pero ya veo que tus amenazas eran ciertas —dijo de repente Shadow asomando por la puerta de su oficina.

—Jefe, no tiene de qué preocuparse, yo me ocupo de la señorita —dijo la secretaria de su cuñado poniéndose en pie, diligente.

Shadow examinó su gesto adusto, nada habitual en su secretaria, salvo cuando alguna mujer había demostrado un interés poco profesional en él, y supo lo que estaba pasando inmediatamente.

—Mary, tranquila. Duff es peligrosa, pero no como crees. Es mi cuñada, la hermana de Emma —le aclaró yendo hasta ella y rodeándola por los hombros.

—¡Oh, Dios mío! Eso está mejor —dijo la mujer recobrando su gesto afable—. ¡Qué alegría conocerte! —fue hasta ella, tras salir del mostrador y la abrazó con calidez, dejándola aún más perpleja— Siento lo de antes. Me temo que soy un poco protectora con el jefe. Hay mucha descarada suelta por el barrio, ¿sabes? No entienden que es un hombre comprometido, a punto de

formar una familia...

—No es para tanto —repuso su cuñado algo abochornado.

Duff comenzó a reír al verlo por primera vez en ese estado.

—Vaya, cuñadito, no sabía que tuvieses tanto éxito...

—Y tanto que sí. Fíjate en las fuentes de galletas y pasteles que nos dejan todas las semanas.

Duff echó un vistazo a las dos bandejas sobre la mesita de las revistas, bien provistas de dulces variados.

—¿Mi hermana sabe algo de esto? —preguntó tras tomar una galleta y examinarla con interés.

—Claro que no. No necesita saber de estas estupideces. Bastante tiene preocupándose por el trabajo y el embarazo.

—Ujum... —dijo tras morder la galleta y retirarse una pepita de chocolate de la comisura del labio— Bueno, tranquilo cuñado —dijo palmeando su brazo—, que tu secreto está a salvo conmigo. Será confidencialidad entre compis de trabajo. Lo que pasa en la oficina, se queda en la oficina —aseguró tras tragar la galleta. Tomó otra de la bandeja y entró en la oficina de su cuñado con una gran sonrisa, esperando que la siguiera.

Shadow puso los ojos en blanco, sabiendo que la pequeña rubia no iba a traerle más que problemas.

## CAPÍTULO 3

—¿Y ahora qué se suponer que tengo que hacer contigo?

Shadow se reclinó en su sillón y pasándose la mano por la barba incipiente de dos días, clavó su mirada oscura en la de su cuñada que le sonría con expectación.

—Creo que es el momento de que me enseñes todos los secretos de la profesión. Estoy deseando empezar —las dos palmaditas infantiles que dio frente a su rostro, corroboraron que así era.

Shadow frunció el entrecejo. Maldita sea, parecía una animadora. No se la imaginaba en una profesión tan dura como la suya. Más de una vez se había visto en la obligación de perseguir a alguno de sus capturados, por calles, bares de mala muerte y locales poco recomendables. Incluso llegar al enfrentamiento físico. Tenía claro que con los casos que manejaba, en ese momento, no podía llevarla con él, pero tampoco podía dejarla sola. Necesitaba ser guiada y protegida.

Unos golpecitos en la puerta, siempre abierta, de su despacho los interrumpieron. Y bajo el marco apareció uno de los dos cazarrecompensas que trabajaban para él.

—Jefe, acabo de entregar a Mary la documentación del último. Me ha vomitado en el coche, el muy cerdo. Te voy a pasar la factura del lavado, ese tipo

era tuyo.

Shadow sonrió con pereza.

—Entonces, ¿me quedo con la mitad de tu recompensa, también?

El otro hombre chasqueó la lengua contra el paladar, mostrando una gran sonrisa que a Duff se le antojó golfa y seductora. El hombre joven que había interrumpido la conversación con su cuñado era evidentemente guapo, casi demasiado. Tenía el cabello castaño y los ojos verdes. La mirada picara se paseaba por ellos, altanera. Su nariz era más perfecta que la del Kent de la Barbie, al igual que su barbilla esculpida y sus labios ligeramente carnosos. Lo justo, solo lo justo, como le gustaban a ella las bocas. Y su cuerpo... No había duda de que estaba en forma. Los vaqueros negros se ajustaban a sus muslos y estrecha cadera. Una camiseta gris y cazadora de cuero negra completaban su look de chico malo.

—... y por eso vas a salir a cazar con Duff, la nueva.

En cuanto oyó su nombre se dio cuenta de que había estado tan concentrada en su escrutinio que no había prestado atención al resto de la conversación entre su cuñado y el tipo. Desvió la atención hacia Shadow que le sonrió divertido al ver su sorpresa. Estaba a punto de protestar cuando lo hizo él por ella.

—¡Aaaaahhh noooo! Paso de hacer de niñera. Eso me retrasaría. Endósasela a Grant. Ha solucionado la mitad de casos que yo, este mes.

Duff apretó los labios al darse cuenta de que se refería a ella como si fuera

una mochila de piedras.

—Por eso la enseñarás tú. Eres el mejor, después de mí, claro.

—Pues enséñala tú, entonces...

—Yo no puedo, y sobra decir que soy el jefe así que no tengo que dar explicaciones.

Shadow le sostuvo la mirada con intensidad, retándolo a que protestara. Él aguantó el tipo un par de eternos segundos y finalmente resopló frustrado.

—¡Mierda! —gruñó entre dientes. Y entonces la miró directamente a ella, recorriéndola de arriba abajo, con lentitud. Demasiada lentitud— Es muy pequeña, ¿cómo esperas que atrape a tipos que se han saltado la condicional, impagados, quebrantadores de fianza...

—Tú la enseñarás bien. Además, no te he dicho lo mejor; es psicóloga — Shadow le lanzó este dato agrandando los ojos, en un gesto que a Duff se le antojó burlón.

—¿Estás de coña? —escupió el tipo.

Duff que empezaba a cansarse de que hablasen de ella como si no estuviese presente, decidió interrumpir aquella absurda conversación.

—¡Ya está bien! Estoy aquí, con vosotros —dijo poniéndose de pie y apoyando las manos en las caderas— No soy ninguna niña, sé defenderme y no necesito canguro. Solo alguien que me enseñe el oficio.

Shadow sonrió viendo despertar el genio de la pequeña de la familia. Cuando la veía así, con ese brillo salvaje en la mirada, le recordaba mucho a su

preciosa casi esposa. Y era con la esperanza de no tener problemas con esta, que había ideado aquella locura de plan, en el último minuto.

—Como estamos todos de acuerdo... Duff este es Hank, y Hank, esta es Duff. Y ahora, salid los dos de mi despacho que tengo mucho trabajo que hacer —Los despachó con un gesto de su mano, como si espantara una mosca y dejó de prestarles atención para concentrarse en los casos, sobre su escritorio.

Duff lo miró con la boca abierta, totalmente alucinada. Shadow era mucho menos amable en su faceta de jefe que en la de cuñado.

—Vamos, *Wonder Woman*\*<sup>1</sup>, yo tampoco tengo todo el día —le espetó Hank saliendo al pasillo sin esperarla.

Duff encogió la mirada ante el apelativo, después miró sus manos colocadas en las caderas, en la misma postura que la del personaje de *Marvel*\*<sup>2</sup>, e hizo una mueca molesta. Si ese tipo pensaba que podía meterse con ella sin sufrir las consecuencias, estaba a punto de descubrir que había cometido un gran, gran error.

Hank caminó por el pasillo en dirección a su pequeña oficina, sin prestar atención a la rubia. Aunque tampoco necesitaba hacerlo para saber que lo seguía. El repiqueteo acelerado de sus tacones tras él era señal suficiente. Resoplando, entró en despacho mientras se quitaba la cazadora y la lanzaba sobre la mesa del escritorio, repleta de papeles. Fue hasta la taquilla metálica que tenía en la esquina, sorteando algunas cajas en el suelo, que se interponían en su camino. La

abrió y de una percha del interior sacó una camiseta blanca. Sin cortarse, aun sabiendo que ella lo estaba mirando, o precisamente por eso, se quitó la camiseta gris, sacándosela desde la espalda.

—¿Qué demonios estás haciendo? Si quisiese ver tipos desnudos, me iría a un estriptis... —protestó ella apartando la vista.

Hank se giró para repasarla de arriba abajo con mirada ladina y gesto incrédulo. Estaba avergonzada e incómoda, y eso le resultaba divertido. ¿Cuántos años tenía diecisiete, dieciocho?

—Además de diminuta eres una mojigata. No sé por qué me está castigando el jefe, pero ha debido ser algo muy gordo para hacerme cargar contigo —dijo él acercándose, con el torso desnudo un par de pasos a ella.

Duff tragó saliva de manera instintiva. El despacho era muy pequeño y él muy grande, en comparación. Parecía demasiado cómodo exhibiendo su desnudez y eso hizo que apretase los dientes. Tampoco sabía qué era lo que había hecho ella para que su cuñado la dejase a cargo de semejante espécimen. Pero una cosa tenía clara, no iba a dejar que aquel tipo la amedrentase. Ella tenía un objetivo; convertirse en la mejor cazarrecompensas que hubiese. Y el hecho de que la subestimaran no era más que otro aliciente para que lo deseara con mayor ahínco.

—Tú no tienes ni idea de cómo soy, pero sin duda lo vas a averiguar. Y ahora, si me disculpas, dejaré que termines de vestirte. Te espero fuera.

Duff levantó la barbilla, muy digna, y salió del despacho de su nuevo

compañero. Estaba claro que toda aquella exposición de testosterona y músculos podrían convertirse en una distracción, pero solo para alguien que no estuviese totalmente enfocada en conseguir su objetivo, y ese no era su caso.

Decidida a no dejar que él la afectara y con la intención de pedirle a Mary información de los casos más relevantes que tuviesen en la agencia, se dirigió de nuevo al escritorio de la secretaria. Entonces su teléfono sonó y en la pantalla vio que se trataba de la última persona que quería que la localizase allí; su hermana mayor.

## CAPÍTULO 4

—¿Dónde te has metido, hermanita? Te he mandado varios mensajes y aun espero respuesta —le dijo Emma mientras ella se dirigía de nuevo al mural de los rostros más buscados.

—He estado ocupada, buscando trabajo. Pensaba llamarte en cuanto terminase mi entrevista —respondió concentrada en mirar las cifras bajo las fotografías.

—¿Y qué tal te ha ido? ¿Crees que te darán el empleo? Si quieres puedo mover a mis contactos...

—No.... Nooooo —se apresuró a contestar ella—, no hace falta. Me lo han dado.

—¡Eso es fantástico, Emma! ¿Dónde? ¿Cuándo empiezas? —El entusiasmo de su hermana la hizo sentir mezquina. Nunca le había ocultado nada. Pero aún no se había visto capaz de contarle sus planes.

—Ahora, ahora mismo. Por eso tengo que dejarte. ¿Qué tal si quedamos el viernes para comer y te lo cuento todo?

—Claro, pero...

Duff no la dejó terminar.

—Lo siento Emm, pero tengo que dejarte. Un besote grande, ¿vale? —dijo justo antes de colgar.

Durante unos segundos contuvo el aliento, maldiciendo entre dientes.

Sacudió la cabeza para intentar despejar la culpabilidad de su mente. La cita para comer, cuatro días más tarde, le daba algo de tiempo para poner en marcha su plan y ahora tenía que centrarse en él.

La mejor forma de cerrar la boca tanto a su cuñado como a su nuevo compañero, era demostrarles que podía pillar a alguno de los más cotizados. Por no mencionar que necesitaba una inyección de capital con urgencia. No quería depender de la ayuda de alguno de sus hermanos o sus padres. En ese momento, más que nunca, necesitaba demostrarse que podía solucionar su vida ella misma. Aún recordaba las últimas palabras de su exnovio; “No eres más que una niña mimada. Dependías demasiado de mí, y yo necesito una mujer de verdad.”

Recordar su gesto despectivo mientras pronunciaba aquellas frases que la habían herido más que un puñetazo en el estómago, le provocó nauseas nuevamente. Había dedicado a ese malnacido los años de la universidad. Cuando recordaba la cantidad de fiestas, viajes, conferencias y demás actividades a las que no había asistido por estar con él y ser la perfecta novia, se ponía enferma. Y aunque ahora se daba cuenta de que, echando un vistazo atrás, podía parecer que había sido dependiente con él, lo cierto es que ella lo había visto al revés durante todo ese tiempo. Él la había necesitado hasta el punto de aislarla de todo lo que ella había querido hacer, y ella se había dejado dominar.

Ahora, después de haber desahogado su frustración por haber sido engañada, se daba cuenta de que la traición de su ex y su amiga, había sido lo mejor que le podía haber pasado. Aunque tuviese la sensación de estar

caminando por una cuerda bajo la que no había red.

De entre los rostros del panel, el de una mujer joven con aspecto nervioso, llamó su atención. A priori no parecía de mucho más tamaño que ella. Podía ser experta en artes marciales, una psicópata o algo así. Pero en principio, si el enfrentamiento físico era tan importante como decían Hank y su cuñado, tendría más posibilidades con aquella chica, que con alguno de los grandullones allí expuestos.

Miró hacia el pasillo por el que se iba al despacho de Hank y comprobó que este aún seguía en él. Tenía que aprovechar su ausencia y fue rápidamente al mostrador de Mary.

—¿Podrías hacerme un favor... de chica a chica? —le dijo con la mejor de sus sonrisas.

Cuando vio que Mary le devolvía el gesto con picardía, supo que había conseguido una aliada.

Hank se dejó caer en la silla, tras su escritorio, con una de las cajas de expedientes frente a él. Los ojeó por encima buscando un caso muy especial. Uno que le ayudase a deshacerse de su nueva compañera, rápidamente. No sabía que hacía allí, ni por qué Shadow la había aceptado, y mucho menos por qué se la había endosado a él. Pero tenía claro que no la quería metiéndose en sus casos. Él no trabajaba en equipo, era una de las cosas que más le gustaba de su trabajo; ir a su aire. Y tener a Wonder Woman pegada a su trasero todo el día iba a

resultar un verdadero incordio.

Por eso necesitaba un caso que la espantase o hiciese meter la pata, rápidamente. Entonces, o bien ella se marcharía con el rabo entre las piernas o Shadow la echaría sin contemplaciones. Pasando los dedos por el dorso de las carpetas, una nota roja, pegada al cartón llamó su atención y despertó la sonrisa en sus labios al recordar el encantador azoramiento de sus mejillas y el brillo de sus ojos al verlo sin camiseta.

Ella podía negarlo cuanto quisiese, pero le había gustado lo que había visto. A él también le gustaba lo que había visto de ella, y si la hubiese conocido en un bar, no habría dudado en intentar ligársela. A pesar de ser menuda, su pantalón vaquero y su blusa celeste, bajo la americana azul marino, evidenciaban una bonita figura con curvas sinuosas justo donde le gustaban a él. Su rostro entre dulce y travieso también era una delicia. Sobre todo, cuando uno se fijaba en esa boquita suya de labios carnosos con forma de corazón. Durante una centésima de segundo se preguntó cómo sería probar esa boca insolente. Pero no duró demasiado, sólo lo que tardó en recordar que, si no se deshacía de ella, acabaría con su super marca de casos resueltos exitosamente, antes de que le brindase un nuevo aleteo de pestañas.

Tomó la carpeta con la etiqueta roja y la golpeó un par de veces contra su otra palma. Ella quería que le enseñase los secretos del oficio, ¿verdad? Pues eso era exactamente lo que iba a hacer, empezando por la parte más repugnante.

—¡Wonder Woman, acércate, tenemos que equiparnos! —le gritó desde el

despacho.

Duff tomó la carpeta que Mary le ofrecía y la introdujo en su gran bolso de mano, tras guiñarle un ojo con complicidad. También tomó su móvil. Mary se lo había pedido para introducirle los teléfonos de contacto de la agencia. Se lo guardó igualmente.

—Solo te pido una cosa —le dijo la mujer de hermosos y rasgados ojos castaños—; ten mucho cuidado.

—No te preocupes, lo tendré —aseguró satisfecha.

Y tomando una gran bocanada de aire, se dirigió de nuevo al despacho de su nuevo compañero, preguntándose qué nuevas sorpresas tendría para ella.

## CAPÍTULO 5

—Vamos Wonder Woman, voy a enseñarte... el almacén —Hank pronunció las últimas palabras alzando dos veces las cejas, dándoles un doble sentido. Duff comenzó a caminar tras él, no muy convencida de si le iba a gustar lo que le tenía que enseñar.

Frunció las cejas preparándose para lo peor, pero al entrar en la habitación denominada “el almacén” por el cartel cromado pegado en la puerta, cambió el gesto por uno de sorpresa. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y percheros. En estos últimos había distintas prendas colgadas, como cazadoras, chalecos antibalas, cinturones, cartucheras... Pasó la mano por alguna de las prendas, ásperas y rudas. Al ver la munición en las estanterías, contuvo el aliento y se detuvo en seco.

Aquello iba en serio. Empezó a darse cuenta de la severidad de las palabras de su cuñado cuando intentaba advertirla. Aquellas balas eran letales. Desvió la atención a otros objetos que no supo identificar. Esperó una explicación por parte de su nuevo compañero, pero este, sin prestarle atención, fue directo a una gran caja fuerte ubicada en la pared del fondo. La abrió tecleando un código en el panel de la puerta y esta se abrió tras un chasquido. Con curiosidad se asomó, a su lado.

Y entonces las vio; varias armas de distinto calibre, pistolas, revólveres e incluso un par de escopetas.

—¿Para qué hacen falta tantas armas? ¿No tenéis que entregar a los capturados vivos?

—No siempre —repuso él con una sonrisa tan socarrona que Duff no supo si estaba tomándole el pelo o no. Y por no quedar como una estúpida, decidió no indagar más sobre ese tema.

—¿Me vas a dar una a mí también? —cambió de tema, tras tragar saliva, señalando la pistola que él cogía del interior y se colocaba en la funda que tenía pegada al costado.

—¿Tienes permiso de armas? —le preguntó alzando una ceja, dejando claro que no creía que ella fuese capaz de poseerlo.

—Aún no, pero estoy en ello —respondió intentando parecer convincente.

En realidad, ni tenía permiso ni había pensado jamás en tenerlo. Nunca había sentido la necesidad de poseer una pistola, hasta ese momento.

—Claro... Pues hasta que lo consigas, este será todo tu equipamiento —le dijo cogiendo su mano, colocándola boca arriba y depositando sobre ella un *táser*.

Duff se lo quedó mirando intentando no aparentar sorpresa, pero paralizada por la misma.

—No es un juguete y su uso privado no está autorizado en el Estado de Nueva York, pero te lo doy porque no puedes salir a trabajar en esto, completamente desarmada. Aun así, debes saber que este chisme es un M26. Tiene mira laser, un alcance de 10,6 metros y descarga 50.000 voltios de forma

continua. Las descargas eléctricas inmovilizan las funciones sensoriales y motoras del sistema nervioso y paralizan al individuo temporalmente. También incluye una memoria que registra cada uno de sus usos.

La mano de Duff comenzó a temblar ligeramente y Hank se la presionó. El contacto de sus pieles la reconfortó de forma inesperada.

—Cógela con firmeza. Lo último que puedes hacer es dudar o herirás a alguien inocente, o a ti misma. Es un arma de defensa no de reducción, por lo que solo debes usarla cuando te veas en serio peligro. ¿Entendido? —le preguntó él inclinando el rostro para ver bien el suyo.

Duff reaccionó y asintió tragando saliva.

—Claro, claro. Lo entiendo perfectamente —dijo intentando que él no notase lo impresionada que estaba.

Hank la observó durante unos segundos, no muy seguro de creer sus palabras. De repente la chica decidida había desaparecido y parecía vulnerable y nerviosa. Pero entonces ella tomó el taser y una cartuchera de la estantería y se colocó ambos, con pulso templado.

—Lista. ¿Y ahora qué? —preguntó haciendo ese gesto suyo de poner las manos en las caderas.

Hank reprimió las ganas de meterse con ella, conteniendo la sonrisa. Algo que no pasó inadvertido para Duff. Se miró preguntándose qué despertaba de nuevo su risa. Se dio cuenta de que había vuelto a poner las manos como la heroína de Marvel. Sacudió los brazos maldiciendo para sus adentros. No se

había percatado, hasta el momento, de que lo hiciera tan a menudo.

—Quítate la americana y levanta los brazos —le ordenó él.

Emma vio que había tomado un chaleco antibalas de una de las perchas. Se quitó la chaqueta y, antes de que pudiese impedir que lo hiciese, se pegó a su cuerpo para colocárselo él mismo.

El aroma de su piel, mezclado con el del jabón y su colonia llegó hasta ella de forma turbadora. Al igual que la extrema cercanía, y el aliento masculino sobre su cabeza, revolucionando su flequillo. Duff parpadeó un par de veces al sentir que un calor inapropiado se anidaba en su vientre. No había estado tan cerca de ningún hombre desde el día antes de la ruptura con su ex. Y contuvo el aliento intentando permanecer muy quieta mientras él tiraba de las cinchas que ajustaban el chaleco a su cuerpo. Después él comprobó que estaba bien ajustado por hombros y espalda. Colocó una mano sobre su vientre y otra en la parte baja de su columna. Duff contuvo el aliento.

—Está bien. Está estupendamente puesto. Gracias por la ayuda —declaró ella dando un paso atrás. Necesitaba algo de espacio entre los dos.

—Perfecto —repuso él en un tono algo más grave del que había usado hasta el momento—, pongámonos en marcha.

—¿Tú no te pones chaleco? —preguntó siguiéndolo ya por el pasillo, intentando mantener el paso de Hank.

—El mío está en el coche. ¿Por qué? ¿Ya te preocupas por mí?

El tono socarrón de su compañero hizo que apretara los dientes y se

preguntase qué demonios había inhalado en el almacén para sentirse mínimamente atraída por él. A lo mejor su nuevo compañero de piso estaba en lo cierto y necesitaba echar un polvo con urgencia. ¿Cómo lo había llamado él, polvo quitapenas? En cualquier caso, el tipo que caminaba delante de ella no entraba ni en esa categoría.

Cuando pasaron frente al mostrador de Mary está los despidió con una de sus radiantes sonrisas y una vez más compartieron una mirada cómplice por la ayuda que le había brindado y el secreto que ahora tenían ambas.

—Mucha suerte, linda —le deseó antes de que saliera.

—Gracias —respondió. Algo le decía que con el compañero que le había tocado, la iba a necesitar en cantidades industriales.

## CAPÍTULO 6

—Creo que Duff me oculta algo —Alanah levantó la vista de los papeles para prestar atención a Emma, su mejor amiga y secretaria en su agencia de detectives.

—¿Por qué lo dices? Ayer estaba bien en la barbacoa, teniendo en cuenta por todo lo que ha pasado últimamente...

—Sí, ayer parecía bien, pero hoy... No sé, la he notado rara, esquivada. Ha encontrado un trabajo nuevo.

—¡Eso es genial!

—Lo sé, ¿pero te acuerdas de cuando consiguió el empleo en la clínica?

—¡Cómo para no acordarse! Nos llamó a todos y estuvo hablando del tema, sin parar, durante las siguientes tres semanas.

—¿Y te ha llamado hoy? —preguntó acariciándose la barriga.

Alanah encogió la mirada, empezando a entender a qué se refería.

—¿Cuándo has visto que Duff no comunique todo lo que le pasa? —siguió especulando Emma.

—Solo cuando oculta algo, como aquella vez que salió con el hijo del carnicero, en el instituto, en lugar de quedarse a dormir con su amiga Stacy.

—¡Aha! A eso me refiero. Hoy no ha llamado a nadie. Y no solo eso, no quiere quedar conmigo hasta el viernes, para comer. ¿De verdad va a estar tantos

días sin contar sus novedades? No me gusta. No me gusta nada.

—No voy a negar que es sospechoso. Pero no creo que debamos preocuparnos... a no ser que...

—¿A no ser, qué? —preguntó Emma tensándose. Alanah tenía el mejor instinto que conocía.

—A no ser que tenga algo que ver con su ex. Creí que le habíamos dejado claro a ese gusano que no debía acercarse a ella. Pero si hay que recordárselo nuevamente, no seré tan compasiva.

—No seremos tan compasivas —la corrigió Emma con un brillo peligroso en la mirada.

Alanah rompió a reír, levantándose de su escritorio.

—Tranquila fiera, si crees que voy a ir por ahí con una embarazada a punto de reventar, en una misión de coacción, es que las hormonas te tienen atrofiada la mente.

Emma se recostó en la silla resoplando su frustración mientras con una mano se acariciaba el abultado vientre y con la otra se sujetaba los riñones.

—La verdad es que ahora mismo no sirvo para mucho. No sé como, cuando estabas embarazada de Charlie, podías seguir investigando. Yo me siento como un trapo de doscientos kilos.

—Es el don Ackerman, pequeña —le dijo a su amiga guiñándole un ojo—. Haznos un favor a todos y vete a casa a descansar. Yo me ocuparé de Duff. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Emma sacudió la mano, en aceptación de sus palabras y, mordiéndose el labio inferior, espero que se hubiesen equivocado con respecto a su hermanita porque sería capaz de matar a cualquiera que quisiese hacerle daño o la pusiese en peligro.

\*\*\*

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Esto es repugnante! No hablas en serio, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Qué pensabas, que ser cazarrecompensas era todo excitación y glamur?

—En ningún momento se me ocurrió que este trabajo fuese glamuroso, mucho menos cuando me disfrazaste de *madelman* —dijo pasándose las manos por el chaleco—, pero esto.... En serio, no pienso hacerlo.

Duff levantó ambas manos y dio un paso atrás, sin saber dónde mirar. La escena era tan escatológica y repugnante que ya respirar sin vomitar le resultaba toda una hazaña. Si Hank pensaba que, además iba a acercarse a ese tipo, es que estaba loco.

—Mira pequeña, esto es lo que hay. Tenemos que llevarnos a este cerdo a la comisaría y, para eso, hay que subirlo a mi coche, algo que no voy a hacer salvo que lleve puestos los pantalones. Ese culo lleno de mierda no se va a posar en mi tapicería de cuero *Connolly*.

—¿Qué demonios es eso?

—Un cuero procedente de vacas inglesas que pastan en campos abiertos sin alambres que puedan herir su piel —dijo como si ella debiera conocer ese dato—, pero en fin, lo importante es que no quiero ese culo asqueroso en mi Lola, sin protección.

—¿Lola? ¿Has llamado a esa monstruosidad de coche, Lola?

El brillo peligroso que se paseó por la mirada de Hank hizo que Duff cerrase la boca.

—No es una monstruosidad, es un magnifico Hummer H2. El mejor vehículo que hay para el trabajo que hacemos. Es rudo, rápido...

—Ya ... ya... ya... que te encanta tu juguete.

Duff sacudió la mano dejando claro que no le importaba, mientras lo interrumpía, pues se estaba impacientando. Quería terminar con aquel caso asqueroso lo antes posible y no necesitaba escuchar todo un discurso sobre la relación de amor que tenía con su coche.

—Lo único que quiero es terminar con esto ya —expuso.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, entonces —indicó él señalando los bajos del tipo, que hasta el momento no se había pronunciado.

Entre ambos, solo miraba a uno y a otro, como si se lanzasen una pelota en un partido de tenis.

—Súbele los pantalones. Yo lo tengo sujeto así que te toca a ti. A esto se le llama... traabaaaajoooo en equiiiiipoooo. —expuso alargando las palabras como si fuese tonta.

—Tu trabajo en equipo es un asco. ¿Por qué no lo sujeto yo y tú le subes los pantalones?

Otra arcada volvió hasta su garganta al mirar de nuevo las piernas y trasero del nauseabundo señor Sherman, manchadas con sus propias deposiciones.

—No puedes con él, pesa el doble que tú. Pero mira, si no eres capaz de hacer este trabajo, es mejor haberte dado cuenta desde el principio, ¿no? Así no tendrás que estropearle esa bonita manicura.

Una nueva sonrisa burlona se paseó por los labios de Hank y ella sintió que le hervía la sangre, enfurecida. Sin embargo, antes soltarle un discursito de los suyos, se le ocurrió una brillante idea que podía sacarla de la situación.

—Un momento —dijo a su compañero elevando un dedo. Y ante su mirada sorprendida entró de nuevo en el Hummer, buscando algo en el sitio del copiloto.

Pocos segundos más tarde, ella regresaba con una sonrisa radiante que no le gustó un pelo. Tenía un plan.

—¿Qué traes? —le preguntó observando sus manos llenas y el gran bolso, colgado del brazo.

—Esta tarde tengo que ir a la tintorería y la que está cerca de mi nuevo apartamento tiene la mala costumbre de no enfundar las prendas, con lo que pueden volver a marcharse en el trayecto desde el establecimiento hasta mi casa. No me gustaría que eso ocurriese así que llevo las mías —Se las mostró, perfectamente dobladas en cuadrados. Las sacudió para estirarlas mostrándole

tres fundas plásticas.

—¿Y eso? —volvió a preguntar señalando la otra mano con su cabeza, con el ceño fruncido.

—Cinta americana. Mi hermana dice que es la mejor amiga de una mujer, capaz de solucionar cualquier emergencia. Y que siempre hay que llevarla en el bolso.

Mientras daba su absurda explicación, con los brazos extendidos la vio envolver al señor Sherman desde la cintura hasta los tobillos. No tuvo que tocarlo en ningún momento. Y cuando estuvo envuelto, cual brillante rollito de primavera, lo rodeó con unas cuantas vueltas de cinta americana para asegurarse de que las fundas no se moverían un milímetro.

—Empaquetado. Y ahora, tu turno, coooooompaaaaañeeerooo —Esta vez fue ella la que alargó las sílabas burlándose de él.

Hank la vio caminar, dando pequeños saltitos de satisfacción, pero no en dirección al coche.

—¿A dónde diablos vas?

—Voy a tomar un Uber\*<sup>4</sup>. Ni loca me subo en tu Lola y respiro el aire putrefacto que va a dejar ese tipo. Nos vemos en la comisaría —aseguró ella girándose para hacer su declaración, y después, ondeando su brillante melena rubia al viento, siguió alejándose hacia la calle dejándolo a él con el paquete.

Cuando se le había ocurrido la genial idea de ir a por “excrementos Sherman”, un fugado habitual que tenía por costumbre el exhibicionismo

mientras hacía sus deposiciones en parques y aparcamientos públicos, solo había querido una cosa; deshacerse de ella.

Ninguno de los cazarrecompensas de la ciudad, después de haber dado con ese tipo, volvía a repetir la experiencia. Era un caso realmente inmundo. Lo peor que te podía tocar. No compensaba en absoluto los tres mil dólares que recibiría como pago por su captura y que ahora, tenía que repartir con Wonder Woman.

Estaba claro que la había subestimado dejándose llevar por la imagen de niña pija que tenía con aquella americana y los altos tacones con los que se paseaba repiqueteando a su alrededor. Había demostrado tener un par de recursos con los que no había contado, pero muy al contrario de lo que ella pensaba, no todo se arreglaba con cinta americana. Y si lo que estaba buscando era emociones fuertes, él se las iba a dar.

Eso sí, después de entregar el asqueroso paquete que metía en su precioso todoterreno y que más tarde tendría que desinfectar a conciencia.

## CAPÍTULO 7

—Doce, trece, catorce y quince. Ahí está, tu primer pago de mil quinientos dólares. No está mal para ser el primer día, ¿eh? —le dijo Mary colocando sobre la palma de su mano uno a uno los quince billetes de cien dólares que le correspondían como parte de la captura de ese día.

Duff los recogió con una sonrisa igual de grande que la satisfacción que sentía por haber salido airoso de aquella primera y difícilmente olvidable captura. Su compañero, junto a ella, que tomó el fajo de billetes de una sola vez, no exhibía sin embargo la misma felicidad. Su postura ofuscada; cruzando los brazos, la tensión de sus hombros y la mandíbula prieta, le indicaban que así era. Estaba claro que había intentado deshacerse de ella y le frustraba no haberlo conseguido. Su mirada entornada y decidida también le aseguraba que no iba a desistir en su empeño. Estaba decidido a quitársela de encima, del mismo modo que ella lo estaba de lograrlo.

No le importaba, tenía un primer pago que le daba algo de manga ancha con los gastos de aquellas primeras semanas. Solo había sido el primer día y, además de seguir trabajando con él, tenía su propio caso. Ansiaba llegar a su piso y ponerse a estudiar el expediente que le había facilitado Mary. Y por eso, no perdió tiempo en despedirse y largarse de la oficina, con gesto triunfal.

—¿Qué puedes decirme sobre ella? —le preguntó Hank a Mary en cuanto la puerta se cerró tras el trasero respingón de su nueva compañera.

—Mary rio en tono bajo mientras se levantaba y, obviando su pregunta, se puso a organizar las carpetas de sus archivadores.

—¡Vamos! ¿Te vas a poner del lado de la nueva? —preguntó alzando los brazos en un gesto dramático. Pero echando un vistazo a la curtida Mary, se dio cuenta de que aquella no era la estrategia adecuada— Nosotros llevamos trabajando juntos, ¿cuánto, dos años? —expuso en un tono mucho más suave, apoyándose en el mostrador. Le regaló una sonrisa cautivadora.

Conocía bien a Mary, era tan dulce como buena persona. Siempre lo había apoyado y ayudado. Esperaba que en esa ocasión no fuese menos.

—Solo hay una cosa que puedo decirte de Duff —El gesto ladino de Mary le anticipó que pensaba darle un dato jugoso y acercó su rostro al de ella para escuchar la confidencia—; No...podrás... con ella.

Hank parpadeó un par de veces antes de resoplar frustrado y separase de Mary, que volvía a reír, para aumentar su frustración.

—Muy mal, Mary, muy mal. Me has roto el corazón. —Apoyó la mano en el pecho para dar énfasis a sus palabras antes de salir por la puerta y marcharse negando con la cabeza.

\*\*\*

—¡Oh, Dios mío! Orel, ¿es que no puedes taparte un poco? —Las palabras de Duff, algo más chillonas de lo normal, llenaron el salón de su nuevo

apartamento. Terminó de entrar con una mano sobre los ojos, para evitar ver los glúteos desnudos de su compañero de piso, tan solo ataviado con un delantal negro.

—No puedo mientras estoy con mi arte —repuso Orel señalando, cual azafata de un programa de televisión, los pintorescos platos que había cocinado y que estaban expuestos sobre la isla de la cocina.

Nada más posar la vista en ellos, el estómago de Duff rugió con fuerza mostrando el hambre que tenía y del que no se había percatado hasta el momento.

—Siéntate, tienes pinta de haber tenido un día duro, rubita —La animó su compañero de piso a disfrutar del primero de sus platos.

En cuanto se sentó en uno de los taburetes altos que rodeaban la isla, colocó una especie de volcán de pasta fina relleno de varias verduras y mariscos, frente a ella y le ofreció un tenedor. No se lo pensó dos veces, lo cogió y lo introdujo en el volcán, intentando tomar un poco de cada ingrediente. Cuando lo introdujo en su boca, la explosión de sabores en su paladar, hizo que cerrara los ojos y gimiera con placer, varios segundos.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó dejándose caer sobre la encimera— Es el mejor orgasmo que he tenido en meses— confesó suspirando.

—Rubita, por muy buena que sea mi comida, eso no habla muy bien de tu vida sexual —expuso apartándose el flequillo de la frente.

—Es cierto, no habla muy bien.

—No me cansaré de decirte lo que necesitas.

—Lo sé, lo sé... un polvo quitapenas.

Aquellas palabras le hicieron recordar a su recién estrenado compañero de trabajo. Tal vez fuese porque había pensado en el consejo de Orel cuando conoció a Hank. Porque estaba claro que él no entraba en esa categoría. Sacudió la cabeza para eliminarlo de su mente. Había tenido suficiente dosis del cazarrecompensas, por ese día, y no le apetecía pensar en él, en absoluto. Decidió cambiar de tema, tras tomar un nuevo bocado del plato.

—Aquí tienes, mi parte del alquiler de esta semana —le dijo dejando setecientos dólares sobre la encimera.

Orel la miró enarcando una ceja.

—¿Qué has hecho, mujercita? ¡Te dije que no había prisa con el dinero!

Duff encogió la mirada.

—¿Qué crees que he hecho, mente sucia? Solo he conseguido un nuevo trabajo —se defendió de sus veladas acusaciones.

—Un empleo en el que el primer día consigues... —contó el dinero que le había quedado en la mano tras pagarle a él— mil quinientos dólares. Sí, lo llaman el trabajo más antiguo del mundo.

—Yo soy una buena chica.

—Y yo un buen chico, pero no inocente.

—Tú te paseas desnudo por el apartamento, todo el día.

—Ya te he dicho que la ropa me impide conectar con mi lado más creativo.

Me hace sentir en una cárcel, por eso, cuando creo platos nuevos para la carta del restaurante, necesito liberarme de ella.

Orel, además de sumamente atractivo, con su metro ochenta y cinco, cabello oscuro, piel blanca, ojos pardos y cuerpo del David de Miguel Ángel, también era gay y el dueño de un nuevo restaurante de comida fusión, allí en Brooklyn. Podía haber vivido solo perfectamente, para él el dinero no era un problema, pero aseguraba haber encontrado en ella la compañera perfecta para convivir. A él no le gustaba compartir su santuario; la cocina, y ella odiaba cocinar, aunque adoraba comer. No iban a discutir por hombres, ni por robarse la ropa del armario. Pero sí compartían gustos similares en música, cine, libros y pasión por los viajes. Llevaban pocos días conviviendo juntos y ya se había generado una relación de complicidad y confianza, entre ambos, que le revelaba que su amistad podía ser muy duradera.

—Y entonces, ¿vas a decirme a qué te dedicas, ahora? —volvió a insistir Orel colocando ante ella otro plato con una crema anaranjada y morada, dispersa en el plato dibujando una espiral.

—Soy cazarrecompensas —declaró con una sonrisa. Tomó la cuchara y probó la crema. Sus sentidos volaron de puro placer.

—¡Mierda! ¿Por qué tienes que ser gay? Te pediría matrimonio ahora mismo. Por comer así cada día podría renunciar al sexo, sin problemas —dijo limpiándose los labios con una servilleta.

—Me temo, que yo no. Eres muy guapa, pero te faltan cosas del

equipamiento básico que para mí son imprescindibles.

Duff hizo una mueca, encogiéndose de hombros.

—Una pena, te aseguro que habría dedicado cada día de mi vida a hacerte feliz.

Ambos compartieron risas cómplices.

—¿Y cómo se te ha ocurrido ser cazarrecompensas? La verdad, no te pega nada.

—¡No puedes decirlo en serio! Tú no. Tener que aguantar esas estupideces de mi cuñado o del chulo de mi nuevo compañero del trabajo, tiene un pase. Pero tú eres mi amigo, tienes que confiar en míííí... —le puso carita de pena.

—Yo no he dicho que no confíe, solo que no te pega. Claro que una ruptura sentimental a veces desquicia tanto que nos hace hacer cosas impensables...

—Yo no estoy desquiciada —Una parte de ella se dijo que no era verdad —, solo quiero explorar mis límites.

—Unos límites peligrosos. He visto algunos programas de esos de cazarrecompensas en la tele.

—Nooo, tú no ves esas cosas... No te pega nada.

—*Touché* —apuntó Orel, sonriendo, al ver que ella le devolvía el comentario—. Pero la noche es larga y a veces no consigo dormir. Quitando la teletienda, ¿qué más puedes ver a las tres de la madrugada?

—No sé, ¿reposiciones de series antiguas? —preguntó recibiendo su tercer

plato. Esta vez se trataba de un solomillo encamado en algo crujiente y colorido, que tenía una pinta succulenta.

—Las reposiciones me aburren, tanto como hablar de mis hábitos televisivos nocturnos. Y ahora dime, ¿cómo ha sido tu primer día? Cuéntame hasta el más mínimo detalle. Y empieza por ese compañero nuevo que dices que tienes.

Duff resopló sabiendo que su plan de olvidarse de Hank por esa noche, acababa de fracasar estrepitosamente.

—Espero que tengas por ahí también, un succulento postre con el que comprarme. Porque necesitaré una dosis doble de azúcar para comenzar esa charla.

Orel puso delante de ella un hojaldre relleno de finas capas de frutas y crema pastelera.

—Está bien, tú lo has querido. Pásame una cuchara.

## CAPÍTULO 8

Duff se incorporó abruptamente en la cama, empujada por la alarma irritante de su despertador, que la atacó sin piedad. Soltó un gemido de protesta y volvió a dejarse caer sobre el colchón, como una muñeca de trapo. El sonido del papel bajo su cuerpo hizo que despejase su rostro de cabello revuelto y mirara a su alrededor. La noche anterior, tras un par de copas de vino tinto, una más que copiosa y deliciosa cena y tres horas de charla, se había ido a su cuarto y desplegando sobre su cama la documentación que había en la carpeta de la que sería su siguiente capturada. No quería compartir dicha información ni con su cuñado ni con su compañero. Se trataba de demostrar a ambos, a su familia y a sí misma, que podía ser una buena cazarrecompensas. Compensaría su falta de tamaño y fuerza, con maña, sicología y un buen plan.

Estudiar y memorizar cada detalle del caso le llevó algunas horas más. No supo cuándo se había quedado dormida, pero era bien entrada la madrugada. Una segunda tanda de pitidos le recordó que no había apagado la alarma y estirando el brazo lo hizo, antes de que la torturara por tercera vez. Después recogió los papeles, apilándolos y colocándolos dentro de su carpeta. Durante un segundo miró el cartón y esbozó una sonrisa. Estaba agotada, pero la ilusión de comenzar con ese caso, la inundaba de la energía necesaria para saltar de la cama y dirigirse a la ducha, dispuesta a empezar cuanto antes.

Había quedado con Hank después del mediodía. Le había enviado un

mensaje con una dirección, una hora y la vestimenta que debía llevar. Le había dejado claro que antes de esa hora no podía ocuparse de enseñarle, pero no le importaba en absoluto que la alejase de sus casos, ella ya tenía el suyo propio. Y tras estudiar concienzudamente el expediente creía saber dónde podía empezar a buscar a la chica que se había convertido en su próximo objetivo. Con suerte, antes de su cita con su nuevo compañero, habría descubierto más sobre ella. Tal vez incluso, la hubiese localizado.

Tres horas más tarde, sin embargo, no había tenido tanta suerte. Sus pesquisas no habían tenido el resultado esperado. El expediente de Kora Tanner, fugada tras la fianza y ser acusada de haber matado a cuatro personas con una bomba en la empresa en la que trabajaba como diseñadora de webs corporativas, era todo lo que habría necesitado un guionista para hacer una buena película de suspense. Los cargos de los que la acusaban eran tan demoledores y propios de un asesino frío y despiadado, que no consiguió identificarlos con la imagen tímida e introvertida que se apreciaba en sus fotografías de archivo de la empresa. Tras estudiar todos los datos, tan solo venía una persona allegada a ella; su hermana mayor, Nina. Unas cuantas llamadas le proporcionaron la dirección del domicilio de la mujer y la de su trabajo en una tienda de alimentación ecológica. Hasta ahí no había ido mal, pero la vigilancia a la tienda no le había llevado a ninguna parte. Tendría que seguir investigando cuando terminase su turno con Hank. No es que le apeteciese mucho dejar su caso para reunirse con el arrogante de su compañero, pero si no quería levantar sospechas,

tenía que seguir disimulando y guardando las apariencias, por lo que este pudiese decirle a Shadow.

Resopló mirando el reloj y dándose cuenta de que tenía que marcharse a su cita. Esperaba que, al menos, Hank no le tuviese reservada otra sorpresa.

\*\*\*

—No creo que esto vaya a funcionar —susurró Duff casi sin aliento.

—Confía en mí, llevo tiempo haciéndolo.

Duff frunció el ceño y lo miró interrogativamente.

—¿Utilizas a Grant para este tipo de tácticas? —preguntó sintiendo que Hank aumentaba la presión contra su cuerpo, apoyando las manos junto a su trasero, en el asiento de la *Harley Fat Bob*, en la que estaba sentada.

Ya no cabía una mota de aire entre ellos y cada centímetro de su anatomía era consciente de la de él. Demasiado consciente, hasta el punto de sentir que empezaba a marearse.

—¡Qué graciosa! Alguna ventaja tenía que obtener al tenerte como paquete —dijo con una sonrisa tan embaucadora como granuja.

Aunque una parte de ella se moría por borrársela de un tortazo, se vio acallada por otra, hasta el momento desconocida, que la llevó a humedecerse los labios.

El gesto, imprevisto para ambos, hizo que Hank prestase suma atención a

esa parte de su anatomía.

—Sigo sin entender cómo vamos a capturar a ese grandullón —expresó intentando desviar la atención de Hank.

Se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Sentía el aliento masculino; una mezcla deliciosa de su pasta de dientes con sabor a menta y el chocolate que acababan de compartir, rozándole los labios, ahora entreabiertos y expectantes.

—¿Sabes? Este look te sienta muy bien... Casi pareces una chica mala.

Iba a contestarle que se había disfrazado para mimetizarse con el ambiente del bar de moteros al que la había llevado, pero cuando Hank depositó una mano sobre la zona más baja de su espalda para presionar su pubis contra su entrepierna, contuvo el aliento y su mirada sorprendida quedó clavada en la de él. Los destellos dorados del iris más verde y salvaje que había visto en su vida, la sedujeron. Su pecho comenzó a subir y bajar de forma cada vez más acelerada. El corazón empezó a tronarle en la caja torácica y el zumbido de su latido, en los oídos, la aturdió.

Cuando él elevó la mano para acariciar su mejilla, primero con las yemas de los dedos, después con la palma, de una forma tan inesperadamente delicada y suave que toda su piel se erizó, dejó de ser consciente de dónde estaba, la gente que los rodeaba y lo que habían ido a hacer allí. Solo podía atender a la necesidad de su cuerpo que le gritaba con desesperación que lo besara. Hank debió pensar lo mismo porque inclinó el rostro hasta que sus labios se acariciaron de forma trémula y delirante. Sus alientos se mezclaron y una calidez

placentera y turbadora se anidó en su vientre haciendo latir su sexo. La apabullante reacción de su cuerpo a la cercanía masculina hizo que Duff exhalara un gemido débil.

Hank no podía despegar la vista de la boca femenina. Los carnosos labios lo tentaban deseando apresarlos entre sus dientes. Quería mordisquearlos, lamerlos, saborearlos y devastarlos. El primer tanteo sobre ellos había sido deliciosamente tortuoso y le supo a dulce tentación. La vio entreabrir los labios regalándole un gemido que recibió como una invitación. No supo en qué momento su mente dejó de funcionar, de anteponer a la misión, la necesidad que creció en él de apoderarse de ella. Volvió a buscar su boca y esta vez presionó los labios llenos, en forma de corazón, dejando que los suyos se recrearan en su exquisita suavidad. Aquel pequeño gesto despertó un hambre animal que lo llevó a apretarla aun más contra él. Mientras acariciaba su mejilla con el pulgar, abrió sus labios y comenzó la invasión con su lengua, de la succulenta cavidad bucal. La suavidad de su lengua lo recibió, enlazándose con la suya. Exhaló un gruñido de pura necesidad. Quería más y posando la mano en su nuca, se entregó a la deliciosa tarea de registrar cada uno de los sabores de su boca, a mordisquear sus labios hinchados hasta que ella jadeó compartiendo su misma urgencia.

El aire se hizo espeso en sus pulmones y la erección que comenzó a crecer en su entrepierna lo dejó consternado. Solo había sido un beso, se dijo. Pero algo en su interior se negaba a soltar su cuello, a despegar sus rostros y separarse de su cuerpo exquisito y tentador, hasta la última maldita curva. Ella debió tener tan

pocas ganas como él de que aquello terminara, a pesar de su mirada cargada de inocente sorpresa, pues no hizo ademán de finalizarlo.

—Vale... esto no formaba parte del plan —consiguió decir a pesar de que la excitación hizo que sonase más grave y ronco—, pero ahora voy a volver a besarte, a menos que... no quieras que lo haga.

Sus rostros estaban unidos por la frente y sus miradas enlazadas, como si nada más existiese para ambos, salvo ese momento y esa promesa de volver a compartir un instante que los había arrasado a ambos.

Duff sabía que debía detener aquella locura. Él quería deshacerse de ella desde que entró en la agencia. No la quería como compañera y se burlaba de ella cada dos minutos. Tenía motivos más que suficientes para frenarlo, sin embargo, desoyó todas las pegas que podían haberlo evitado.

—No quiero que pares...

La sonrisa deslumbrante de Hank hizo que le aleteara de forma diferente el corazón.

Él tomó su rostro con ambas manos y besó la comisura de su labio inferior, comenzando una tortuosa exploración por los mismos. La mente de Duff se llenó de imágenes excitantes en las que él hacía su concienzudo examen en otras zonas de su cuerpo que llevaban mucho tiempo sin ser debidamente atendidas, y el calor llegó a sus mejillas al tiempo que abrasaba su sexo.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué coño hacéis en mi moto? —La voz iracunda que se dirigió a ellos, los separó de forma abrupta.

Duff pestañeó varias veces intentando recobrar la cordura y volver a la realidad. Solo tuvo que ver al tipo enorme vestido de cuero que se dirigía a ellos, colérico, para recordar que habían ido hasta allí para capturarlo. Aunque sabía que era grande por lo que había leído en su expediente, se sorprendió de su inmensidad. Jamás había visto a un hombre de ese tamaño y tan poco agraciado. Entonces vio a Hank que, reaccionando mucho más rápidamente que ella, estaba a punto de enfrentarse al monstruo él solo. En cuanto el tipo lo tuvo a su alcance, intentó propinarle un puñetazo que Hank de forma hábil consiguió eludir, al igual que los dos siguientes intentos. Entonces fue su turno de atacar golpeándolo primero en las costillas y después en la rótula. Hizo que el tipo clavase la rodilla en el suelo. Hank aprovechó el momento de debilidad para propinarle un puñetazo que, aunque a ella le pareció potente, en el tipo solo provocó que sacudiese la cabeza, e inclinándola a un lado lo mirase jurando venganza.

Duff contuvo el aliento. Maldita sea, pensó, ahora entendía lo de la fuerza física y el tamaño. Y que tanto su cuñado como Hank, pensasen que no estaba hecha para ese trabajo. Pero tenía un par de trucos que aún no había desvelado. Se bajó la cremallera de la cazadora de cuero y sacó del interior su arma. La única que sabía usar, gracias a Alanah. Esperaba que pudiese ayudar a Hank para reducir al grandullón que ya le había dado el primer puñetazo en la mandíbula.

Hank giró el rostro por el impacto del golpe recibido, a tiempo de ver a Duff acercarse decidida a ambos. Algo parecido al terror se apoderó de él. No

quería que se metiera o saldría gravemente herida. Se arrepintió inmediatamente de haberla llevado allí. Había querido asustarla con una captura de las violentas. «¿Cómo había sido tan estúpido?»

—¡No te acerques! —le gritó mientras se levantaba, y entonces la imagen que se formó ante él lo dejó pasmado.

Duff sacó algo del interior de su chaqueta y sacudiéndolo en su costado extendió el bastón, retráctil, de lucha, que había estado escondiendo bajo la cazadora. La transformación que vio en ella; su mirada osada, su postura audaz y la forma de batir el arma en el aire, ante la estupefacción tanto suya como la del motero, que la observó como a una preciosa visión.

—Thor, ¿verdad? —interrogó a su contrincante, a tan solo dos pasos de ellos.

El tipo se limitó a asentir.

—¿Cómo vamos a hacerlo, por las buenas o por las malas? —le preguntó al grandullón que no podía creer que una mujer tan diminuta lo estuviese amenazando, en serio. Por lo que terminó por sonreír con socarronería.

Duff le devolvió el gesto.

—Está bien, tú lo has querido —dijo sin más, antes de ir a por él.



## CAPÍTULO 9

—Tú, ¿de dónde has salido? —le preguntó Hank, aún alucinado, desde la otra puerta trasera, mientras intentaban acomodar a Thor en el asiento.

La forma de mirarla había cambiado, ya no había socarronería ni burla y Duff sintió una mezcla de orgullo y vergüenza en partes iguales. No sabiendo qué responder, se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos... al menos cuéntame dónde aprendiste la lucha con bastón.

Cerraron ambas puertas y fueron hasta sus asientos delanteros. Duff se abrochó el cinturón y miró hacia atrás, para comprobar que el capturado seguía inconsciente.

—Es una larga historia —respondió esquivando.

—Por suerte no estamos cerca de la comisaría y tenemos unos minutos —alegó él deseando conocer cada detalle.

Duff resopló. No le gustaba mucho recordar aquella época y lo que sucedió, pero la alternativa era correr el riesgo de que su compañero quisiese comentar lo que había pasado entre ambos y para eso sí que no se sentía preparada, pues aún ella misma lo tenía que asimilar.

—Pues todo empezó en la fiesta de mi dieciséis cumpleaños...

Hank elevó una ceja demostrando que su curiosidad se había acrecentado.

Duff sacudió la cabeza antes de continuar.

—Fue una gran fiesta. Soy la pequeña de tres hermanos, más Alanah, la

mejor amiga de mi hermana mayor, que también es como una hermana para nosotros. Y mis padres decidieron dar el resto con mi fiesta, organizándome una que jamás pudiese olvidar. Desgraciadamente, no la hemos podido olvidar ninguno.

La sonrisa de Hank se borró al instante.

—¿Qué ocurrió?

—Hubo algunos fallos de seguridad en el local en el que lo celebramos y se colaron unos chicos que no estaban invitados. Vendieron drogas en la fiesta y a mi me pusieron en el cóctel que me estaba bebiendo.

Los ojos de Hank empequeñecieron hasta convertirse en dos líneas.

—¿Te hicieron... daño?

No quiso formular la pregunta que realmente se le había pasado por la mente. El tenía cuatro hermanas menores y cada fin de semana, sabiendo que saldrían con sus amigas, les repetía una y otra vez la misma advertencia; «Tened siempre las copas a la vista, no las dejéis en la barra ni al alcance de ningún chico.» Había visto varios casos de chicas que terminaban siendo drogadas y violadas en discotecas y fiestas. Solo de pensar que Duff hubiese podido pasar por algo así, se ponía enfermo.

Duff debió leer en su mirada los temores que se negaba a formular, porque se apresuró a negar con la cabeza.

—No...no... Por suerte ese no fue mi caso. Pero la droga era muy fuerte y me dejó en coma. Tuve suerte porque otros dos chicos habían muerto

consumiéndola, anteriormente. Estuve en coma varios días, que para mi familia fueron eternos. Los médicos no sabían si me recuperaría o no.

—Pero afortunadamente te tenemos aquí —dijo Hank respirando con profundidad.

Duff asintió con una sonrisa. Su mirada volvió a enlazarse con la de Hank, que se giró para mirarla aprovechando el semáforo en rojo. Él dejó la palanca de cambio para posar la mano en la suya, en un gesto que, aunque pretendía reconfortarla, hizo que su mente se llenase con las imágenes y sensaciones de los besos que habían compartido.

—¿Y cómo llegaste a aprender a luchar?

El pulgar de Hank comenzó a hacer un dibujo en el dorso de su mano y Duff se saltó un latido. Una turbadora mezcla de alivio y desilusión se apoderó de ella cuando el semáforo volvió a ponerse en verde y Hank dejó su mano para regresar a la palanca.

—Eso fue cosa de Alanah. Ella boxea, sabe defensa personal, dispara... Se sentía culpable por no haber estado en la fiesta y haber podido impedir que me drogaran. Me cansé de decirle que no era responsable de lo ocurrido, pero solo aceptó dejar el tema si me enseñaba a defenderme y a luchar con bastón.

—Me alegro de que lo hiciera. Hoy me has salvado de un par de malos golpes. Y tengo que reconocerlo... me encanta como te mueves.

El tono seductor de esta última afirmación hizo que el calor volviese a su vientre. «¿Cómo era posible que una sola mirada, una frase, un pequeño roce

entre ambos la alterase de esa forma?» Quizás Orel tenía razón y necesitaba un *quitapenas*.

—Yo no te hacía falta, te has defendido muy bien —aseguró Duff contemplando su perfil masculino.

—Díselo a mi ceja. Esta vez no me libro de un par de puntos.

—Esa es una cicatriz sexi... No habrá mujer que pueda resistírsete.

—Mmm... ¿Tú crees? —preguntó devolviendo a sus labios la sonrisa embaucadora.

—¡Oh, mierda! Esto debe ser el puto infierno. ¡Iros a un maldito hotel! —les gritó Thor desde atrás, que ya había recuperado la consciencia.

Duff se mordió el labio y miró hacia la ventanilla, ocultando su azoramiento de los ojos verdes que la escrutaban con curiosidad.

—Y tú, cuéntame, ¿por qué teníamos que hacer el numerito de la moto para capturarlo?

—Thor no sale de ese bar, nunca.

—¿Nunca? —preguntó sorprendida.

—Jamás. Salvo para coger su moto, o porque alguien haya osado tocarla. ¿Preferías enfrentarte a él en la calle o dentro de un bar lleno de moteros borrachos?

—En la calle, sin duda.

—Eso pensaba yo. Aunque no esperaba...

Duff empezó a temer que él quisiese abordar el tema del beso y saltó

interrumpiendo su frase.

—Esa es la comisaría, ¿verdad?

Hank la miró interrogativamente, pero ella disimuló nuevamente, mirando por la ventanilla.

Sin embargo, dos horas más tarde, cuando terminaron con el papeleo de la entrega de Thor y por fin consiguieron salir de la comisaría, Duff no pudo evitar que Hank abordase el tema. Al ver que ella se dirigía con paso decidido al coche, la tomó de la muñeca y la hizo voltear para terminar a pocos centímetros de su cuerpo.

—Creo que deberíamos ir a tomar algo. Podríamos celebrar nuestra segunda captura juntos y hablar de lo que ha pasado hace un rato.

—Si te preocupa que vaya a interferir en nuestro trabajo, no tienes que hacerlo. Imagino que se nos ha ido de las manos. La excitación del momento, una captura peligrosa... Hemos hecho un buen papel y un buen equipo. No hay necesidad de estropearlo hablando de ello, ¿no te parece?

Hank respiró profusamente clavando la mirada en ella.

En absoluto estaba de acuerdo con ella. Él no perdía los papeles cuando estaba trabajando. En su tiempo libre, que no era mucho, sí, por supuesto se dejaba llevar cuando una mujer bonita llamaba su atención y se le ponía a tiro, pero jamás en medio de un caso. Lo que había pasado con ella había sido tan inesperado como turbador. Y no le preocupaba que pudiese interferir en su trabajo, sino que desde que había probado sus labios, solo pensaba en el resto de

sabores que escondería su piel. Había despertado su hambre y su curiosidad y quería conocer más a la mujer que lo había dejado sin palabras y con una erección feroz que con cualquier mínimo contacto amenazaba con volver a aparecer.

Sin embargo, allí estaba ella, clavando su mirada en él y decidida a dejarlo correr como si hubiese sido un simple accidente. Apretó las mandíbulas y soltó su muñeca.

—Claro, opino exactamente igual —mintió.

Duff soltó el aire aparentemente aliviada y él comenzó a caminar en dirección al coche. Era evidente que se había equivocado y ella no había sentido lo mismo. No había nada más que hablar.

## CAPÍTULO 10

—Este es el segundo día que te quedas como un bobo, mirándola mientras se marcha —Las palabras de Mary no hicieron más que aumentar su enfado y frunció el ceño.

—No digas tonterías —bufó tomando el sobre con su parte de la recompensa.

—Pero hoy es distinto... ¿Qué es lo que veo en esa cara bonita?

Mary lo tomó de la barbilla e hizo girar su rostro, como si fuera un niño, para inspeccionarlo.

—¿Qué ha pasado exactamente entre vosotros? —Sus chispeantes ojos se abrieron, al tiempo que su boca, totalmente alucinada.

Sabiendo que no sería capaz de ocultar nada a la perspicaz de su amiga, se rindió, evitando pasar por la tortura previa del interrogatorio.

—Solo ha sido un beso.

—¡Dios santo! ¿Un beso? ¿Has besado a la cuñada del jefe? Me encanta esa chica, y sabes que te quiero. Llevo dos años diciendo que tienes que salir con una mujer que de verdad se merezca a un hombretón como tú, pero... ¿la cuñada de Shadow? No sé cómo se va a tomar que salgas con su cuñadita —dijo Mary sacudiendo la mano sobre su cabeza, mientras negaba con la cabeza.

—¿La cuñada del jefe? ¿Es la hermana pequeña de Emma?

—La misma.

—Bueno, eso responde a mi pregunta de por qué contrató a una mujercita diminuta como cazarrecompensas.

—¿Estás insinuando que no puede hacerlo por ser una mujer?

—Claro que puede hacerlo, hoy casi acaba ella sola con un tipo de ciento veinte kilos —Mary percibió el brillo orgulloso en su mirada y sonrió—. He conocido a varias cazarrecompensas que son un ejemplo en la profesión, pero sé sincera, cuando la viste entrar por esa puerta con su melena de *Barbie*, sus altísimos tacones, su ropa pija y su pequeño cuerpecito, ¿te la imaginaste atrapando a gente peligrosa?

—Lo cierto es que no pensé nada. Sé que tiene mucho más que ese cuerpo como herramienta de trabajo. De no ser así, no la habría ayudado dándole el caso de Kora Tanner.

El semblante de Hank perdió el color inmediatamente.

—Mary, ¡esa mujer es una asesina! Se cargó a cuatro personas con una bomba. ¡Es muy peligrosa! Duff no puede ni debe ir sola a por ella. Necesita alguien que le guarde las espaldas.

—No es tonta —defendió Mary su decisión de darle ese caso—, y si crees que necesita refuerzos, lo que tienes que hacer es salir pitando de aquí e ir en su busca.

Dicho y hecho, Mary no tuvo tiempo ni de despedirse. Hank soltó una especie de gruñido ininteligible y desapareció por la puerta dejando tras él el sonido de la pequeña campanita que había colgado esa mañana sobre la puerta.

Mary sonrió satisfecha. No se le había escapado jamás una información que no quisiese dar. Discreción era su segundo nombre y en esta ocasión no era diferente. Desde el primer minuto había visto algo especial en Duff, no solo como cazarrecompensas, sino como posible pareja para Hank. Era un gran hombre; cuidaba de sus cuatro hermanas con auténtica entrega. Por eso trabajaba tantas horas y llevaba el índice de casos cerrados más alto de la agencia. Y bajo esa fachada chulesca y embaucadora había un hombre honesto, fuerte, decidido y comprometido, con todo salvo con su corazón. Tal vez porque no había encontrado una mujer a su medida, o porque con sus múltiples preocupaciones, era más fácil llenar los vacíos sentimentales con mujeres de una noche o relaciones esporádicas, pero ella creía que merecía algo mejor. Y tras haber hablado con Shadow sobre su cuñada, descubrir su situación sentimental y muchas de sus virtudes, decidió que era hora de utilizar sus superpoderes también como casamentera.

Duff necesitaba un hombre que le hiciese volver a creer en el género masculino y le demostrase que había hombres de verdad. Y él, necesitaba una mujer a su medida, con carácter y resolutiva, que no fuese besando el suelo que él pisaba, sino que marcase el ritmo a su lado. Y si tenía que ser ella la que les diese un empujoncito, no había nada más que pensar.

Consideraba que entre sus funciones allí, en la empresa, estaba la de velar por el bienestar de todos. Cuidar de ellos y ayudarles. En el caso de Shadow, espantando a las mosconas que se empeñaban en insinuársele, sin considerar que

tenía a una mujer y estaba a punto de ser padre. En el caso de Grant, facilitándole los casos que le permitiesen compaginar su trabajo, con la custodia compartida de su hija de cinco años. Y ahora le tocaba el turno a esos dos cabezotas. De momento había tirado el anzuelo, ahora solo tocaba esperar que ambos picasen.

\*\*\*

—Cariño, ¿estás bien? —Emma formuló la pregunta por tercera vez a Shadow, desde que salieran de la consulta del ginecólogo. Y como en las ocasiones anteriores, este le había respondido asintiendo, simplemente, con la cabeza.

Tomo aire antes de enfrentarlo. Shadow tenía cierta tendencia a guardarse sus preocupaciones, la mayor parte de las veces porque creía que así la protegía, pero lo cierto era que verlo con el ceño fruncido, mirada errática y mandíbula prieta como una roca, le provocaba más ansiedad cualquier cosa que él le pudiera decir. Sin embargo, en este caso, ni siquiera ella acababa de asumir lo que había pasado en la consulta. No sabía ni cómo abordar el tema, pero sí que no quería pasar por aquello sola. Necesitaba mirarlo a los ojos, perderse en su fuerte mirada y que le diese esa seguridad que solo él sabía proporcionarle.

Lo vio marcharse en dirección al dormitorio y decidió seguirlo hasta allí, aunque su paso era mucho más lento. Le dolía la espalda y estaba cansada.

Cuando llegó al dormitorio se acariciaba la tripa, con una mano, al tiempo que posaba la otra en los riñones. Él miraba en los cajones de la cómoda y decidió sentarse a los pies de la cama para enfrentar la conversación.

—Está bien, para mí también ha sido una sorpresa. Creí que hoy por fin se decidirían con el sexo del bebé y que ahora estaríamos discutiendo por el nombre, no que nos dirían que vamos a tener gemelos. Y la verdad que te muestres tan esquivo después de la noticia, no es nada tranquilizador...

La palabra se quedó suspendida en el aire. Emma lo miró con los ojos muy abiertos, tanto que Shadow temió que fuese a desmayarse por la impresión, y tomó una de sus manos.

—Cariño... —dijo ella apenas en un hilo de voz.

—Sé que debí hacer esto hace mucho tiempo... Primero quise pedírtelo nada más volver a Nueva York, pero después, entre la mala racha de salud de tu padre, crear la empresa, la noticia del embarazo... Parecía que nunca era el momento adecuado para centrarnos en esto.

Emma, sin palabras, sintió que sus ojos se humedecían, sin remedio. Shadow, arrodillado ante ella, sonrió y limpió la primera de las lágrimas que surcó su mejilla arrebolada, mientras con la otra mano sostenía una caja abierta de terciopelo negro, en la que descansaba un precioso solitario con un hermoso diamante.

—Princesa, sabes que hasta que te cruzaste en mi camino, no pensé que querría volver a pasar por el altar, pero desde el maravilloso día en el que

entraste en mi furgo para organizarme las especias y la ropa interior por colores y orden alfabético, no he podido pasar un solo día sin ti.

Emma contuvo el aliento y un hipido a causa del llanto contenido.

—Que me vayas a hacer padre de dos preciosas criaturas, solo es la guinda del pastel y el mejor regalo que me podías haber hecho. Soy el hombre más afortunado del planeta y espero que me dejes dedicar cada día de mi vida a conseguir que tú seas la más feliz también.

A esas alturas las lágrimas ya salían como un torrente imparable y Emma casi no podía ver al hombre al que amaba entre la cortina densa del llanto.

—Está bien, antes de que te me ahogues... Emma, princesa, ¿quieres casarte conmigo? —le preguntó conteniendo el aliento en su gran pecho, aguardando su respuesta.

Ella no fue capaz de decir una palabra, tan solo se lanzó a sus brazos, asintiendo vigorosamente, mientras se arrodillaba con él en el suelo. Rodeó su cuello y hundió el rostro en el pecho de Shadow que la abrazó con fuerza. Durante unos segundos la acunó hasta que la sintió respirar más tranquila.

—Te amo, mi cavernícola. Y aunque ya me haces la mujer más dichosa en la faz de la tierra, sí, me convertiré en tu esposa.

Estaban a punto de fundirse en un apasionado beso, cuando el timbre de la puerta sonó con irritante insistencia. Ambos se miraron y dijeron al unísono: Alanah.

—Seguro que ha venido para contarme qué ha averiguado sobre el exnovio

de Duff —dijo Emma mientras su futuro marido la ayudaba a levantarse.

—¿Qué ocurre con él? ¿No le habíais dejado las cosas claras?

—Eso pensábamos, pero Duff está muy rara, nos oculta algo. ¿Sabes que ha empezado en un trabajo nuevo y aún no nos ha contado nada?

Shadow fue víctima de un conveniente ataque de tos. Su cuñadita le había dicho que se encargaría de decir la verdad a todos y ahora veía que no se había dado prisa en hacerlo. Eso lo colocaba en una situación delicada con Emma. No le gustaba ocultarle nada y estaba segura de que cuando supiese que le había escondido lo de su nuevo trabajo como cazarrecompensas, la mujer que acababa de comprometerse a pasar con él el resto de su vida, iba a despellejarlo. Estaba en serios apuros.

## CAPÍTULO 11

Duff llevaba quince minutos observando desde la otra acera, *La granja urbana*, la tienda de alimentación ecológica de la hermana de su futura captura, cuando decidió cruzar la calle y acercarse. Fue con paso decidido, pero antes de entrar, se detuvo frente al expositor de revistas que informaban sobre sus productos. Aparentó ojearla, mientras entraba en el establecimiento.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarte en algo? —Inmediatamente fue recibida por un cordial saludo y una amable sonrisa.

—Gracias, pero de momento solo voy a echar un vistazo. No conocía la tienda. Acabo de mudarme al barrio y al pasar por la puerta me ha llamado la atención.

Su explicación debió parecer razonable porque la sonrisa de la mujer, de unos treinta años, aumentó en su rostro.

—Este es un buen barrio. Seguro que se sentirá muy a gusto aquí.

—Estoy segura de ello —contestó mientras dirigía su atención a las múltiples estanterías de madera rústica, en las que estaban expuestos los alimentos. Rápidamente decidió que le gustaba el local. Todo estaba colocado con evidente esmero y cuidado y la mezcla en la decoración de elementos industriales como las tuberías cromadas del techo, en contraste con los sacos de arpillera, las cajas de fruta y verdura en madera, o las pequeñas pizarras en las que estaban escritos con tiza los precios e información de los productos, era

sencillamente perfecta y acogedora.

La verdad era que, ella desde que se independizó por primera vez de casa de sus padres, no había prestado demasiada atención a llevar una alimentación saludable. Había sido más de comer algo rápido de la maquina de la clínica, cenar fuera de casa o comprar cualquier cosa preparada de camino al apartamento. Y por esa razón le llamó tanto la atención la multitud de artículos ecológicos y la extraordinaria pinta que tenían los productos frescos. Durante un par de minutos paseó por los pasillos prestando igual atención a las estanterías y a la dueña de la tienda que atendía en la caja a un par de mujeres.

Parecía atenta y decidida a asesorar a sus clientes. Siguió observándola unos segundos, mordiéndose el labio inferior. Cuando las clientas se marcharon, decidió acercarse al mostrador, con un plan en mente.

—Tienes una tienda preciosa... Nina —hizo que leía su nombre bordado del mandil que llevaba sobre la ropa, aunque lo había descubierto mientras investigaba a su hermana—, y muy bien aprovisionada. No sabía que había tantos productos ecológicos, la verdad.

—¿Eres nueva con la alimentación saludable?

Duff sonrió como si hubiese sido pillada.

—Me temo que sí. Aunque ahora tengo un compañero de piso que es chef y que me cuida bastante bien, en ese aspecto.

—¡Un chef! Eres una chica con suerte. ¡Yo adoro cocinar! Ojalá tuviese más tiempo para hacerlo, pero cuando me escapo de la tienda siempre estoy

inventando nuevas recetas.

El tono de Nina era cada vez más animado y se notaba que se sentía a gusto con ella. Sintió una pizca de remordimientos. Parecía una buena mujer y no tenía la culpa de que su hermana fuese una asesina. Se pasó la mano por la frente convenciéndose a si misma de que tenía un trabajo que hacer.

—¿Estás bien? —le preguntó solícita, Nina.

—Sí, sí... Es que me estaba acordando de que mi compañero buscaba el otro día una especia que necesitaba para hacer un plato español.

—¡Uuuuu...! ¡Un plato español! ¡Qué excitante! Quizás pueda ayudarte a encontrarla. ¿Qué especia era?

Duff se percató de que para ser una mujer cuya hermana estaba en busca y captura por haber asesinado a varias personas, no parecía en absoluto preocupada. Tal vez no se llevasen bien, pero aun así, no podía imaginar estar en su situación y que no se la comieran los nervios. Aunque tal vez no estaba preocupada porque sabía dónde estaba su hermana...

—Azafrán en hebras —dijo tras recordar que Orel le había hablado de esa especia. Le había dicho que era algo especial y valioso, por lo que contaba con que ella lo tuviese y no muy a la vista.

Al acercarse al mostrador se había dado cuenta de que Nina tenía un móvil junto a la caja registradora, si podía distraerla lo suficiente, tal vez podía echarle un ojo a la lista de contactos y últimas llamadas.

—¡Creo que sí que tengo! Dame unos minutos, que lo traiga del almacén.

Duff sonrió complacida y Nina se perdió tras la puerta que comunicaba con la parte trasera. No se lo pensó un segundo y en cuanto desapareció, alargó el brazo y tras mirar a un lado y a otro y comprobar que nadie la observaba, tomó el móvil, rápidamente. Por suerte no estaba bloqueado y tan solo tuvo que acceder al registro de llamadas. Miró una vez más hacia la puerta del almacén, comprobando que Nina seguía sin aparecer y deslizó el dedo por la pantalla revisando los números. De todo el registro, un número que se repetía cada día, a las nueve en punto de la noche, y cuyo propietario no estaba registrado, llamó su atención. Las llamadas no duraban más de treinta segundos, en ningún caso. El dato le pareció cuanto menos curioso. Sacó su propio teléfono y anotó el número rápidamente. Después limpió la pantalla y dejó el móvil junto a la caja, justo a tiempo de evitar ser descubierta por Nina.

—¡Vaya! Estaba segura de que tenía en el almacén, pero parece que se ha agotado. Lo siento mucho —se disculpó la tendera con pesar—. Si pasas la próxima semana, seguro que tendré nuevamente.

—¡Perfecto! Me pasaré entonces. Muchas gracias por tu ayuda y de veras, que tienes una tienda preciosa. Se la voy a recomendar a todo el mundo —dijo Duff de manera apresurada, ya casi en la puerta.

Quizás no fuese nada, pero algo le decía que la pista era buena y estaba deseando seguir investigando.

Se despidió de Nina con la mano y ella le devolvió el gesto. En cuanto salió de nuevo a la calle, de camino a su coche, sacó su móvil e hizo una nueva

llamada. Conocía a cierta Hacker que trabaja con frecuencia con su hermana y con Alanah, para la agencia de detectives. Gus, que así se llamaba la Hacker, colaboró atrapando a la banda de traficantes que distribuía la droga que le echaron en la bebida con dieciséis años, y que la dejó en coma. Había tenido la oportunidad de conocerla y charlar con ella en varias ocasiones y aunque nunca pensó que pudiese necesitar alguna vez de sus servicios, sabía que ninguna otra persona podría rastrear para ella ese teléfono y darle más información.

Cuando Gus respondió a su llamada, el corazón de Duff ya iba a mil por hora. Estaba tan nerviosa como excitada.

Hank, desde su Hummer, a tres coches de distancia, la vio salir de la tienda y hacer una llamada. De momento se estaba limitando a vigilarla de cerca, no quería que pensase que la estaba acosando. Solo necesitaba asegurarse de que no se metía en líos o se ponía en peligro. Al ver que entraba en su coche, se frotó la barba incipiente preguntándose; «¿En qué demonios te estás metiendo Wonder Woman?»

## CAPÍTULO 12

La oscuridad de la taberna irlandesa, la envolvió nada más entrar. Echó un rápido vistazo para inspeccionar el interior, esperando encontrar a su próxima captura. Gus le había dicho que el número del que procedían las llamadas que recibía Nina pertenecía a ese lugar. Tras repasar a la decena de personas que estaban allí tomando sus bebidas, no la reconoció en ninguna de ellas. Miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que aún faltaban unos minutos para las nueve. Al percatarse de que el camarero la miraba con curiosidad, decidió acercarse a la barra y pedir una pinta bien fría. No era muy fan de la cerveza, pero tenía que guardar las apariencias. Conversar con el camarero también podía ser productivo. Alanah siempre decía que los camareros eran una fuente inagotable de información.

Sintiéndose como la protagonista de una película de espías, sonrió al camarero e hizo su pedido. Éste, pocos años mayor que ella, le devolvió la sonrisa con abierto interés. Volvió a mirar su reloj. Faltaban cinco minutos para la hora. Las manos comenzaron a sudarle y solo llevada por los nervios, en cuanto recibió su cerveza, se lanzó sobre ella para darle un gran trago. El sabor amargo del brebaje se deslizó por sus papilas y garganta, y por mucho que intentó disimular, una mueca de desagrado se dibujó en sus labios. Ocultó su rostro, pasándose una mano por el mismo, y entonces vio abrirse una puerta lateral. Tal vez debía haber inspeccionado el local, antes de nada. Era un error de

novata. Escudriñando, con los ojos entornados, fijó la vista en la figura menuda y encapuchada que entró por dicha puerta, muy próxima a los baños. Entre la oscuridad del local y que iba oculta, no podía ver su rostro y decidió acercarse, con la excusa de ir al baño. Dejó un billete en la barra para pagar la pinta y fue hasta ella. Conforme se acercaba confirmó que era una mujer, tal y como había sospechado. Le daba la espalda, pero se acercaba al teléfono que había instalado en la pared. Al pasar por su lado esta le dio la espalda, ocultándose tanto de ella como de las posibles miradas del resto de personas del local. Duff, conteniendo el aliento, entró en el baño de señoras, a menos de un metro del teléfono. Ya en el interior, soltó el aire que había estado conteniendo. Primero se apoyó en la puerta, respiró con profundidad y entreabrió la madera para mirar por una pequeña rendija a la chica. El murmullo en el que hablaba era ininteligible incluso a aquella corta distancia. Abrió un poco más la puerta, intentando oír, al tiempo que pensaba en la forma de pillarla por sorpresa, para capturarla. Tampoco le interesaba hacerlo en público, por si las cosas se ponían violentas. Cuantos menos testigos, mejor. No podía asegurar, con lo poco que había visto de ella, que se tratase de Kora Tanner, pero era mucha casualidad que la persona que llamaba a Nina, cada día desde aquel teléfono, fuese una mujer menuda y morena como la que hacía la llamada en ese momento. Se percató de que, si salía por la misma puerta lateral por la que había entrado, fácilmente podría seguirla e interceptarla en el callejón. Sin duda menos concurrido que la calle principal.

Estaba sumida en sus cavilaciones, cuando la chica finalizó la llamada y, al

girarse, la vio observándola. Sus miradas se cruzaron en lo que parecieron un par de segundos interminables, analizándose. Sin duda era ella. Había dado con Kora, una de las asesinas más buscadas por la policía, en esos momentos. Estaba considerablemente más delgada y demacrada que en las fotografías de su expediente, pero no tenía la menor duda de que era ella.

—Kora... —pronunció su nombre en un susurro y ese fue el detonante que lo desató todo.

Su captura salió corriendo despavorida al escuchar que la nombraba. Sorteó a un hombre que se cruzó en su camino y que iba a los baños y corrió por el pasillo en dirección a la salida de emergencia. Duff reaccionó rápidamente y lo hizo tras ella. Chocó contra el hombre que le brindó un exabrupto, pero no se detuvo. La tenía cerca y no la podía dejar escapar. Había hecho atletismo en el instituto, y aunque sus botas de tacón no eran la mejor indumentaria para correr, sin duda seguía siendo rápida. Llegó a la puerta poco después de salir Kora, y corrió tras ella por el callejón, como si se tratase de la final de los cien metros lisos.

—¡Kora, detente! —le gritó.

—¡Déjame en paz, soy inocente! No le contaré a nadie lo que habéis hecho, pero dejad de seguirme —le dijo la chica girándose a mirarla, mientras huía de ella.

Sin duda, aquella declaración era lo último que esperaba Duff.

Tampoco tuvo tiempo de pensar en sus palabras, porque un par de

segundos después, la alcazaba y saltando caía sobre ella. Kora, bajo su cuerpo, se quejó de dolor. Duff la giró en el suelo, mientras tomaba sus muñecas y vio su cara de terror.

—Por favor, no me mates. No voy a decir nada, lo juro. Lo juro...

Duff se quedó estupefacta.

—No voy a matarte —aseguró intentando tranquilizarla. El cuerpo de la chica temblaba bajo su peso, claramente aterrorizada—. No voy a hacerte daño —añadió.

—¿No eres una de ellos? ¿No trabajas para Time Corp?

Duff encogió la mirada al tiempo que liberaba un poco la presión sobre la chica, a la que tenía inmovilizada.

—No trabajo para ellos. Soy cazarrecompensas.

La revelación pareció aliviar a su capturada, que exhaló un gran suspiro, en un gesto al que Duff no llegaba a encontrarle el sentido. «¿Le estaba diciendo que quería entregarla a las autoridades y eso le tranquilizaba?»

De repente, el gesto de Kora cambió volviendo al terror.

—¡No puedes entregarme! Si lo haces, ¡me matarán! Ellos me matarán. Tienen amigos en todas partes. Intentaron acabar conmigo el día de la vista en los baños del juzgado. Por eso tuve que huir. No puedes entregarme.

—Nadie va a matarte, pero tengo que entregarte. Asesinaste a cuatro personas...

—Yo no las maté. Soy inocente. Me incriminaron para tapar sus

operaciones de blanqueo. Yo los descubrí e intentaron liquidarme. Cuando salí viva de la explosión, me incriminaron para hacerme cargar con la responsabilidad de la bomba, pero soy inocente. No soy una asesina. Jamás habría sido capaz de matar a mis propios compañeros, a mis amigos.

El semblante de Kora era de autentica desesperación. Duff podía leer en su rostro, en las microexpresiones del mismo, las suficientes señales como para creer que parecía decir la verdad.

—Sé que no tienes por qué creerme, pero puedo demostrar todo lo que digo. Durante este tiempo he estado investigando a la empresa para conseguir las pruebas que me exoneren. Las tengo en mi coche. Si me llevas hasta él, te lo mostraré.

Lo más sencillo habría sido esposarla y llevarla hasta su propio coche, entregarla en la comisaría y hacer su primera captura, sola. Pero, ¿y si todo lo que le había dicho era verdad? En todo momento, al entrar en ese trabajo había dado por sentado que las personas a las que iba a capturar eran culpables de los cargos que se le imputaban, pero, ¿y si ella era inocente? ¿Y si todo cuanto le había dicho era cierto y la estaba entregando para que los verdaderos culpables acabasen con su vida? Jamás podría vivir con ese terrible peso en la conciencia.

Inspiró con profundidad sabiendo que tanto Shadow como Hank, le habrían aconsejado no creer a la chica y hacer su trabajo.

—¿Y tu coche está cerca? —se oyó a si misma preguntar, tomando una decisión.

Kora respiró con alivio. Cerró los ojos, agotada y asintió.

—Ahí —dijo señalando un pequeño utilitario blanco aparcado al final del callejón, casi en la calle principal.

—Está bien, iremos hasta allí y me enseñarás las pruebas que dices tener. Si todo es verdad, no solo no te apresaré, sino que te ayudaré a esclarecer tu caso.

La mezcla de alivio y agradecimiento en el semblante de la chica, fue todo lo que necesitó Duff para saber que había tomado la decisión correcta.

\*\*\*

Hank seguía mirando hacia la puerta de la taberna irlandesa en la que había entrado Duff, preguntándose qué estaría haciendo dentro, cuando la vio asomar por el callejón lateral del edificio.

—¿Qué demonios...? —comenzó a preguntarse mientras se rascaba la barbilla, cuando vio que, junto a ella, estaba la señorita Kora Tanner. No solo había dado con el objetivo, sino que esta la acompañaba aparentemente sin mostrar resistencia. No sabía cómo lo hacía su nueva compañera, pero no hacía más que sorprenderlo con cada caso. Estaba claro que se había preocupado sin motivo por su bienestar.

Sonrió con una mezcla de orgullo y fascinación, viéndola dirigirse a un coche aparcado a pocos metros de distancia. Arrancó el motor, estaba claro que no pintaba nada allí. Le dejaría a ella su momento de gloria, sin intervenir. Metió la marcha y la contempló por última vez, antes de marcharse, cuando de manera

imprevista, cerca vehículo, este explosionó.

Hank salió, cual alma que lleva el diablo, corriendo del Hummer. Tuvo que sortear varios vehículos que circulaban por la calle y que estuvieron a punto de atropellarlo, incluso teniendo que saltar sobre el capó de uno de ellos para llegar hasta ella. Solo tenía un objetivo en mente; la mujer que yacía en el suelo. No podía dejar de mirar su cabellera dorada desparramada sobre la acera, cubierta parcialmente de sangre y su cuerpo inmóvil, en una postura imposible. Cuando llegó hasta ella, el corazón le latía dolorosamente en el pecho. Se arrodilló junto a su cuerpo y sostuvo su cabeza llamándola a gritos.

—Duff... Duff, por favor... Despierta —acarició su mejilla, manchándose de la sangre que emanaba de su frente. Tenía dos cortes más como aquel; uno en la mano y otro en la pierna, provocados por los cristales del vehículo que había salido disparados como proyectiles.

Su desesperación aumentó cuando ella no recuperó la consciencia.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó a los transeúntes que comenzaban a aglutinarse en torno a ellos. Algunos de ellos, móvil en mano, sacaban fotos del escenario. Por suerte el camarero de la taberna, que había salido también, al escuchar la explosión comenzó a llamar a los servicios de emergencia.

Hank agachó el rostro hasta colocar su mejilla junto a la boca de Duff. Inspiró con alivio al comprobar que respiraba y en su cuello comprobó que tenía pulso.

Comenzó a oír el sonido de las sirenas acercándose cuando Duff abrió

pesadamente los ojos.

—Duff, preciosa... Mírame. Estoy aquí. No voy a separarme de tu lado, mírame.

—Ko...ra... —consiguió pronunciar sintiendo los labios entumecidos.

Hank miró a un lado y a otro, percatándose por primera vez de su ausencia. No estaba por ningún lado, ¿cómo era posible?

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por los sanitarios que, aparcando la ambulancia junto a ellos, lo apartaron para empezar a tratar a Duff. Vio su bolso y fue a cogerlo. Junto a él estaba su pulsera de actividad *Fitbit*. La tomó también y la introdujo en su bolso.

—Voy con ella —dijo a los sanitarios.

—Solo familia —fue la respuesta del robusto hombre que la acomodaba en la camilla.

—Soy su marido —anunció con una seguridad que no daba lugar a replicas.

El tipo lo miró un segundo y terminó por conceder.

—¡Ha entrado en parada! —grito el segundo de los sanitarios.

—Suba. No podemos esperar más —gritó el primero, empezando la reanimación.



## CAPÍTULO 13

Duff intentó abrir los ojos, que sentía pesados como losas y un fuerte dolor de cabeza le taladró las sienes. Un zumbido persistentemente molesto sacudía sus oídos al mismo tiempo. De repente, las imágenes del estallido del coche llenaron su mente. Recordó que estaba a punto de llegar al vehículo y se había adelantado un par de pasos a Kora, que iba tras ella, cuando el coche había explotado. Recordó la fuerza con la que fue empujada hacia atrás y el golpe contra el suelo. A partir de ahí solo pudo recordar los ojos verdes de Hank, frente a su rostro, hablándole, angustiada. No conseguía entender lo que le decía a través del pitido de sus oídos y el zumbido espeso de su cabeza, pero el contacto cálido de su mano, aferrándose a la suya, le inyectó algo de vida.

Intentó incorporarse y averiguar dónde estaba y se oyó a sí misma gemir de dolor. Sentía que le había pasado por encima una apisonadora.

—No te muevas, Wonder Woman —oyó que le decía Hank y al instante, su mano tomando de nuevo la suya, con suavidad.

—Agua... —consiguió pedir en un hilo de voz.

Diligente, lo vio tomar una botella de la mesita que había junto a su camilla y tras quitarle el tapón acercarla a sus labios, al tiempo que la ayudaba incorporando su cabeza levemente para que el líquido no se derramase sobre su pecho.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital. Hemos pasado la noche aquí. Tus heridas se limitan a cortes y contusiones, pero entraste en parada y tuvieron que reanimarte. Has estado en observación.

Duff se llevó la mano a la frente, sobre la que tenía una venda y maldijo entre dientes. Su familia debía haberse puesto histérica. Entonces echando un vistazo a un lado y a otro se dio cuenta de que no estaban allí y frunció el ceño.

—¿No han llamado a mi familia? Los tengo como personas de contacto...

—Bueno, es que... No quería que fueras sola en la ambulancia y dije que era tu marido para que me dejaran subir. Para el personal del hospital, yo soy tu persona de contacto.

Duff dejó caer la cabeza para atrás al tiempo que exhalaba un suspiro cargado de alivio.

—Gracias, no quiero asustarles —señaló intentando sonreír. Entonces recordó sus palabras—. Y has pasado la noche aquí, ¿cuidándome?

Hank sintió un nudo en el estómago. No podía decirle que le había aterrorizado perderla, que cuando entró en parada había rezado como hacía años que no hacía, para que ella volviese a abrir los ojos y le regalase una mirada altanera. Sin embargo, la única explicación que se atrevió a darle fue:

—Somos compañeros —Como si aquellas dos palabras pudiesen recoger todo lo que había sentido al verla en peligro.

Duff se incorporó en la cama, con una mueca de dolor. Se sujetó la cabeza, confusa. Estaba aturdida y los recuerdos de la noche anterior se arremolinaban

en su mente. Quería pensar con claridad, pero todo era una maraña de ideas. Una se abrió paso entre las demás.

—Pero, ¿cómo sabías dónde estaba? ¿Por qué subiste conmigo a la ambulancia?

Hank resopló.

—Yo estaba allí. Te estaba siguiendo. En realidad, no es que te espíase. Mary me dijo que te había dado el expediente de Kora Tanner y quería asegurarme de que...

—De que no metía la pata. —terminó ella por él.

—No, de que no corrías peligro. Estabas buscando a una asesina.

Hank enlazó su mirada verde con la de ella, aun turbada y confusa.

—¿Y cómo sabías dónde estaba? ¿Me seguiste cuando salí de la agencia?

—Más o menos. Cuando Mary me dijo que estabas investigando ese caso, ya te habías marchado. Entonces te rastree con la aplicación.

La mirada ceñuda de Duff le dijo que ella no tenía ni idea de que la tenía instalada.

—Todos llevamos en el móvil una aplicación que nos mantiene en contacto los unos con los otros. Además de facilitar que hablemos entre nosotros y compartamos información, facilita nuestra ubicación GPS. Para que, si alguno de nosotros corre peligro, podamos acudir en su ayuda. El día que entraste, Mary te pidió el teléfono, ¿verdad?

Duff asintió, aún alucinada.

—Era para instalarte la aplicación. Cuando supe que habías ido a por Kora Tanner, te rastreeé. Estaba aparcado en la acera de enfrente, a punto de marcharme, cuando vi la explosión.

Duff se mordió el labio inferior con duda. No sabía si le molestaba que la hubiese seguido o estar agradecida de que estuviese allí. Aun podía sentir cómo quería abandonar su cuerpo, tras la explosión. Y que él la retuviese con su abrazo y su mirada. Era una sensación muy extraña, que la turbaba demasiado como para querer pensar en ella, en ese momento.

—Y Kora, ¿también está aquí? —preguntó temiendo de repente por ella.

—No, ella desapareció tras la explosión. Solo se me ocurre que como tú estabas delante de ella, la protegieras con tu cuerpo del impacto. Debió salir ilesa y huir. Lo que aún no entiendo es por qué explotó su coche. ¿Cómo supo que irías a por ella?

—La explosión no iba dirigida a mí. Quieren matarla. Ella es inocente. Lo del coche no hace más que confirmar todo lo que me contó. Intentan liquidarla y además han conseguido destruir todas las pruebas que tenía para demostrar su inocencia.

Hank sacudió la cabeza sin entender una palabra de lo que le estaba diciendo.

Duff volvió a incorporarse en la camilla, ayudada por él y, respirando con pesar, pues sentía que le pesaban los pulmones, le contó lo que la chica le había dicho y que iban al coche a por las pruebas cuando se produjo la explosión.

—Duff, ¡maldita sea! ¿Por qué le ofreciste tu ayuda? Ese no es nuestro trabajo. Tú solo tenías que entregarla. Defenderse y demostrar su inocencia es cosa de otros. No somos la policía, ni sus abogados. Tú no puedes convertirte en su cómplice.

La mirada entornada de Duff no auguró nada bueno.

—¿Quieres decir que nuestro trabajo es hacer que la maten? ¿Que nos da igual si es inocente o culpable? ¿Tenía que servírsela a los asesinos en bandeja? Me dijo que intentaron matarla el día de la vista, en el juzgado. Que puede haber policías implicados...

Hank se pasó la mano por la barbilla y caminó por la habitación.

—Sé que te preocupas por ella, pero yo lo hago por ti. No quiero que te pongas en peligro por una mujer que no es tu problema.

—¿Y acaso yo soy tu problema?

A estas alturas Duff había dejado paso al dolor para enfrentarse a él con mirada incendiaria.

Hank volvió hasta su cama, de dos zancadas y tomó su rostro entre las manos, haciendo que ella se saltase un latido. El contacto cálido de sus manos en las mejillas era abrumador.

—Sí, tú si eres mi problema. No puede pasarte nada.

—¿Crees que te echará la bronca el jefe si no cuidas de su cuñadita? —le preguntó ella provocándolo.

—No me importa Shadow. No quiero que corras peligro, no quiero

perderte...

La intensidad de sus palabras arrasó sus sentidos, al igual que el contacto persistente de sus manos y su mirada verde enlazada con la suya. De repente, la necesidad de ser besada por sus labios exigentes y ligeramente carnosos superó al dolor y al enfado.

—¿Por qué nadie me ha avisado de que estabas herida? —La voz de Shadow, más parecida a un gruñido, irrumpió en la habitación.

## CAPÍTULO 14

—A si que... tú y mi cuñada... —comenzó a decirle Shadow a Hank, sentado a su lado, en su coche.

Hank estaban a punto de contestar cuando fueron interrumpidos.

—Sabéis que estoy aquí, ¿verdad? No podéis hablar sobre mí, ignorándome por completo. Y la verdad, cuñadito, mi vida privada es cosa mía

—Su tono peleón despertó una sonrisa en Shadow y Hank prefirió no pronunciarse.

—Está claro que te sientes mejor —contestó su cuñado.

—No te creas. Que me hayas traído a tu casa para hablar con mi hermana y con Alanah, nada más recibir el alta del hospital, no sé si es lo mejor.

—Pues yo creo es lo que necesitamos ambos. No te has sincerado aún con Emma, y eso la tiene de los nervios. Le he pedido que se case conmigo...

—¡Oh! ¡Eso es fantástico! —lo interrumpió ella abrazándolo desde el asiento de atrás, en el coche.

—Es fantástico siempre y cuando llegue al altar. Si tu hermana se entera de que le he estado mintiendo con lo de tu nuevo trabajo, es capaz de mandarme muy lejos y no querer volver a saber de mí, ¿entiendes?

Duff tragó saliva.

—Estás exagerando...

Shadow la miró a través del espejo retrovisor, con el ceño fruncido.

—Peeeeeroooo, voy a hablar con ellas y les contaré que es mi decisión, que te obligué a contratarme y que este trabajo es lo que quiero hacer.

—Bien —fue la escueta y satisfecha respuesta de Shadow.

—Lo que no sé si el mejor día para hacerlo es en el que acabo de sufrir las consecuencias de la explosión de un coche. Mi hermana se va a poner histérica.

—¿Acaso crees que no sabe lo que ha pasado? Lo sabe todo, pero necesita que se lo digas tú. Y es mejor que vea que estás bien a se que se lo cuente yo y empiece a imaginar cosas.

Duff concedió que eso tenía sentido.

—Lo que no entiendo, es qué tengo que ver yo en todo esto. ¿Qué hago aquí? ¿Y por qué llevamos aparcados veinte minutos, especulando sobre lo que pasará ahí dentro, como si os aterrorizaran una mujer embarazada y su mejor amiga? —dijo Hank, que empezaba a impacientarse.

Shadow mostró media sonrisa ladina.

—Tú estás aquí dentro, porque después de lo que he visto en el hospital, es donde tienes que estar.

—En el hospital no ha pasado nada —se apresuró Duff a negar que los hubiese interrumpido cuando estaban a punto de besarse.

Shadow se limitó a sonreír, no creyendo una palabra.

—Y no nos dan miedo. Nos dan pavor —siguió él contestando a Hank, como si su cuñada no hubiese dicho nada.

La puerta de la casa se abrió y bajo el marco aparecieron Emma y su

oronda barriga. Los miraba alzando una ceja.

—Está bien, ya no podemos escondernos por más tiempo. A por ella — dijo Duff.

—Me parece bien, tú primero —le dijo Shadow.

Duff se echó a reír y salió en primer lugar, seguida de los dos grandes hombres. A enfrentarse con su hermana.

\*\*\*

Cuando entraron en la casa, Emma no dijo una palabra, lo que era aún más preocupante para todos. Se limitó a abrazar a su hermana con fuerza durante largos e interminables segundos.

—Me apretujas —se quejó Duff, casi sin respiración.

—¿Te estoy haciendo daño en las heridas? —preguntó Emma sin soltarla.

Duff negó con la cabeza.

—Pues entonces te aguantas y agradece que no haya llamado a mamá y papá.

Aquel fue un argumento contundente que acalló cualquier tipo de protesta que tuviese preparada. Cuando Emma vio satisfecha su necesidad de abrazar a su hermana y comprobar que estaba bien, los invitó a pasar.

—Alanah y yo hemos preparado la cena —anunció.

—Yo... no quiero molestar. Es más, debería marcharme, no veo a mis hermanas desde ayer por la mañana —quiso excusarse Hank.

—Tus hermanas están bien. He hablado con ellas. La mayor se ocupa de todo —aseguró Shadow que no iba a facilitar a Hank una vía rápida de escape.

Emma lo invitó a sentarse a la mesa y él obedeció. No es que le diese miedo aquella mujercita pelirroja. En todas las ocasiones en las que la había visto, había sido muy amable con él. Pero algo le decía que no aceptaría un no por respuesta. Y la otra amiga, Alanah, que lo miraba sin perder detalle de sus movimientos, sí que daba algo de miedo.

—¿Qué edades tienen tus hermanas? —le preguntó Emma poniendo la ensalada en la mesa.

—Mónica tiene veintidós, Laura diecinueve y las gemelas; Andrea y Patricia, diecisiete —dijo mientras veía que Duff se sentaba justo frente a él. Sus miradas se cruzaron y las sostuvieron irremediablemente.

—¿Y cuidas tú de ellas? —le preguntó esta vez, Alanah, sentada junto a Duff.

—Sí. Mis padres murieron hace ocho años. Solo nos tenemos los unos a los otros.

—Es una carga grande para un chico de veintidós años hacerse cargo de cuatro chicas —volvió a intervenir Alanah.

—Una carga no, nunca. No voy a negar que ha sido difícil, en determinados momentos, pero mis hermanas son lo menor que me ha pasado en la vida.

Duff se quedó hipnotizada con sus palabras, con la pasión y amor que

demostraba por ellas. No sabía que la vida de Hank hubiese sido tan dura y que fuese un hombre tan responsable con los suyos, tan protector. Algo se calentó en su pecho, al tiempo que se llenaba de orgullo.

—Bien —sonrió Emma, sentándose a la mesa, junto a Shadow. Aparentemente satisfecha con la contestación de Hank —Entonces, al igual que te preocupas por tu hermana, entenderás que nosotras nos preocupemos por la nuestra.

—Por supuesto —contestó Hank sin entender muy bien el comentario. Era obvio.

—Estupendo. Entonces, ¿podrías decirme que hay entre vosotros dos? A Duff le han hecho mucho daño, recientemente. Su ex novio era un cabrón que la engañó, después de cinco años, con su mejor amiga, compañera de piso y compañera de trabajo. Y necesitamos asegurarnos de que tú no eres de esa clase de hombres...

Duff que había sentido como sus mejillas cambiaban, pasando por toda la gama de colores, intentó beber agua para clamarse, pero se atragantó con esta, ante el último comentario.

—¡Maldita sea! ¿Qué estáis haciendo? —las recriminó, totalmente encendida.

Se levantó de la mesa y miró a ambas como si se hubiesen vuelto locas.

—Pensé que esto era una especie de “intervención”—dijo entrecomillando con los dedos—, para discutir mi decisión de entrar a trabajar con Shadow como

cazarrecompensas. No para que me avergonzarais delante de mi nuevo compañero y hagáis todo tipo de absurdas conjeturas sobre nosotros.

—De lo de ser cazarrecompensas queríamos hablar después...

—Pues no. No vamos a hablar sobre nada. No hay nada que discutir. He decidido ser cazarrecompensas y no creo que se me de mal.

Miró a Hank de manera inconsciente.

—Es cierto, es buena. Mucho mejor de lo que yo podía imaginar cuando la vi por primera vez. Es decidida, inteligente, perspicaz, resolutiva y peligrosa. Sobre todo con ese bastón de lucha. La he visto reducir a un tipo de ciento veinte kilos, sin despeinarse. Es como Wonder Woman.

Todos los presentes en la mesa se miraron los unos a los otros y después a ella. Mientras Duff solo tenía ojos para Hank. Se mordió el labio encantada con la descripción que había hecho de sus dotes en el trabajo.

—Y dicho esto. Gracias por la cena, pero estoy cansada. Y mañana tengo trabajo que hacer. Cualquier otra cosa que queráis saber de mi vida, os la iré comunicando conforme sea relevante.

Ni Emma, ni Alanah ni el mismo Shadow, supieron qué decir.

—Hank, ¿compartes conmigo un Uber? Imagino que tendrás que ir a recoger a tu Lola.

Hank se levantó inmediatamente del asiento.

—Por supuesto. Muchas gracias por la cena. Tenía una pinta buenísima. Tal vez otro día —dijo Hank despidiéndose. Vio a Duff dar un beso a cada uno

de los presentes y después la siguió a la salida.

En cuanto los tres quedaron solos en el comedor, tomaron sus copas y se miraron los unos a los otros en silencio durante varios minutos hasta que Alanah se pronunció.

—Me gusta ese chico. Creo que van a hacer una buena pareja.

—Sííí... ¿Has visto como la ha defendido? —repuso Emma.

—¿Y cómo lo miraba ella? —añadió Alanah.

—Me ha sorprendido lo del bastón de lucha —apuntó Emma.

—A mí no, la enseñé yo. Y tiene un don especial —dijo Alanah con evidente orgullo.

Shadow que las vio comenzar lo que parecía una de sus interminables conversaciones, y viendo que su mujer estaba tan tranquila como una balsa de aceite, tomó su cerveza y decidió dejarlas a ambas con su charla. De momento, parecía que había esquivado esa bala.

## CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente, Duff tuvo que reconocer que estaba nerviosa mientras esperaba junto a la ventana ver aparecer el Hummer de Hank que iba a recogerla. La noche anterior, cuando la dejó frente a su apartamento, se habían despedido con un beso tan inesperado como deseado, que hizo vibrar cada centímetro de su cuerpo. Pero a pesar de sentirse más excitada de lo que recordaba haber estado en su vida, el agotamiento y la necesidad de pensar en todo lo que había pasado tanto con él, como en el caso de Kora, que no podía borrar de su mente, impidieron que lo invitara a subir a su apartamento. Necesitaba algo de tiempo para asumir lo que empezaba a sentir por su nuevo compañero, pocos días después de haberlo conocido.

La relación con su ex había sido muy distinta. Se habían conocido el último año de instituto y antes que nada fueron amigos. Fue en la universidad cuando decidieron dar un paso más en su relación y empezar a salir. Todo había ido despacio, lento, dando tiempo a cada fase de la relación. Había creído que así era como se lograba una relación sólida. Sin embargo, tras conocer a Hank, había descubierto lo que era que alguien que, en principio, creías que estaba muy lejos de tus preferencias, arrasase tu mente obligándote a pensar en él, a sentir cosas inesperadas, a tener poder sobre tu cuerpo haciendo que anhelase tocarlo y ser tocada. Y los descubrimientos que hacía día tras día sobre él, lo acercaban cada vez más a su corazón.

—¿Vas a tirarle la trenza por la ventana?

—¿Cómo? —La pregunta llegó desde su espalda. Se giró para ver a Orel, preparándose el desayuno.

—Al príncipe, que si piensas tirarle la trenza por la ventana —repitió él.

—No seas payaso. Y tú, ¿no tienes que ir al restaurante? —preguntó intentando cambiar de tema y desviar la atención de si misma.

—Voy más tarde. Hoy abre el encargado. Yo tengo que ir al mercado. Quiero comprar algo especial para una cena que me han reservado. Un amigo va a pedirle matrimonio a su chico —explico Orel dando una palmada, acompañado de un saltito.

—Eres un romántico —lo acusó.

—Lo sé. Pero cómo no serlo. El amor es la energía que mueve el mundo —argumento su amigo sin dejar de sonreír— Por eso quiero que invites a subir a tu príncipe. Quiero agradecerle que te cuidase cuando estabas en el hospital. No quiero ni imaginar por lo que has pasado. Y yo sin enterarme —Se puso una mano en el pecho, apesadumbrado.

—No es mi príncipe. Es...

—Ese silencio, la forma de dudar y la cara de tontita que se te pone, son los que hacen que quiera conocerlo.

—Te lo presentaré, como a mi compañero de trabajo, pero hoy no es el día. Orel hizo un mohín de desacuerdo.

—Es que quiero hablar con él sobre el caso de Kora. Me rondan algunas

cosas por la cabeza.

—No sé si es buena idea seguir con eso. No quiero que te hagan daño.

—Lo sé. Todos estáis preocupados, pero no puedo ignorar lo que está pasando. No solo por ella. Podían haberme matado...

La sola idea de sopesar esa posibilidad le produjo un escalofrío. El bolso se le cayó al suelo al tiempo que escuchaba los dos pitidos del claxon, con los que Hank anunciaba su llegada frente al edificio.

Duff, tras mirar por la ventana y comprobar que allí estaba, se apresuró a recoger el contenido derramado de su bolso, y entonces la vio; una pulsera de actividad Fitbit, muy parecida a la suya, pero de una gama superior. Aquel modelo era de los últimos del mercado. El que ella usaba cuando salía a correr, básicamente le ofrecía datos sobre frecuencia cardíaca, quema de calorías y datos así. El que tenía en la mano, y que recordaba haber visto en la muñeca de Kora cuando la apresó, entre otras funciones, daba la ubicación GPS de su portador. «¿Cómo había llegado la pulsera de Kora a su bolso? Y, ¿podría utilizarla para dar con su paradero?»

—¿Estás bien, rubita? ¿Te has mareado? —le preguntó Orel al verla apoyar una mano en la frente— Tal vez no deberías ir a trabajar. Es una locura hacerlo el día después de haber salido del hospital.

—No, tranquilo, estoy bien —dijo aún algo confusa por el descubrimiento. Al ver la mirada ceñuda de Orel forzó una sonrisa— No te preocupes, en serio, es que he recordado algo, pero estoy perfectamente. Si no fuese así, no me

habrían dado el alta. Quédate tranquilo, ¿vale?

Se acercó a su amigo y le dio un beso apresurado en la mejilla, tras el cual, salió del apartamento como una exhalación.

Cuando entró en el Hummer de Hank, este no perdió el tiempo y, en cuanto estuvo sentada, se acercó a ella y depositó un leve beso en sus labios. Aquel gesto tan nimio pero lleno de implicaciones sobre una relación entre ambos, la dejó sin aliento. El contacto había sido fugaz, pero le había dejado un cosquilleo en los labios cargado de anhelo. Como una boba, no pudo evitar sonreír cuando él enlazó la mirada con la suya.

—Buenos días, Wonder Woman. ¿Te apetece que vayamos a desayunar, antes de nada?

—¿Vas a seguir llamándome así? —preguntó mientras se abrochaba el cinturón.

—Sin duda, cada vez te pareces más a la heroína —repuso él con una sonrisa embaucadora, arrancando el motor.

Duff se dio cuenta de que el apelativo ya no le molestaba. Pronunciado por los sexis labios de su compañero, sonaba divertido, incluso adulator.

—Desayunar estaría bien —contestó a su primera pregunta antes de que el calor asomase a sus mejillas.

Veinte minutos más tarde, Hank aparcaba el coche frente a su cafetería favorita, a cuatro manzanas de la agencia. Cuando llegaron a la puerta, se apresuró a abrísela, y sonrió al ver que el gesto la complacía. Era encantador ver

como cambiaban sus expresiones. Era tan transparente que todo se reflejaba en su bonito rostro. En el interior, la guió hasta la mesa que solía usar él, cada día. Espero a que se sentase y después lo hizo él justo frente a ella.

No llevaban ni dos segundos sentados cuando la camarera se acercó a ambos. Una preciosa morena de ojos verdes que en cuanto lo vio, le dio a Hank un toque con la cadera en el hombro, y lo saludó con efusividad.

—Ya me preguntaba si no iba a venir a desayunar el hombre más guapo del barrio. Empezaba a sentirme abandonada, tengo que reconocerlo.

Duff, que al sentarse había tomado la carta para ojearla, se quedó paralizada. Miró a la chica y después a Hank, que parecía encantado con las atenciones de la preciosa chica, aún más joven que ella. Sabía que no habían definido lo que había entre los dos. Apenas se habían dado unos pocos besos y ni mucho menos pensaba que le debiese nada, salvo respeto. No había sido ella la que lo había besado al entrar en el coche, ni la que había empezado con los besos de la noche anterior. ¿Y la llevaba a desayunar a una cafetería en la que trabajaba otra mujer con la que evidentemente coqueteaba? El recuerdo de la traición de su ex llegó a su mente helándole la sangre. Apretó los dientes y miró a Hank que la observaba interrogativamente.

Hank vio como Duff perdía el color en un instante, apretaba las mandíbulas y contenía el aliento. No supo a qué se podía deber el cambio hasta que sintió la mano femenina posarse en su hombro y los ojos de Duff posarse en el gesto conteniendo el aliento. Estaba celosa. Aquella revelación lo hizo henchir

de satisfacción. Hasta el momento había sido él el que había comenzado todos los contactos con ella. Y aunque era consciente de que, de no haber querido, ella no le habría correspondido, necesitaba saber si Duff empezaba a sentir las mismas cosas que sentía él cuando estaba con ella. Que no le gustara que recibiese atenciones de otra mujer, sin duda era una buena señal y sonrió satisfecho.

—Duff, te presento a una de mis hermanas pequeñas, Mónica —anunció antes de que se desmayase por contener la respiración.

A Duff la revelación le pilló tan de sorpresa que su gesto de estupor, que quiso convertir en una sonrisa, quedó congelado en su rostro como una mueca extraña.

—Encantada —le dijo la chica acercándose a ella para darle dos besos—, tenía ganas de conocerte. Mi hermano lleva unos días que solo habla de ti.

—Calla, chivata —fue la respuesta de Hank, sonriendo. Era evidente que no le importaba que su hermana hubiese desvelado aquel dato.

—Vaya, pues siento que os haya estado torturando conmigo. Seguro que no ha hecho más que criticarme. —respondió, reaccionando al fin. Le devolvió los besos a Mónica, y la sonrisa.

—Pues no creas. Parece que lo has impresionado. Y eso es algo que no solemos ver en él. Te doy la enhorabuena —le dijo la chica, encantada.

—Gracias —contestó comenzando a azorarse.

—Está bien, ya la conoces y puedes pasar el parte al resto de pequeñas

arpías. Y ahora, ¿puedes traer el desayuno super especial, para los dos?

—Claro, enseguida —dijo ella guiñando un ojo a Duff—, pero si crees que nos vamos a conformar con esto, es que no nos conoces. Tienes que traerla a casa a cenar.

—Ni lo sueñes, seguro que hacéis todo lo posible por avergonzarme — contestó negando con la cabeza.

—Será un verdadero placer cenar con vosotras y saber todos los oscuros secretos de tu hermano. —Se adelantó aceptando la invitación. Ver fotos de cuando era niño del hombretón que tenía ante ella, le pareció el plan más interesante del mundo.

Hank le regaló una mirada entornada, no sabiendo si era buena idea verse en una cena con sus cuatro hermanas y la mujer con la que intentaba comenzar una relación. Pero al verlas a ambas mirarse y sonreír con complicidad, se dio cuenta de que ya no había nada que hacer.

Por suerte Mónica se marchó rápidamente y pudo concentrarse solo en ella. Sabía que tenían que hablar del caso de Kora Tanner e iba a ser un tema peliagudo. Pues él quería que lo dejara y le daba la impresión de que ella no estaba dispuesta hacerlo.

—Tenemos que hablar —decidió sacar el tema cuanto antes.

Duff lo miró, perpleja.

—Del caso de Kora —aclaró. Y la vio recobrar el aliento.

—Sí, necesito tu ayuda con eso. Sé que quieres que lo deje, pero no voy a

hacerlo. Ya no solo por ella, sino por mí. Kora es inocente...

—Eso no lo sabes, ni siquiera pudiste ver esas pruebas que asegura tener.

—Lo sé, pero lo vi en sus ojos. Está aterrorizada y sola. Nadie cree en ella y están intentando matarla. —La angustia se vio reflejada en su rostro.

—Duff, no somos policías —intentó argumentar él y le tomó la mano.

—Es cierto, no lo somos. Pero somos personas, buenas personas. Y no podemos dejar que asesinen a una mujer inocente, cuando está en nuestra mano ayudarla.

Hank se pasó una mano por la frente, justo en el momento en el que su hermana apareció con las copiosas bandejas del desayuno.

—Que aproveche —les deseó clavando la mirada en sus manos unidas.

—Muchas gracias —contestó Duff con una amable sonrisa.

—Está bien, ¿y cómo pretendes ayudarla? Ni siquiera sabemos dónde está.  
—repuso fijando su mirada verde en ella.

—Creo que podría tener una pista sobre eso.

Hank elevó una ceja, sorprendido.

—Bien, pues acudamos a la policía y digámosles lo que sabemos.

—No voy a contarle nada a la policía. ¿Y si ella tiene razón y Time Corp tiene agentes en nómina?

—Nosotros solos no podemos con esto. Piensa que tarde o temprano tendremos que entregarla. Solo tenemos que saber en quién confiar. Shadow tiene amigos en la Unidad de inteligencia. Confía en ellos, a veces se pasan

información. Seguro que podemos hablar con el jefe de la Unidad.

—Blake Owen —Duff pronunció su nombre con una mueca.

—¿Lo conoces?

—No personalmente, pero llevó el caso del atracó de la joyería en el que mi hermana tuvo que ser custodiada. Así fue como Shadow y Emma se conocieron. Pero él no me gusta, la puso en peligro, hizo que se infiltrara en una emboscada para unos traficantes de diamantes.

—Por lo poco que conozco a tu hermana, creo que nadie la habría podido obligar a hacer algo que ella no quisiese hacer.

Duff volvió a repetir la mueca, consciente de que él tenía toda la razón.

—Es nuestra mejor opción. Shadow confía plenamente en él. Dice que no hay un poli más honrado. Tenemos que hablar con él y contarle lo que sabemos. Las sospechas que tienes y conseguir nuevas pruebas de la inocencia de Kora.

—Está bien, tienes razón. Nosotros solos no podemos.

—También tenemos que contarle nuestros planes a Shadow. No querrá quedarse al margen.

Duff confiaba plenamente en su cuñado. Dejaría su vida en sus manos, por lo que no tuvo dudas de que Hank tenía nuevamente razón. Se alegraba de tenerlo a su lado, apoyándola.

—Gracias —le dijo presionando su mano.

Hank aprovechó su gesto para enlazar los dedos de ambos en una caricia mucho más íntima. La visión de las dos manos juntas, le calentó el pecho de

forma inesperada.

—Tienes algo ahí, en la mejilla —le dijo Duff, señalando su cara.

Hank se pasó la mano por el rostro.

—¿Ya? —preguntó intentando ver su reflejo, tomando la cuchara de la mesa.

—No, déjame a mi —le dijo Duff levantándose del asiento e inclinándose hacia él sobre la mesa. Cuando lo tuvo a pocos centímetros acarició su mejilla con ternura. Él la miró embelesado y antes de que lo pudiese prever, hizo desaparecer la distancia entre los dos y lo besó en los labios. Imprimiendo cada centímetro de su boca con forma de corazón, en los labios masculinos que la recibieron expectantes. El mundo desapareció para los dos, envueltos en una nebulosa de sentimientos abrumadores.

Cuando Duff sintió que hasta la última mota de oxígeno había abandonado sus pulmones y estaba a punto de desfallecer, se apartó lentamente de él, enlazando la mirada con la suya.

—Gracias —fue lo único que pudo decir tras el beso.



## CAPÍTULO 16

—No puedo creer que tenga de nuevo a una Paxton en esa sala —le dijo Blake Owen, el jefe de la Unidad de inteligencia, a Shadow. Eran antiguos compañeros y amigos desde sus años trabajando juntos.

—Yo aún no puedo creer que tenga la suerte de tener a una en mi casa, cada día —respondió Shadow, mirando por el espejo falso que comunicaba la sala adyacente a la de interrogatorios, en la que se encontraban Duff y Hank, revisando el contenido del informe policial sobre el caso de Kora Tanner.

—Me alegro mucho por ti, amigo. Si existe un hombre que merezca recuperar la felicidad, después de todo por lo que pasaste, eres tú. Pero aún no sé si contratar a la otra señorita Paxton como cazarrecompensas, te va a traer muchas alegrías. Parece de las que no evitan meterse en problemas.

—Son los problemas los que buscan a las mujeres de esta familia. Ellas solo se dejan llevar por su gran corazón y voluntad arrasadora.

—Estás orgulloso de ella —apuntó el sargento.

—Que no te quepa duda.

—Este es un caso difícil. Nosotros no lo llevábamos. Pero por lo que he visto en el expediente, hay significativas pruebas contra Tanner. Tal vez tu cuñada no consiga el resultado que está esperando.

—Yo confío en el instinto de Duff, si cree que la señorita Tanner es inocente, debe de serlo. Seguro que encontrará algo en ese expediente, que

vosotros no habéis sido capaces de ver —la sonrisa socarrona de Shadow, provocó una idéntica en su amigo.

—Eso ya lo veremos —lo retó Owen.

No había terminado de pronunciar dichas palabras cuando vieron a Duff levantarse de la mesa, enérgicamente. Fue hasta el espejo y como si supiera que ambos observaban desde allí, lo golpeó con los nudillos, dejándolos pasmados.

—¡Creo que he encontrado algo! —les gritó mostrándoles una de las hojas del expediente del caso.

Shadow y Owen salieron del cuarto para ir hacia la sala de interrogatorios.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Shadow.

—Todas las pistas que llevaron a los agentes a pensar en Kora, vinieron de los interrogatorios hechos a Jeff Wilson, el jefe de seguridad de Time Corp. Él fue el que contó a la policía que el padre de Kora era un marine retirado, especialista en explosivos. También fue el que la situó en la zona de la explosión. Solo él tenía acceso a las cámaras que podían haber apoyado la versión de Kora, sobre sus movimientos ese día. Y que curiosamente desapareció tras la exposición. Creo que él es la clave. Pero antes de nada quiero hablar con el padre de Kora. Su especialidad en explosivos no es relevante en su expediente militar, me pregunto cómo conocía Jeff Wilson ese dato.

—Esa vía de investigación puede que lleve o no a algo. Aunque parece interesante, por lo menos, ahondar en ella —dijo Owen reconociendo que podría ser útil—. Pero, aunque os permita estar informados y contribuir, de alguna

manera, en la investigación, al requerir el expediente este caso ha pasado a ser nuestro. Y antes de nada necesito conocer el paradero de la señorita Tanner, para ponerla bajo custodia. De lo contrario, podría considerarse obstrucción a la justicia.

—Eso no va a ser posible —dijo Duff levantando la barbilla sin dejarse amedrentar por la amenaza velada de sus últimas palabras. Se enfrentó al sargento, mucho más grande que ella. No sabía lo que comían los tres hombres allí presentes, pero en comparación con ella eran auténticos gigantes—. Kora Tanner es mi caso, no el vuestro. No digo que tenga alguna pista de dónde está, pero en el caso de que así fuera, no la compartiría con nadie, hasta no asegurarme de que tener las pruebas que apoyen su caso y tenga la posibilidad de disfrutar de un juicio justo. Entonces, yo misma, haré mi trabajo y la entregaré a la policía. Si no está de acuerdo, puede detenerme, ahora mismo. —dijo uniendo las muñecas y ofreciéndoselas.

Duff los miró durante un segundo en el que esperó recibir las quejas pertinentes, pero los tres hombres, sobre todo el sargento Owen, la miraba perplejo. Se dio cuenta de que era el momento de salir de allí pitando, antes de que decidiese arrestarla. Tenía mucho trabajo que hacer.

—Cuando tenga algo más que compartir, me pondré en contacto con usted, sargento —dijo antes de dirigirse hacia la salida.

—Lo siento, yo voy con ella —apuntó Hank, despidiéndose también y saliendo de la sala.

—Yo si quieres, te invito a una cerveza para pasar este trago. Y de paso, te doy la invitación a mi boda.

Owen transformó la mirada de asombro en una enorme sonrisa, y cabeceando ante la extraña situación que acababa de vivir, salió de la salsa con su amigo.

\*\*\*

—Parecen muy unidas —dijo Duff al padre de Kora y Nina, mientras contemplaba una foto de ambas, juntas, que el señor Tanner tenía sobre la repisa de la chimenea.

Hacía pocos minutos que habían llegado a su casa y aunque con ciertas reticencias iniciales, les había permitido entrar para charlar con él. Duff paseó por el salón observando las fotografías de las paredes. En todas las que se podía ver a la pequeña de los Tanner, parecía una niña, jovencita, o mujer feliz. Hacía múltiples actividades e incluso había participado, como ella, en algunas maratones benéficas. Una persona con tantos valores familiares y comunitarios, raramente podía convertirse en una asesina fría y despiadada como había hecho parecer. Tan solo un suceso traumático e impactante podía haber despertado una psicosis que provocase semejante transformación.

—Sí, siempre lo han estado. Y más tras la muerte de su madre, hace diez años, de cáncer.

—Lo siento mucho, debió ser muy duro para los tres.

—No puede hacerse una idea. Pero mis hijas siempre han sido mi alegría —dijo el hombre con una sonrisa cansada que acentuó las múltiples arrugas de su rostro curtido.

—Está orgulloso de ellas —apuntó Duff.

—Por supuesto, son grandes chicas. Aun no puedo creer que hayan acusado a mi Kora de cosas tan horribles —El señor Tanner parecía realmente apesadumbrado. Estaba sufriendo y en sus gestos, Duff pudo leer incluso algo de culpa.

Se sentó junto a él en el sofá y tomó su mano, intentando reconfortarlo.

—Señor, puedo asegurarle que estoy haciendo cuanto puedo por ayudar a su hija. Hay algunas cosas que no entiendo del expediente policial y esperaba que usted pudiese ayudarme.

—Por supuesto, dígame. Son ustedes las primeras personas que no parecen empeñadas en culparla.

Duff le brindó una sonrisa.

—Pues, de eso mismo quería hablarle. ¿Notó usted algo extraño en su hija antes de la explosión en Time Corp?

—Lo cierto es que sí. Kora siempre ha sido una chica muy vital, siempre estaba riendo. Ya ha podido verlo en las fotos. Sin embargo, las últimas semanas antes de la explosión estaba muy cambiada, nerviosa. Recuerdo que le pregunté si tenía algún problema. Parecía dispuesta a contarme algo, pero en el último

momento dijo que solo estaba cansada. Trabajaba muchas horas, demasiadas. Había días que salía de la empresa a horas a las que a un padre no le gusta que anden sus hijas por las calles. Y pensé que quizás me había equivocado. Ahora me doy cuenta de que debí insistirle más. Creo que mi hija tenía miedo de alguien.

—¿Cree que podrían haberla amenazado? ¿Le habló mal de algún compañero de la empresa?

—No, eso no. Siempre se refirió a ellos con cariño. Eran amigos. Salían juntos e incluso habían hecho un par de viajes en grupo.

Duff se quedó pensando un par de segundos.

—¿Y qué puede decirme de Jeff Wilson, el jefe de seguridad de la empresa?

—¿Jeff Wilson? —preguntó confuso el hombre.

—Sí, ¿lo conoce?

—Yo conocí a un Jefferson Wilson, en el ejército, pero no creo que sea el hombre al que se refiere.

Duff no tardó en sacar su teléfono móvil y mostrar al señor Tanner una fotografía del mismo. La había encontrado en internet, en una búsqueda preliminar sobre el consejo de la empresa y empleados relevantes.

—¿Lo reconoce? —preguntó Hank al ver la expresión contrariada del hombre.

—Han pasado muchos años, pero no tengo duda de que es Jefferson.

Estaba en mi misma unidad de artificieros, en los marines. Yo apenas estuve un año destinado en esa unidad. Lo conocí allí.

Duff y Hank se miraron, atando cabos.

—¿Y Jefferson trabaja en la misma empresa que mi hija? ¿La conoce?

—Es el jefe de seguridad de Time Corp.

—¿Y está implicado en lo que le ha pasado a Kora? —la mirada atormentada del hombre encogió el corazón de Duff en un puño.

No podía contar al señor Tanner las sospechas que tenía y que, si estas eran ciertas, su excompañero de unidad no solo había estado implicado en que culparan a Kora de las muertes, sino en su intento de asesinato.

—Aun no sabemos nada. Solo estamos atando cabos. Pero usted no debe preocuparse. Le puedo asegurar que daremos con la verdad y muy pronto volverá a estar con su hija.

El hombre solo pudo abrazarla, como gesto de agradecimiento. Duff miró a Hank que soltaba el aire con pesar.

Tras despedirse del señor Tanner, ya de camino hacia el coche, Hank fue el primero en hablar.

—No has debido hacerle esa promesa. ¿Y si no podemos cumplirla? Ni siquiera sabemos dónde está su hija.

—Aun no, pero confío en que lo sepamos pronto. Tengo a la mejor hacker de la ciudad trabajando en ello.

—¿Cómo es posible? ¿Qué va a conseguir una hacker en este tema?

Duff resopló dándose cuenta de que era el momento de confiar plenamente en él. Hank ya había demostrado que estaba con ella al cien por cien.

—Encontré su pulsera de Fitbit en mi bolso.

—Su pulsera... ¿No era tuya? La metí yo en tu bolso tras la explosión. La encontré en el suelo.

—¿Así que fuiste tú? —le preguntó Duff regalándole una sonrisa.

—Culpable. Pensé que era tuya y que no querrías perderla.

—Pues hiciste muy bien. La mía es parecida —le dijo mostrándosela—, pero la de Kora es mucho mejor. Me di cuenta al examinarla de que se trataba de un modelo bastante reciente, con función GPS que guarda un registro de las ubicaciones del que la lleva, todo el tiempo. Los registros se guardan en una aplicación. Se usan para marcar rutas de entrenamientos, número de kilómetros recorridos... etc. Gracias a ello, en unas horas sabremos cuales han sido sus movimientos y dónde ha estado estas semanas.

Hank se acercó a ella y la tomó por la cintura, eliminando la distancia entre ambos de dos zancadas. La apoyó contra la puerta del Hummer y la vio contener el aliento.

—Eres una mujercita muy lista —le susurró frente a la boca.

La sonrisa embaucadora de Hank volvió a hacer añicos su sistema nervioso. En cuanto había sentido sus manos posarse en su cintura, aferrándola con firmeza, la caricia de su aliento contra los labios y el brillo granuja en su mirada, quiso que la besara.

Hank le leyó el pensamiento, porque no dudó un segundo en bajar hasta su boca, apoderándose de ella. Devastando con su lengua la cavidad húmeda y dulce que lo recibió con pasión desmedida. Le mordisqueó los labios y bajó la mano hasta su trasero, para alzarla contra su cuerpo y sentirla mejor.

El timbre de una bicicleta los detuvo de seguir dando el espectáculo.

Con la respiración agitada se miraron sabiendo que aquellos besos se quedaban muy cortos para saciar lo que sentían el uno por el otro.

—Quiero hacerte el amor —confesó él, clavando su mirada en ella, mientras le acariciaba la mejilla.

Duff sintió que se le contraía el vientre de pura excitación. No podía negar la atracción que sentía por él, ni las ganas de sentirlo dentro de ella.

—Pues llévame a algún sitio sin bicicletas ni vecinos cotillas que nos espíen por la ventana.

Hank miró tras él y vio moverse los visillos de la casa que había tras él.

Sonrió antes de volver a depositar un beso fugaz en sus labios y su mirada, llena de ardientes promesas hizo que se saltase un latido.

## CAPÍTULO 17

Subir al apartamento de Hank, fue una autentica odisea. Las manos de ambos volaban sobre sus cuerpos mientras se devoraban las bocas. Cuando entraron en el ascensor, Hank pulsó el botón del cuarto piso, mientras la besaba en el cuello, provocándole el mayor de los delirios. Duff jadeó de puro placer arqueando la espalda para que sus cuerpos consiguiesen un mayor contacto. Los labios masculinos trazaron un tortuoso camino que iba desde el lóbulo de su oreja, apresándolo entre los dientes, para bajar lentamente recorriendo cada milímetro de la piel, que se erizaba a su paso, hasta el hueso de su clavícula. Una de sus grandes manos descendió por su espalda hasta apoderarse de su trasero, que aferró con posesión para apretarla contra él. Quería que sintiese cómo hacía que perdiese el control. Duff, mientras, introdujo las manos bajo su jersey y camiseta y él la ayudó a deshacerse de ellos, sacándoselos por la cabeza. Aferró ambas prendas con el puño mientras sentía las manos de Duff recorrer sus esculpidos abdominales y bajar por su vientre hasta el inicio de los pantalones vaqueros. Con prisa, le soltó el botón del pantalón; el primer obstáculo que le impedía llegar hasta su erección. En el momento en el que acercaba su preciosa boquita a sus pectorales, para besarlos y lamerlos con devoción, la puerta del ascensor se abrió y frente a ellos, una anciana los miró primero con incredulidad y después con reproche.

Hank, en el momento en el que sintió que los ojos de su vecina estaban

clavados en ellos, colocó a Duff tras su gran cuerpo, ocultándola de su vista.

—*Boa tarde, senhora Andrade*\*<sup>5</sup> —la saludó en un perfecto portugués.

Escucharlo hablar con el dulce acento, incrementó el deseo de Duff, que mantenía la frente apoyada en su gran espalda. Se mordió el labio inferior e inhaló el aroma de su piel, mezclado con el de su gel de baño, cargado de notas de ámbar y madera; una delicia para sus sentidos que se vieron del todo embargados.

—*Senhor Barkley... Tem alguma coisa errada com sua casa?* \*<sup>6</sup> —le preguntó la anciana apretando los dientes, insinuando que el ascensor no era lugar para hacer ese tipo de cosas. Y a la vez, intentando no mirar la desnudez de su torso masculino.

—*Não, nada. Já vamos. Boa tarde, senhora*\*<sup>7</sup> —Lo oyó excusarse y despedirse, por los dos. Y manteniendo su cuerpo como parapeto entre la mujer y ella, salieron del ascensor, fueron hasta la puerta de Hank y este la abrió con ella entre sus brazos.

En cuanto estuvieron en la intimidad de su hogar, Hank cerró la puerta y la colocó contra el mueble del recibidor, sobre el que había un espejo. Desde detrás de su cuerpo, observó el reflejo de ambos. Duff se quedó sin aliento al ver su mirada hambrienta y animal. Nunca había visto semejante deseo en los ojos de un hombre que la contemplaba a ella y solo a ella. Cuando Hank presionó su dura erección contra su trasero, haciéndole notar su deseo, gimió de puro placer y elevó los brazos para aferrarse a sus hombros. Hank hundió el rostro en su

cuello y ella gimió nuevamente entregada al deseo que la poseía. Mientras se dejaba llevar por el calor que aumentaba en oleadas por su vientre, Hank desabrochó los botones de su camisa y la despojó de ella y de la americana, a la vez. Las prendas cayeron al suelo. Sintió entonces sus manos cálidas y ligeramente ásperas, deslizarse por sus costados, lentamente. Toda su piel se erizó en respuesta a la ligera caricia, hasta que estas coparon los globos de sus pechos, poseyéndolos sobre el sujetador.

—Abre los ojos, quiero verte —le susurró él al oído.

Duff obedeció para enlazar su mirada con la de Hank, a través del espejo. Él deslizó los tirantes de su sujetador de encaje negro por sus hombros y brazos hasta dejar sus pechos completamente expuestos. El calor inundó las mejillas de Duff que jamás se había visto a si misma, humedeciéndose los labios, completamente azorada y enardecida. La mirada codiciosa que le dedicaba Hank era tan excitante que creyó que iba a consumirse sin que él la tocara, siquiera. Pero cuando él tomó sus pechos, para masajearlos con delicadeza y acariciar sus pezones color canela, con los pulgares, el jadeo ahogado que escapó de sus labios la dejó sin aliento. Sentía hervir cada recóndito rincón de su cuerpo.

—Eres preciosa —le dijo él en un susurro grave, contra el oído.

—Dímelo en portugués —le pidió ella, sorprendiéndolo.

Hank la miró arqueando una ceja, divertido, a través del espejo.

—*Você é linda minha Mulher Maravilha.* \*<sup>8</sup>

Duff dejó que la acariciara la sensualidad de las palabras y el aliento cálido

y jadeante de Hank, que mesaba sus pechos, con devoción. Sin dejar de torturar uno de sus pezones, que pellizcaba suavemente con las yemas de los dedos, bajó la otra mano hasta el botón de su pantalón y con una habilidad digna de un ladrón de guante blanco, lo abrió al igual que la cremallera, antes de que ella pudiese parpadear para ver asomar el encaje de sus braguitas. Y sin que pudiese decir nada, introdujo la mano cubriendo su pubis y empezó a jugar, a través de la tela, con los pliegues húmedos de su sexo palpitante que cada vez anhelaba más atención.

Hank sintiendo el calor abrasador que emanaba de su feminidad, quiso hacer una exploración más profunda y elevó la mano para introducirla esta vez por debajo de la fina tela de sus braguitas. Colocando una rodilla entre sus piernas, la instó a abrirlas más para él, y cuando sus yemas acariciaron el centro de su sexo, comenzando a torturar su clítoris, Duff soltó un gemido sorprendido y extasiado al tiempo que se dejaba caer hacia adelante contra el mueble de la entrada. Apoyó ambas manos en él, como si estuviese siendo cacheada. Lo que hizo que su delicioso y puntiagudo trasero se apretase contra su erección, tortuosamente aprisionada en su pantalón. Duff comenzó a frotarse contra él, mientras sus dedos se deleitaban con la humedad de sus pliegues, que lo recibían palpitantes, deseosos de ser venerados. Deslizó los dedos arriba y abajo recorriendo su sexo por completo desde la entrada anhelante de su cavidad íntima hasta su clítoris que lo recibía con cada caricia cada vez más henchido. Los jadeos de Duff se hicieron más intensos y entregados. Veía su rostro,

azotado por el deseo, a través del espejo; los ojos cerrados, los labios entreabiertos, las mejillas enrojecidas y la piel brillante. Estaba más hermosa que nunca. La vio fruncir la frente torturada por el placer y supo que estaba a punto de derramarse en sus dedos. Los introdujo en su cavidad, buscando la convulsión de su interior.

—Dámelo cariño —le ordenó en un gruñido apenas contenido.

Nunca había visto una mujer tan hermosa y su entrega era tan brutal que supo que no habría noches suficientes para saciarse de ella.

—Mírame —le ordenó.

Y justo en el momento en el que sus miradas se volvieron a enlazar, la sintió explotar de placer, su sexo se encogió en un espasmo en torno a sus dedos que no dejaban de moverse en su interior. Ver su rostro entregado al orgasmo fue la experiencia más excitante para Hank que, hipnotizado con su mirada salvaje, la besó en el cuello, aferrándola con fuerza con su brazo cuando la sintió temblar tras la convulsión final.

Aun ella respiraba con dificultad, cuando Hank, tras dejar su sexo, la volteó para tomarla por el trasero y elevarla hasta que ella enlazó las piernas en torno a su cadera. Abrazados como si necesitasen el contacto total de cada centímetro de sus pieles, se besaron, robándose el aliento el uno al otro.

Duff, aferrada a su cuello, se dejó llevar por el interior de la casa. No fue consciente de nada de lo que había a su alrededor. Estaba cegada por la nebulosa del orgasmo más devastador que había sentido a sus veintitrés años. No podía

separarse de él, no quería separarse de él, solo sentirlo dentro de ella, fundirse con él movida por la más primitiva necesidad. Cuando la depositó en su cama mientras él quedaba de pie, observándola por un interminable segundo, quiso gritar en protesta.

—Quiero que me poseas, ya.

La sincera confesión dibujó una sonrisa golfa en los labios masculinos que la sedujo y molestó en partes iguales. Hasta que lo vio bajarse los pantalones y los bóxers, liberando su poderosa erección. Duff la recorrió con mirada ávida, como si se tratase del mayor de los manjares. Se lamió los labios y Hank soltó el aire en un gruñido. Fue hasta ella y la despojó de los tacones, los pantalones y las braguitas, dejándola totalmente desnuda, para su gusto y disfrute. La tomó de las caderas y la acercó arrastrándola por la cama hasta dejar su trasero en el filo. Posó las manos en sus rodillas y le abrió las piernas, ante la mirada expectante de Duff. Se arrodilló ante ella y embistió su sexo sensible, palpitante y húmedo con su lengua. Que lo lamió con gula. Duff soltó un gritito jadeante.

—¡Oh! ¡Dios, mío! No puedes hacerme eso... —Y volvió a gemir enardecida.

—Así que soy tu Dios... —se burló antes de volver a lamerla con codicia.

—No seas tonto y ven conmigo —le dijo ella protestando entre gemidos. Necesitaba tocarlo, saborearlo, como estaba haciendo con ella. Quería hacerlo vibrar de la misma manera y sentir como se convulsionaba bajo su lengua. Jamás había deseado tanto el miembro de un hombre como en ese momento.

Pero sus deseos quedaron ahogados, cuando sin previo aviso, él subió hasta cubrirla por completo y colocando cada uno de sus fuertes brazos, a los costados de su cabeza, entró en ella de una sola y certera embestida.

Duff sintió que se rompía por dentro del más puro y devastador placer. Todo su cuerpo se convulsionó y su sexo abrazó la poderosa erección de Hank, aferrándose a ella y a las oleadas de placer que iban creciendo en su interior amenazando con dejarla inconsciente de placer. Cuando él comenzó a moverse en su interior, llenándola una y otra vez, haciendo que cada terminación nerviosa despertase para él, como nunca antes lo habían hecho, se agarró con fuerza a sus hombros, necesitando una tabla de salvación.

El rostro enardecido de Hank, se contrajo justo antes de que a ambos los arrasase la ola devastadora del orgasmo más grandioso que hubiesen experimentado. Mientras se sentían transportados a un plano en el que solo podían ser conscientes el uno del otro, sus miradas se mantuvieron unidas, reconociendo la magnitud de lo que les acababa de pasar.



## CAPÍTULO 18

Bajo el chorro templado del agua de la ducha, Hank tomó su rostro entre las manos, en un gesto que ya empezaba a ser habitual entre ambos y la besó en los labios, con delicadeza, como si tan solo quisiera recrearse en el momento, en la presión de sus labios, en las sensaciones que llenaban su pecho, al sentirse tan íntimamente unido a ella.

Duff percibió que su corazón latía de forma diferente, con una carencia abrumadora que hacía que tuviese ganas de llorar y reír al mismo tiempo. Sobrecogida por la intensidad de las emociones que sentía, despegó los labios de los de Hank, para ocultar el rostro en su pecho grande. Él la abrazó, rodeándola con sus fuertes brazos, mientras apoyaba la barbilla sobre su cabeza y respiraba con profundidad. El latido del hombre que la abrazaba con absoluta ternura llegó a ella, y comprobó aturdida que latían al unísono.

Una parte de ella, superada por la fuerza de lo que estaba sintiendo, quiso correr, salir huyendo de allí y darse tiempo para analizar lo que estaba pasando entre ambos, sin embargo, otra, la que la mantenía unida al cuerpo masculino, era incapaz de dejar de oír aquel corazón enorme y contundente que la hacía sentir segura y en casa, por primera vez en su vida, junto a un hombre.

—¿Tienes frío? —le preguntó él cuando la sintió estremecerse en sus brazos.

Duff se limitó a negar con la cabeza, intentando ocultar de su vista que,

una imprevista lagrima amenazaba con brotar de sus ojos. Se pasó la mano por la mejilla, disimulando mientras se apartaba el cabello mojado del rostro.

—¿Cómo es que sabes hablar portugués? —le preguntó para distraer la atención sobre ella. Tomó el gel de baño y se echó una porción en la palma para recrearse masajeando el fuerte pecho de Hank, mientras este comenzaba a hablar.

—Mi madre era portuguesa. Se llamaba Dolores, y mi padre la llamaba Lola.

Duff sonrió.

—¡Aaah...! De ahí el nombre de tu Hummer. Entonces no me pondré celosa.

Hank comenzó a reír con ganas, hasta que Duff deslizó las manos suavemente por sus pectorales. Cuando sus dedos llegaron a los pezones pequeños y oscuros, el vientre masculino se encogió llevado por el placer. Al comprobar que la caricia despertaba nuevamente su erección, Duff se mordió el labio y sonrió traviesa.

—¿Estás buscando un segundo asalto? —Su sonrisa embaucadora era toda provocación.

—No sé, ¿crees que podrás superar lo de antes?

La respuesta de Hank quedó presa en sus labios, cuando una de las manos de Duff se cernió en torno a su erección y empezó a moverse rítmicamente arriba y abajo. El gruñido animal que salió de sus labios la hizo sentir poderosa.

—Solo hay una forma de averiguarlo —le dijo antes de apoderarse de su trasero, elevándola para abrazarla con fuerza.

Ambos rieron hasta que el teléfono de Hank, sobre el lavabo, comenzó a sonar, sorprendiéndolos. Los dos miraron al aparato con idéntico ceño fruncido.

—¿Y si pasamos de cogerlo? —le dijo ella.

—Es lo único que me apetece hacer. Olvídalo —decidió volviendo a besarla con ímpetu.

—Pero podría ser Shadow... —apuntó ella entre besos— ¿Le mandaste, a través de la aplicación, lo que descubrimos sobre Jeff Wilson?

—Se lo iba enviando mientras hablábamos con el señor Tanner.

—Entonces puede que sea él con información del caso.

Hank resopló con pesadez.

—Hacemos una cosa, si es él contesto y sino, sea quien sea, lo dejamos correr hasta más tarde —le propuso.

Duff aceptó asintiendo con la cabeza.

Lentamente, ambos se asomaron hasta ver la pantalla encendida del teléfono que no dejaba de sonar de manera insistente, para comprobar que efectivamente era Shadow.

\*\*\*

—Ya era hora —Fue todo el recibimiento que obtuvieron de Shadow cuando entraron en las dependencias de la Unidad de Inteligencia.

—Estábamos ocupados —fue la escueta explicación que dio Hank a su jefe.

Duff prefirió ignorar la mirada ceñuda de su cuñado, que la escrutaba con curiosidad. Temiendo que pudiese averiguar, de alguna forma, lo que había pasado entre su compañero y ella, se dirigió a Owen, directamente.

—¿De veras lo tenéis aquí? —le preguntó. Cuando este los guió hasta la sala adyacente a la de interrogatorios, Duff se quedó asombrada.

Allí sentado, esperando, se encontraba Jeff Wilson. Él que con toda seguridad había sido responsable de la explosión de la que culpaban a Kora, y en la que podría haber muerto ella.

—¿Cómo lo habéis encontrado tan rápido? ¿Está detenido? —preguntó sin dejar de mirarlo con una mezcla de sentimientos, presididos por la furia.

—No podemos detenerlo. Vuestras sospechas tienen sentido, pero no hay pruebas físicas que lo vinculen con la autoría de las explosiones.

—¿Y entonces? —preguntó temiendo que pudiese quedar libre, finalmente y que tenerlo allí no sirviese para nada.

—Necesitamos una confesión. No debes preocuparte. Somos especialistas en interrogatorios. Lo presionaremos. Tenemos cartas con las que jugar. Tienes que confiar en nosotros —le dijo Owen.

Hank posó una mano sobre su hombro. Gesto que no pasó desapercibido para Shadow.

—¿Puedo ver el interrogatorio? —preguntó Duff que seguía sin poder

apartar la vista de Wilson.

—Claro. ¿No dijiste que el caso era tuyo? —La sonrisa del sargento la pilló desprevenida.

—Shadow, compañero, ¿haces los honores conmigo? —le preguntó este a su cuñado.

—Por supuesto, me muero de ganas de pillar a ese tipo. Nadie hace daño a las mujeres de mi familia y queda sin castigo.

Shadow guiñó un ojo a su cuñada, y ambos hombres salieron del cuarto para verlos segundos más tarde aparecer en la sala de interrogatorios.

Jeff Wilson, se enderezó en el asiento al ver a los dos enormes hombres que acababan de entrar en la sala y que hacían que esta pareciese haber encogido considerablemente.

—Señores, no entiendo qué hago aquí. Esto debe ser un error.

—El error lo cometieron nuestros compañeros al dejar que se les escapara una sabandija como tú —dijo Shadow atacando primero.

Su poderosa y oscura mirada, se clavó en el hombre, que tragó saliva inconscientemente.

—No me había dado cuenta porque para mí es como un gran oso de peluche, pero la verdad es que Shadow da el perfil totalmente de poli malo, ¿verdad? —le preguntó Duff a Shadow viendo la escena sin pestañear.

—¿Un osito de peluche? Jamás se me habría ocurrido verlo así —contestó este, alucinado. Volviendo a mirar el interrogatorio.

—Señor Wilson, en realidad no está aquí para contestar preguntas.

Wilson, confuso, parpadeó un par de veces.

—Está aquí porque va a ser imputado por el asesinato de los cuatro empleados de Time Corp que fallecieron hace cuatro meses en la explosión de sus oficinas. Y por el intento de asesinato de Kora Tanner, hace dos días.

—¿De qué demonios me está hablando? Yo no he tenido nada que ver. Fue Kora la que puso la bomba en las oficinas...

—¡Deje de mentir! —irrumpió Shadow golpeando la mesa con fuerza, delante de Wilson. El hombre comenzó a sudar copiosamente.

—Hemos analizado los restos del explosivo con el que intentó asesinar a Kora y en él hemos encontrado una huella que lo incrimina. Cuál fue nuestra sorpresa al analizar ambas bombas y comprobar que son de idéntica fabricación y componentes, salvo que la segunda estaba fabricada a menor escala. Por suerte, el fallo que se produjo en la conexión de las dos cargas del explosivo, disminuyó la eficacia de la misma y el asesinato de Kora queda solo en grado de tentativa.

—De lo contrario estaríamos hablando de cinco asesinatos a sumar en su haber. De cualquier manera, la cadena perpetua la tiene asegurada —apuntó Shadow, con una sonrisa satisfecha.

—Eso es cierto —volvió a intervenir Owen—, mucho me temo que no hay forma de reducir su condena. Usted va a pagar por cada una de esas muertes. Solo usted, ya que es el único responsable...

El sargento hizo una pausa dramática que hizo que todos contuviesen la respiración.

—¿No es cierto?

Wilson se revolvió en el asiento y se pasó una mano por el cabello, corto y parcialmente canoso, que contrastaba con su piel oscura.

—Si no fuese yo el único responsable, ¿qué pasaría? —preguntó con mirada suplicante a Owen.

—¡No le hagas caso! ¡Solo quiere librarse con mentiras! ¡Dejó que la pobre chica cargara con el asesinato de sus cuatro compañeros! No es más que escoria. Escoria de la que se meriendan en la cárcel —volvió a bramar Shadow, interpretando a la perfección su papel amedrentador.

—No es cierto, yo no quería matar a esos chicos. Solo cumplía órdenes del consejo. Kora descubrió que la empresa estaba blanqueando fondos que financian a una organización eco terrorista. Vino a hablar conmigo, por alguna razón confiaba en mí. Tal vez porque yo fui marine, como su padre. Lo que no sabía era que su viejo y yo nos conocíamos. Cuando conté al consejo lo que Kora había averiado, y que me había dicho que quería revelar la información a las autoridades, me ordenaron matarla. Ella tenía que haber muerto en la explosión. Se suponía que era la única que tenía que quedarse a trabajar ese día hasta tarde, pero era el cumpleaños de uno de sus compañeros y decidieron sacar una tarta. Ella estaba fuera de la sala cuando la bomba estalló.

—Y después de haber fallado con su objetivo, ya solo le quedó culparla de

la explosión. Usted manipuló los videos que la exoneraban del asesinato —lo acusó Owen.

—¡Tenía que hacerlo! Si no me deshacía de ella, me habrían matado a mí. La empresa tiene muchos trapos sucios que no van a dejar que salgan a la luz.

—¿Entonces no fue usted el que dio la orden de asesinato?

La pregunta fue formulada por el sargento como si le estuviese brindando una tabla de salvación a Wilson, a la que poder aferrarse. Los ojos del hombre brillaron, esperanzados.

—No, no fui yo.

—Su palabra no nos vale. No sé para qué seguimos con esto. ¡Es ridículo!

—Volvió a quejarse Shadow, levantándose, con violencia.

Wilson se hizo pequeño en la silla, y lo miró, hacia arriba con temor.

—Puedo darles nombres, datos de las irregularidades de la empresa...

—¿Irregularidades? ¿Está de broma? —lo señaló Shadow dirigiéndose a su compañero— Estamos hablando de asesinatos. ¿Qué mierda es esa de las irregularidades? Solo nos interesa pillar a los responsables, a los que dieron las órdenes. A los que mueven los hilos, ¿entiende?

Los dos brazos de Shadow, como dos enormes columnas inquebrantables aparecieron ante los ojos de Wilson, cuando apoyó los puños en la mesa, frente a él. Su mirada oscura lo taladró con intensidad.

—Haré lo que quieran. Lo que quieran para que puedan atraparlos. Pero a cambio deben interceder a mi favor con la fiscalía.

Owen resopló, aparentemente sopesando esa posibilidad, mientras se reclinaba en la silla.

—Está bien, para empezar, vaya poniendo por escrito todo lo que sabe; datos fechas, nombres de los implicados y, por supuesto, su parte en los asesinatos. Después hablaremos de cómo va a ayudarnos a pillar a sus jefes. Si cumple con su parte, nosotros hablaremos bien al fiscal e intercederemos para que sea valorada su colaboración para atrapar a los culpables.

Wilson comenzó a asentir enérgicamente y tomó la libreta y el boli que le ofreció Owen. Inmediatamente se puso a escribir, cuanto le habían indicado, bajo la atenta mirada de Shadow que había vuelto a tomar asiento y, con los brazos cruzados, no perdía detalle de cada palabra que anotaba en el cuaderno.

Owen salió de la sala y fue al cuarto adjunto.

—Lo tenemos —dijo con una sonrisa satisfecha.

Duff, le dio un abrazo, feliz.

—Gracias —dijo sintiendo que aquella palabra no expresaba todo cuanto sentía—. Ha sido realmente espectacular, como un baile. Es impresionante lo bien compenetrados que están Shadow y usted.

—Hacíamos un buen equipo, sí. No voy a negar que lo echamos de menos en la Unidad —dijo Owen mirando a su compañero, a través del falso espejo.

—¿Y ahora cuál es el siguiente paso? —preguntó Hank.

—Ahora vamos a pillar a esos malnacidos. Y después, tendrás que cumplir con tu parte del trato —dijo esta vez para Duff.

Esta asintió y decidió que era el momento de hablar con Gus y conseguir la ubicación de Kora.

## CAPÍTULO 19

Ya era de noche cuando salieron de la comisaría. El día había estado repleto de tantas emociones que se sentía abrumada, emocionada y cansada en partes iguales. Tenía mucho que digerir, pero antes de nada, debía ponerse en contacto con Gus para saber si había conseguido extrapolar los datos de la pulsera de Kora.

Tomó su teléfono y marcó el número de la Hacker, rápidamente. No tuvo que esperar ni dos segundos, cuando esta le contestó.

—Gus, dime que la tienes.

—Por supuesto, llevamos trabajando en esto toda la tarde.

—¿Llevamos? —preguntó temiendo que hubiese compartido la información del caso de Kora con alguien que pudiese filtrarla.

—Sí, mi novio, Nemo, y yo. Él tiene algunos recursos de los que yo no dispongo. Solo nosotros hemos tenido acceso a la información, puedes estar tranquila.

Duff respiró con alivio.

—Entonces, ¿has dado con ella?

—¿Os he fallado alguna vez? Te paso los datos ahora mismo a la aplicación. Creo que encontrareis varias cosas interesantes. El objetivo tenía una rutina que realizaba cada día, con una precisión milimétrica. Estudiando las pautas dedujimos el lugar en el que se podía estar escondiendo. Pero para

cerciorarnos, Nemo echó un vistazo a las cámaras de seguridad de la zona. Ya sabes, cajeros, cámaras de tráfico, seguridad de los establecimientos...

—¿Podéis hackear todo eso?

—¿Por quién nos tomas? Somos los mejores.

Duff percibió la risa de Gus a través del teléfono y un sonido muy parecido a un beso. La pareja debía estar felicitándose por su buen trabajo. Se quedó en silencio un segundo sin saber si interrumpir el momento.

—Te envío también captura de las últimas imágenes recogidas en el día de hoy, de dichas cámaras. Sin duda la hemos localizado y sigue en su escondite.

Duff sintió que un peso enorme liberaba su pecho. Había temido que, tras la explosión, Kora hubiese cambiado de escondite y que ya fuera imposible localizarla.

—Por cierto, ¿recibiste las figuras que te envié? —preguntó queriendo cerciorarse de que tenía contenta a su colaboradora.

Gus era una fanática de la serie de televisión *Juego de tronos* y coleccionaba todo tipo de figuras de los personajes de la serie. Ella le había hecho llegar una figura de *Jon Snow* y su lobo, *Fantasma*, que sabía que le encantarían.

—Sí, aquí las tengo, decorando mi escritorio. Muchas gracias, son fantásticas.

—Gracias a ti, por todo. No lo habría conseguido sin ti —le dijo antes de que la Hacker diese por terminada la comunicación.

A Gus no le gustaba hablar por teléfono más de cuarenta y cinco segundos, exactamente. Era una de sus manías. Y si querías colaborar con ella tenías que seguirla a rajatabla.

—¿Todo bien? —le preguntó Hank, a su lado.

—Sí, nos lo ha enviado todo a la aplicación— Duff comenzó a abrirla para corroborar el contenido. Hank se colocó tras ella para echar un vistazo, tras su hombro. La sola proximidad del cuerpo masculino y el olor de su colonia llenaron sus pulmones haciéndola recordar los momentos de intimidad que habían compartido ese mismo día. Intentó concentrarse en las ubicaciones e imágenes que veían en la pantalla, pero le resultaba sumamente difícil con él tan cerca de su cuello. Sintiendo su aliento acariciarle los mechones liberados de la coleta alta que se había hecho al salir de la ducha que habían compartido.

—Parece que lo has conseguido —le dijo él con la voz algo más grave de lo normal.

Se giró para mirarlo y se dio cuenta de que el brillo salvaje volvía a su mirada verde e hipnótica. Al parecer la cercanía de sus cuerpos, también lo estaba afectando.

—Lo hemos conseguido —puntualizó ella enlazando la mirada con la suya.

Durante unos segundos tan solo se miraron. La electricidad entre los dos, era tan palpable como desconcertante.

—Es tarde, debería irme ya —dijo ella intentando cortar el momento.

—Puedo llevarte a casa... o a cenar —propuso acariciándole la mejilla.

El contacto de su piel, fue extenuante para sus sentidos. Se dio cuenta por primera vez de que tenía miedo. Le asustaba lo precipitado de lo que sentía. Se había sentido más unida a Hank de lo que se había sentido a su ex en los cinco años que habían pasado juntos. Le encantaba el hombre que la miraba en aquel momento, viéndola como como poca gente lo había hecho; tal como era.

—Mejor en otro momento. Ha sido un día... intenso —dijo bajando el rostro y alejándose de él.

—Está bien, no cenaremos. Pero no voy a dejar que vuelvas a escapar en un Uber. Yo te llevaré a casa. Su carroza la espera, princesa —le indicó señalando a su Lola.

Duff lo miró ladeando la cabeza, consciente de lo difícil que le iba a resultar separarse de él, si la llevaba hasta su apartamento. Por eso, cuando media hora más tarde, él aparcó frente al edificio de ladrillo rojo en el que se encontraba este, contuvo el aire para despedirse rápidamente. Hank, sin embargo, fue más rápido que ella, y la tomó de la mano, antes de que pudiese salir despavorida.

—¿Te veré mañana, Wonder Woman? —le preguntó clavando su mirada verde en ella.

Duff sonrió débilmente asintiendo.

—Claro, hasta mañana —dijo justo antes de liberarse de su agarre y salir corriendo hacia su edificio.

Duff contuvo lagrimas que amenazaban con salir en tropel de sus ojos. Evitar que él las viera, impidió que se girase una ultima vez a mirarlo antes de entrar en el portal. Con la vista completamente nublada, entró en su apartamento.

—Rubita, ¿qué te ocurre? —le preguntó Orel preocupado al verla entrar en ese estado.

—Ahora no puedo hablar. No puedo... Me duele... —fue lo único que pudo decir.

¿Cómo podía ser tan doloroso sentir su corazón lleno de tantas cosas? Jamás se había sentido así; viva, expuesta, aterrorizada, confusa, feliz... No tenía ningún sentido y se encerró en el baño a desahogar las miles de turbadoras emociones que la embargaban. Se deslizó apoyada en la puerta de madera, del baño, hasta que su trasero tocó el suelo. Apenas podía respirar, poseída por la congoja y el llanto incontrolado. No sabía lo que le pasaba, y se dio cuenta de que, tras la ruptura con su ex, no había llorado tanto como en ese momento. No de aquella forma desgarradora.

—Duff, déjame entrar. ¿Qué te ha pasado? Me estás asustando.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Orel resopló por tener que atender y dejar de insistir a Duff que seguía llorando sin consuelo. Fue hasta la puerta de la casa y abrió, molesto por la interrupción.

Hank se quedó paralizado cuando la puerta del apartamento de Duff se abrió. Lo último que esperaba era ser recibido por un hombre desnudo, salvo por el delantal negro que cubría escasamente su anatomía. Este lo miró molesto y

con la misma confusión que había en su rostro.

—¿Qué quiere? —le preguntó con impaciencia.

Hank, perplejo, se dio cuenta de que al lanzarse a los labios de Duff había dado por sentadas demasiadas cosas. ¿Cómo era posible que hubiese sido tan estúpido? Algo en su corazón se hizo añicos mientras ofrecía al tipo que seguía mirándolo con malestar, el teléfono móvil de Duff que había encontrado en el asiento del coche. Sin decir una palabra, después de que el otro tomase el móvil, se marchó apretando las mandíbulas y los puños.

Cuando llegó hasta su coche, soltó el aire contenido dolorosamente en los pulmones.

¿Por qué no le había dicho ella que tenía pareja? ¿Por qué no lo había detenido tras el primer beso que habían compartido? ¿Y si se había equivocado?, se pasó las manos por el rostro con desesperación. No había muchas explicaciones plausibles para que hubiese un hombre desnudo en su casa, pero y si se había adelantado en sus conclusiones. No podía creer que ella hubiese jugado con él de esa forma. ¿O acaso pensaba que era el tipo de hombre que se llevaba a una mujer a su casa, en la que convivía con sus hermanas pequeñas, si ella no fuera especial para él, si no pretendiese tener una relación con ella?

Queriendo creer que se había confundido y había una explicación para que el tipo desnudo estuviese en su casa, que no fuera que la esperaba a ella de esa guisa para sorprenderla con una loca noche de pasión, se giró para abrir la puerta del Hummer nuevamente y volver al apartamento para aclarar la situación.

Entonces miró hacia arriba, a las ventanas del salón del apartamento, justo en el momento de ver a Duff en brazos de aquel hombre. Ella hundía el rostro en su cuello mientras él le acariciaba la espalda y la apretaba contra su cuerpo, prácticamente desnudo.

Ya no había duda. El dolor se hizo tan insoportable que sintió que le atravesaba el pecho en dos. Arrancó el motor cegado por la rabia y se marchó de allí, sin querer mirar atrás.

## CAPÍTULO 20

Duff entró en la furgoneta de la Unidad de Inteligencia en la que estaba el técnico y Shadow, ambos preparados para hacer las escuchas del micro que Jeff Wilson llevaba puesto para su cita con el consejo directivo de Time Corp.

El día anterior Wilson, por orden de Owen, había llamado al presidente de la empresa para decirle que sabía dónde estaba Kora Tanner, que la había localizado y estaba dispuesto a deshacerse de ella, pero que quería dejar ese asunto y la empresa. Y por ello pedía dos millones como pago por los múltiples servicios que les había prestado y por su silencio.

Owen y el resto de agentes de la Unidad estaban preparados en vehículos estacionados en las inmediaciones de la empresa, pero Shadow, Hank y ella, habían quedado en permanecer en la furgoneta del operativo, para seguir la acción desde allí.

—¿Dónde está Hank? —preguntó a su cuñado extrañada de que no hubiese llegado ya.

—Pensé que vendría contigo —le contestó Shadow, apartándose los cascos por los que escuchaba a Wilson, que parecía nervioso.

—No, quedamos en vernos aquí —comentó frunciendo el ceño.

Se había pasado la noche dando vueltas en la cama, sopesando los pros y los contras de lanzarse a la piscina de una peligrosa relación con su nuevo compañero. Tras largas horas charlando con Orel, lo único que había sacado en

claro, había sido que estaba enamorada y, por lo tanto, cualquier análisis que quisiese hacer de la situación, no serviría de nada.

Lo amaba. Era una autentica locura. No tenía ningún sentido para ella que como psicóloga analizaba y diseccionaba las emociones para hacerlas comprensibles y encontrarles un sentido. Pero, ¿qué lógica podía tener enamorarse de un hombre al que acababa de conocer? ¿Qué lógica había en sentirse en casa al perderse en su mirada verde? ¿O en tocar el cielo con las manos cuando él la besaba? ¿Cómo podía explicar que sus corazones latiesen al unísono?

—¡Duff! ¿Estás aquí? —le preguntó su cuñado, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, por supuesto —sacudió la cabeza intentando centrarse en el momento crucial que estaban a punto de vivir. Aunque sintiese que una gran parte de ella le faltaba en ese momento. Quería haberlo compartido con Hank. Y no entendía que no estuviese allí. Él le había preguntado si se verían ese día. ¿Por qué no estaba, entonces?

—Ven. Mira, en esta pantalla puedes ver lo que retransmite la cámara que hemos instalado en la chapa identificativa de Wilson.

Duff se acercó con cuidado. El reducido espacio de la furgoneta estaba lleno de cables y artefactos. Se situó junto a su cuñado y saludó al técnico que había con él.

Cuando vio en la cámara que Wilson entraba en la sala del consejo,

contuvo el aliento. Ella no tenía audio, pero vio por primera vez las caras de aquellos que habían ordenado la muerte de Kora. Los culpables de las muertes de los cuatro chicos que trabajaban para ellos. Personas ataviadas con sus elegantes trajes, de las que jamás podría haber sospechado, al cruzárselos por la calle, que fuesen capaces de tener la sangre fría de matar por seguir manteniendo sus cuentas llenas de dinero. Capaces de blanquear dinero para eco terroristas y a saber qué cosas más.

—¿Qué dicen? —preguntó al ver que el presidente se levantaba de la mesa y señalaba a Wilson increpándolo por algo.

—Dicen que no puede dejar la empresa. Que hay mucho en juego y sabe demasiado. Le recuerdan la política de no dejar cabos sueltos, como en el caso de Kora. Y le pregunta que por qué cree que van a dejarlo a él con libertad y tras sobornarlos de esa manera. Que no toleran el chantaje y que él ya ha cobrado sobradamente por cada uno de sus servicios.

—¿Y Wilson? ¿Qué dice? —preguntó sin poder apartar la vista de la pantalla.

—Dice que sólo él sabe dónde está Kora y que, si no cumplen con sus exigencias y lo dejan salir de allí con el dinero, lo tiene todo preparado para que no solo Kora quede en libertad, sino que hará que todas las pruebas que guarda sobre los chanchullos de la empresa lleguen a los medios de comunicación.

—Bien jugado —apuntó Duff.

—Sí, de momento aguanta el tipo.

Duff se quedó sin aliento al ver que el presidente sacaba un arma y apuntaba al pecho de Wilson.

—¡Mierda...! —exclamó Shadow.

—Van a matarlo —dijo ella alarmada.

—Espera... Wilson está hablando nuevamente. Dice que la policía ha ido a verle a su casa. Que no va a dejar que lo culpen a él de la muerte de los chicos, que ellos fueron los que quisieron que pusiese la bomba en la oficina y que culpara a Kora cuando salió ilesa de la explosión. Que necesita ese dinero para huir y que no se va a marchar sin él.

Duff se apretó las manos con el corazón a mil por hora.

—Otro miembro del consejo pregunta qué garantías tendrán ellos de que no los delatará cuando tenga el dinero. Que ellos dieron la orden pero que fue él que colocó los explosivos y acabó con las vidas de los chicos.

Duff abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Los tenemos! —dijo Shadow por el micro a la Unidad. Entrad antes de que alguien resulte herido y tened en cuenta que al menos uno de ellos va armado.

Shadow se giró hacia ella y le brindó una gran sonrisa.

Los siguientes segundos ni pestañearon viendo las imágenes de la incursión de la Unidad en las oficinas y en la sala del consejo. El presidente intentó resistirse, pero finalmente consiguieron reducirlo, al igual que al resto de miembros, que terminaron todos esposados.

Duff gritó de alegría, sin poder contener la emoción.

Todo había terminado.

—Lo has conseguido, pequeñaja. Este era tu caso y lo has conseguido —le dijo Shadow henchido de orgullo—. Eres increíble —añadió.

—Sí, Wonder Woman —aceptó en un susurro quedo, dejándose abrazar por su cuñado. Y sintiendo que aquella victoria tan deseada, deslucía si no la podía compartir con Hank.

—Bueno, y ahora, te toca a ti —le dijo su cuñado— Vas a hacer la captura y entrega más importante del año. Vas a hacerte famosa.

Duff esbozó una sonrisa.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó advirtiendo que a su cuñadita le faltaba su habitual brillo en la mirada. Y esperaba que no tuviese que ver con Hank y su ausencia en la operación.

—No hace falta. Nos vemos en la comisaría, si no te importa.

—En absoluto, pequeñaja. Allí nos vemos.

\*\*\*

Duff, llegaba a la comisaría hora y media más tarde, tras ir a por Kora. Esta se había estado ocultando en un pequeño apartamento, situado en la planta superior del bar irlandés desde el que llamaba cada día a su hermana, que era propiedad del barman. Mantenían una relación amorosa y la había estado ayudando. Cuando le explicó que habían detenido a los miembros del consejo de Time Corp y además tenían sus confesiones y la de Jeff Wilson, esta no pudo

más que romper a llorar durante largo rato, en el que desahogó el infierno vivido durante ese tiempo.

—Sabes que ahora debo entregarte, ¿verdad? Es un trámite, pero debo hacerlo para que puedan exonerarte —le había dicho.

Kora se limpió las lagrimas de los ojos, y le ofreció las muñecas, con una sonrisa.

—Creo que eso no va a ser necesario.

—Prefiero que lo hagas tú a cualquier agente al entrar en la comisaría —le dijo esta.

Duff se mordió el labio, mientras sacaba sus esposas de la cinturilla de su pantalón. Y se las colocó con sumo cuidado.

Frente a la puerta de la comisaría, ambas se miraron y tomaron aliento a la vez, antes de subir las escalerillas. En el interior, el padre y la hermana de Kora la esperaban tras haberlos llamado Duff, para que pudiesen verla antes de ser detenida. Los tres se abrazaron entre lágrimas durante unos minutos, ante las atentas miradas de los agentes y detenidos que estaban allí. Duff vio a Shadow y Owen en la escalera que llevaba a la planta superior, donde estaba situada la Unidad de inteligencia. Observaban la escena satisfechos con el desarrollo de la operación.

—Siento tener que interrumpirles, pero ha llegado el momento —les anunció.

Tanto el señor Tanner como Nina, llorando de felicidad, asintieron y le

dieron las gracias.

—¿Preparada? —preguntó Kora, con una sonrisa.

—Preparada —fue su respuesta.

Duff la tomó del brazo y ambas se aproximaron al mostrador de información.

La agente que atendía en ese momento la miró con curiosidad.

—Buenos días, soy Duff Paxton. Soy cazarrecompensas y vengo a entregar a Kora Tanner.

En ese momento tanto Shadow como Owen, comenzaron a aplaudir haciendo que sus mejillas se encendiesen. Pero antes de poder protestar, un agente asumió la custodia de Kora y ella se vio atrapada por los fuertes brazos de su cuñado, que la estrujaba orgulloso.

—Sabe señorita Paxton, sería una gran agente de policía —le dijo el sargento.

Aquella declaración la pilló desprevenida. No pudo responderle porque en ese momento, el teléfono de Duff sonó en su bolsillo y se apresuró a cogerlo pensando que podría ser Hank, pero al otro lado de la línea la saludó Mary con tono apremiante.

—Hola linda, ¿está el jefe contigo? Lo estoy llamando, pero debe tener el teléfono en silencio y es urgente. Me han llamado del hospital, Emma ha sido ingresada. Se ha puesto de parto.



## CAPÍTULO 21

—¡No quiero tener a mis bebés así! —gritó Emma a Shadow, apretando su mano cuanto pudo, mientras sufría una nueva y dolorosa contracción.

Shadow a pesar de haber ido con ella a cada una de las clases de preparación al parto, se sintió cohibido al ver el rostro desencajado de Emma, por el dolor. No imaginaba por lo que estaba pasando y tampoco sabía cómo ayudarla. De repente todo el rollo de las respiraciones le pareció una estupidez. Tenía que haber leído más libros, ver más vídeos, haber hecho algo más.

—¿Qué quieres que haga, princesa? —le preguntó acercándose hasta su frente, perlada de sudor, y besándola.

—Quiero que nos casemos, ahora.

Eso no lo esperaba. Emma necesitaba tenerlo absolutamente todo bajo control. Tenían decenas de agendas en las que organizaba, anotaba y estudiaba cada detalle de cualquier evento, mucho más su boda. Y desde que se lo había pedido hacia unos días, no había hecho otra cosa más que llenar la casa de muestras, revistas, telas, sus libretitas y un sinfín de cosas más, todas en color amarillo y morado, que él no entendía qué eran. Lo único que sabía él era que ella había querido que se casasen en primavera, cuando sus bebés hubieran tenido seis meses. A él le había parecido bien, pero ahora no sabía qué pensar.

—Pelirroja, lo tenías todo preparado para primavera. La boda perfecta, tal y como la habías soñado...

El rostro de Emma se contrajo en un mohín, tan rápidamente que a Shadow no le dio a tiempo a preverlo. Inmediatamente rompió a llorar.

Shadow parpadeó un par de veces, sin entender qué pasaba.

—Ya no quieres casarte conmigo, ¿verdad? Cómo estoy hecha un adefesio, con esta bata horrible de hospital, sudada y gorda....

—¡Ey...ey...ey! ¿de qué estás hablando? Estás preciosa, como siempre. No, más aún. La mujer más hermosa del mundo a punto de darme el mayor regalo de mi vida.

—No puedo hacerlo así. ¿No lo entiendes? Nuestros bebés no pueden nacer sin que sus padres estén casados. No es lo correcto.

—¿Lo correcto? Nuestros bebés van a tener a unos padres que los amarán por encima de todo, ¿no es lo más importante?

Una nueva contracción crispó el rostro de Emma por el dolor. Se aferró la barriga y comenzó a hacer las respiraciones, y Shadow con ella, solo por acompañarla.

Cuando esta pasó, ella lo miró con determinación psicótica.

—No voy a tenerlos. Hoy no, así no. Me niego a tenerlos de esta forma. Nacerán sabiendo que sus padres están casados...

—Cariño, no puedes negarte a tener los bebés, ¿lo entiendes? Eso es ridículo. Los bebés van a nacer hoy.

—Yo soy la que tiene que parirlos y te digo que no pienso tenerlos hoy. Que no estoy preparada, no tengo la bolsa con su ropa hecha, no he dado la

ultima clase de preparación al parto y cuidado del bebé. ¿Y si se me caen? ¿Y si no se hacerlo bien? No tengo lista la habitación para dos...

Emma comenzó a escupir una tras otra, todas las verdaderas razones para que hubiese perdido la cabeza en ese momento, y todas se resumían en una; tenía miedo.

—Está bien, si soluciono todo lo de tu lista, ¿estarás bien?

—No puedes solucionar todo lo de mi lista. A mí me habría llevado semanas. Y tú no...

—Shhh... —la hizo callar colocando un dedo sobre sus labios. Solo relájate y respira. Ahora mismo vuelvo.

Emma se quedó perpleja cuando lo vio salir de la habitación. ¿La había dejado sola? ¡No podía tener a sus bebés, sola!

Shadow se dirigió a grandes zancadas hacia la sala de espera, en la que aguardaba toda la familia. Cuando llegó todos se levantaron de sus sillas y lo miraron con una sonrisa.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó la señora Paxton.

—¿Y los bebés? —preguntó Alanah.

—Emma está histérica y eso es algo que no le viene bien a los bebés.

—¿Cómo que está histérica? Emma no pierde el control, que locura estás diciendo. Cuando yo tuve a Charlie y amenacé a las enfermeras con sacar mi calibre 22 sino me ponían la epidural inmediatamente, eso fue estar histérica. Y fue ella la que evitó que hiciese una locura —intervino nuevamente, Alanah.

—¡Wow! Lo recuerdo bien, aquel fue el mejor momento que he vivido en un hospital —recordó Duff, riendo. Al momento se dio cuenta de que Shadow las miraba con el ceño fruncido.

—Estamos desvariando, de acuerdo, ¿qué necesitas? —recondujo la conversación.

—Bien, está asustada. Que los bebés se hayan adelantado ha roto todos sus planes. No tiene la bolsa con sus cosas preparada...

—De eso me ocupo yo —se apresuró a ofrecerse la señora Paxton, inmediatamente.

—Perfecto, Linda —dijo Shadow señalándola.

—Ahora, la boda...

—¿Boda? —preguntaron todos alucinados.

—Sí, la boda. Dice que no va a tener a los niños hasta que estemos casados.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó el señor Paxton.

—Efectivamente, es una locura, pero voy a darle todo lo que quiere, incluida una boda, aunque tenga que ser en este hospital.

La docena de ojos que lo observaban se abrieron de par en par.

—Alanah y Cameron, necesito que encontréis a un cura y lo traigáis lo antes posible.

—¡Hecho! —respondió Cameron por ambos, ya que su mujer parecía haber entrado en estado de Shock. Tiró de ella y ambos salieron corriendo.

—Necesito que alguien se ocupe de traer algunas de las cosas que Emma estaba preparando para la boda; flores, adornos, servilletas...

—¡Y una tarta!

Shadow miró a su cuñada como si fuese la segunda Paxton en perder la cabeza ese día.

—Mi hermana dice que una boda no es oficial hasta que se parte la tarta.

Shadow ladeó la cabeza reconociendo que se lo había oído decir.

—Pero no te preocupes tú por eso. Yo me encargo de los adornos y la tarta —aseguró Duff.

Él asintió satisfecho viéndola marchar diligente y se giró para dirigirse a los dos hombres que quedaban a su lado.

—Señor Paxton, necesito que cuide un momento de Emma mientras hago unas llamadas, y Donnie, puedes traer hielo en un vaso, Emma tiene la boca seca —Cuando estaba a punto de irse, lo detuvo—, y otra almohada, para los riñones. Dice que la están matando.

Shadow vio a cada uno desaparecer y soltando el aire con pesadez tomó su móvil para llamar a la oficina, necesitaba un par de favores más.

\*\*\*

Hank estaba en su despacho, organizando el reparto de casos que a partir de ese momento llevarían él y Duff, por separado. En cuanto Shadow volviese a

la agencia, le diría que no quería volver a trabajar con ella. Tal vez su decisión no fuera muy profesional, pero tras horas y más horas, recordando la imagen de la mujer que había hecho que perdiera la cabeza y el corazón, en brazos de otro hombre, no estaba dispuesto a compartir un minuto más con ella, que no fuese absolutamente necesario.

De hecho, había llegado a sopesar, con absoluta seriedad, abandonar la empresa, pero eso habría sido del todo irresponsable pues, aunque su hermana Mónica ayudaba en los gastos, con su trabajo a media jornada en la cafetería, mientras cursaba sus estudios de veterinaria, él era el sostén principal para su familia. Les iba bien, porque terminaba muchos casos y ganaba mucho dinero, pero no había mejor agencia en la ciudad que la de Shadow, y el pan de su familia estaba por encima de su maltrecho corazón y ego aplastado.

Se quedó mirando la etiqueta azul con la que estaba clasificado el siguiente expediente y apretó los dientes al recrear en su mente, el color de los preciosos ojos de Duff. Si iba verla en todas las malditas pegatinas de las carpetas, estaba bien jodido, pensó lanzándola sobre el escritorio. Se pasaba una mano por el rostro, mientras resoplaba, frustrado, cuando Mary lo llamó enérgicamente desde su mesa.

—¿Dónde está el fuego? —Llegó corriendo hasta ella.

—El jefe te necesita, urgentemente.

—Bien, ¿dónde tengo que ir? —Tomó las llaves del bolsillo de su pantalón dispuesto a reunirse con él.

—Necesita que vayas a la tienda, compres otra cuna de estas características —Mary le ofreció una hoja impresa con la foto de una cuna en amarillo pastel—, vayas a su casa y la montes en la habitación de los bebés. Como no esperaban que fueran dos bebés, solo tienen preparado el cuarto para uno.

Hank que estaba completamente alucinado con el encargo, sintió que se le descolgaba la mandíbula.

—Y dice que siente no habértelo preguntado en persona, pero que pensaba hacerlo en el operativo de Kora Tanner y al no haber asistido, no le dejás otra opción...

Hank se sintió culpable por haberlo dejado colgado, pero era el caso de Duff y no habría podido estar con ella sabiendo que había estado jugando con él.

—Necesita saber si quieres ser el padrino de su futura hija.

—¿Hija? —fue lo único que consiguió preguntar.

—Sí, saben que al menos uno de los bebés es una niña, y dice que a nadie se le dan mejor las chicas que a ti, que cuidas de tus cuatro hermanas y que no se le ocurre un padrino más acertado.

A esas alturas, ya no sabía ni qué decir. Que Shadow lo considerase para ser padrino de uno de sus vástagos, era todo un honor. Sonrió al imaginarse en el papel de padrino.

—¿Y bien? —le preguntó Mary con una de sus radiantes sonrisas.

—Dame las llaves de su casa, me voy a comprar una cuna para mi ahijada.

Dile a Shadow que cuente conmigo. —Tomó las llaves y salió de la oficina, feliz con la noticia.

\*\*\*

Duff estaba metiendo en una caja, una selección de todo lo que su hermana tenía diseminado por la mesa del salón, concerniente a la boda, cuando oyó ruidos sospechosos tras la puerta. Sabía que no podía tratarse ni de su hermana ni de su cuñado. El resto de familiares estaban cumpliendo cada uno con su parte para dar a Emma la boda y parto perfectos, dentro de lo que cabía. Por lo que aquellos ruidos solo podían provenir de un intruso. Con premura fue hasta su cazadora y sacó su bastón de lucha del interior. Lo sacudió con fuerza para desplegarlo y se preparó para recibir al que parecía forcejear con la cerradura.

Cuando la puerta se abrió y bajo el marco vio a Hank, sujetando unos papeles con la boca y portando una caja enorme, se quedó sin palabras y paralizada, aun con el brazo en alto. A Hank se le cayeron los papeles al suelo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios estás haciendo tú a aquí? —le preguntó, molesto.

—No, ¿qué estás haciendo tú? Esta es la casa de mi hermana.

—Lo sé perfectamente, no se me ocurriría montarle una cuna a nadie más hoy —respondió él, inquisitivo.

—¿Has venido a montar la cuna? —preguntó asombrada.

Hank se limitó a señalar la gran caja como si fuera más que evidente.

—Yo he venido a por adornos para la boda. Emma no quiere tener los bebés sin que se hayan casado antes, así que vamos a intentar celebrar una boda en el hospital, antes de que lleguen.

Hank se limitó a asentir, mirándola de arriba abajo. Maldita sea, necesitaba odiarla, pero era muy difícil cuando la muy condenada estaba plantada delante de él, preciosa, como una aparición. La vio morderse los labios y recordó que había hecho ese mismo gesto, en su cama, entre sus brazos.

—¿Puedes apartarte? Tengo que llevar este trasto al cuarto de los bebés — le dijo sin humor.

—¿Se puede saber por qué me hablas así? Solo yo tengo motivos para estar enfadada. Hoy no has aparecido en el operativo de Kora, y prometiste que estarías conmigo.

A Hank le pareció increíble que ella le increpara que no la hubiese acompañado. ¿Tenía tanta cara dura como para hacerse la víctima?

—Mira, guapa. No voy a discutir contigo. He descubierto tu juego. Te he calado. Ya no puedes tomarme el pelo más. Pero no importa, ha sido mejor hacerlo ahora, cuando lo que haya habido entre nosotros pueda quedar solo como un buen polvo para recordar.

Los ojos de Duff se abrieron de forma desorbitada antes de levantar la mano con la intención de darle un tortazo. Hank que, vio sus intenciones a tiempo, la tomó de la muñeca, deteniéndola a pocos centímetros de su mejilla.

Tenía pensado usar todo su arsenal de sarcasmo e ironía, para burlarse de ella, cuando leyó en sus ojos algo parecido al dolor y la decepción.

—Rubita, tu hermana no tiene nada aquí con lo que pueda hacer una tarta —la voz de Orel interrumpió el tenso momento.

Hank lo miró apretando las mandíbulas.

—¡No puedo creerlo! ¿Te lo has traído a casa de tu hermana? ¿Pensabas echar un polvo rápido antes de la boda?

—¿Pero de que demonios estás hablando? ¿Y quién te crees que eres para hablarme así?

Hank sacudió la cabeza, sin poder creer la escena.

—¡Oh, vaya! Eres el tipo que trajo el móvil de Duff, anoche, ¿verdad?

Duff miró a su amigo con el ceño fruncido.

—¿Estuviste en mi casa? —preguntó consternada.

—Ya sabes que sí. Fui a llevarte tu teléfono, te lo dejaste en mi coche.

—En realidad... sin animo de interrumpir... —comenzó a decir Orel levantando el dedo con una sonrisa forzada—...Duff no tiene ni idea. Tuvimos una noche movidita y no vi el momento de decirle lo del móvil. Simplemente lo dejé en su bolso.

—Una noche movidita... ¿Así lo llamáis? ¿Ese es vuestro rollo?

Ambos lo miraron perplejos.

—Da igual, no me importa. No quiero oírlo... —dijo girando el rostro para dejar de mirarla. No podía hacerlo. Le dolía demasiado—. Pero, ¿sabes una

cosa? No hacía falta que me mintieses. Si lo que querías era echar un polvo y ya está, solo tenías que haberlo pedido... Pero jugar a la chica inocente, a que realmente te afectaba lo que pasaba entre los dos, mientras te acuestas con otro... —apretó los dientes— Me engañaste. Juro que era lo último que me esperaba.

—Yo no he jugado a nada. No entiendo una palabra de lo que dices.

—Me parece, cielo, que el grandullón cree que tú y yo... —Orel unió sus dedos índices, repetidamente insinuando que estaban juntos.

—No creo nada. Os vi por la ventana. Y estabas desnudo, en su apartamento...

—¡Ay madre! Creo que lo mejor será que me vaya y os deje solos aclarando todo esto. Duffi, cariño, no te preocupes por la tarta, me ocupo yo de todo y la llevo directamente al hospital —dijo abrochándose el abrigo, al pasar junto a Hank de camino a la puerta, se detuvo a su lado— Y en cuanto a ti, grandullón, deberías saber que, aunque adoro a la rubita, tú eres más mi tipo.

Hank se quedó perplejo, sin saber qué decir. Ni siquiera cuando el hombre salió por la puerta, pudo articular palabra.

—¿Así que creíste que me acostaba con Orel? —Duff se paseó lentamente por la habitación.

—Os vi...

—¿Qué es exactamente lo que viste, Hank? —preguntó cruzándose de brazos.

—Me abrió la puerta, casi desnudo y después os vi, abrazados...

—Ya —dijo ella chocando la lengua contra el paladar, provocando un chasquido—. Pues has metido la pata, chico listo.

Este fue el turno de Hank de cruzarse de brazos y alzar una ceja.

—Orel no estaba en mi piso, sino yo en el suyo. Es su casa y me alquila una habitación. Somos compañeros de piso y por si no te habías dado cuenta, es gay. No tiene el más mínimo interés en mí, a parte de nuestra amistad y que pruebe los succulentos platos que prepara para su restaurante.

—¿Y lo de ir desnudo?

—Me temo que esa es una costumbre arraigada en él contra la que no puedo luchar. Cuando crea platos nuevos para la carta, cocina casi desnudo, para sentirse en conexión con su arte —dijo elevando los brazos, explicando la excentricidad de su amigo.

—Pero os estabais abrazando. Ha dicho que tuvisteis una noche movidita.

—Sí, eso es verdad —dijo Duff apartando la vista por primera vez. ¿Qué podía decirle, que Orel la consolaba porque no era capaz de asimilar lo que sentía por él? —. Necesitaba un amigo y él me consoló —se limitó a explicar.

Hank no supo qué pensar. Había dejado a Duff en su apartamento, después de un día apoteósico, al menos para él. Pero ella había vuelto a casa necesitando un amigo.

—¿Necesitabas un amigo después de estar conmigo? ¿No podías contarme a mí lo que te pasaba?

Duff no le contestó. No sabía cómo hacerlo.

—¡Ayúdame a entenderlo! ¿Te arrepentiste de lo que pasó entre nosotros? ¿Necesitabas huir de mí? ¿Por eso no quisiste cenar conmigo? —Las preguntas de Hank aumentaban de volumen con cada palabra, al tiempo que su desesperación.

—¡No! ¡No! Necesitaba espacio porque lo que siento por ti es demasiado fuerte. —Las palabras salieron disparadas de su boca e inmediatamente Duff quiso que se la tragara la tierra. Cubrió su rostro con ambas manos, sintiéndose expuesta y estúpida.

Estaba conteniendo las ganas de llorar cuando sintió las manos de Hank posarse sobre las suyas. Su tacto era cálido al tiempo que electrizante.

—Duff, déjame verte —le dijo con suavidad, tan cerca de su cuerpo que el olor de su colonia llegó hasta ella, aturdiéndola.

No opuso resistencia cuando él le destapó el rostro, sin embargo, mantuvo los ojos cerrados, no queriendo perderse en su mirada. Un escalofrío recorrió su espalda cuando los labios Hank se posaron sobre su mejilla, tan lentamente como el aleteo de una mariposa. Otro beso siguió al primero, cerca de su mandíbula. Otro más en la comisura de su labio inferior, hizo que se estremeciera.

—Te quiero —oyó que decía contra sus labios y entonces abrió los ojos, atónita, para perderse en las verdes praderas de los de Hank.

No había burla, ni sarcasmo ni su habitual socarronería. Solo una

sinceridad abrumadora que detuvo su corazón en un eterno latido.

—¿No vas a decir nada? Te aseguro que una declaración como esa no es propia de mí. No he dicho jamás esas palabras a ninguna mujer que no fuera de mi familia.

Duff sonrió, mordiéndose el labio. Elevó los brazos y colocándose de puntillas lo besó en los labios con ternura, con dulzura, con toda la locura que le hacía sentir.

—Yo también te quiero —le dijo ella en un susurro quedo contra sus labios, casi sin aliento.

Entonces descubrió que aquellas palabras la habían sanado. Ya no sentía dolor, solo una abrumadora sensación de plenitud y felicidad en la que solo quería perderse una y otra vez. Tal vez para siempre.

\*\*\*

—¡No estoy preparada! ¡No estoy preparada! —repitió Emma cuando las enfermeras le dijeron que era la hora de ir al paritorio y empezaron a mover su camilla.

—¿No pueden esperar un minuto más? —preguntó Shadow, sin soltar la mano de Emma.

—¡Ya estamos aquí! —Duff fue la primera en irrumpir en la habitación y tras ella el resto de miembros de la familia. Los hombres llevaban los arreglos

florales amarillos y morados en sus solapas, mientras las mujeres pequeños ramilletes atados a sus muñecas.

Las enfermeras se quedaron pasmadas cuando el grupo irrumpió en la habitación acompañado de un cura.

Alanah dio un pequeño ramo a Emma, tan bonito como delicado. Y ella le brindó una sonrisa mezclada con una mueca de dolor de la siguiente contracción.

—Por favor dese prisa o tendremos a los gemelos como testigos de la boda —apremió Shadow al sacerdote.

—Está bien. Esta va a ser la boda más rápida que haya oficiado jamás. Estamos aquí reunidos para celebrar el enlace de...

Emma bramó de dolor y respiró profusamente, con una mano en la tripa y otra aferrada a Shadow.

—Está bien —dijo el cura sintiendo que comenzaba a sudarle la frente — Emma Paxton, ¿aceptas a Jay Hayden, como esposo, en la salud y en la enfermedad y... todo lo demás? —atajó cuando vio que la novia cambiaba de color tornándose sus mejillas al más enfurecido carmesí.

Emma asintió vigorosamente sin dejar sus respiraciones.

—Y tú, Jay, ¿aceptas a Emma Paxton como esposa, en la salud y la enfermedad... etcétera, etcétera, etcétera...?

—Por supuesto, sí quiero.

—Muy bien. Pues yo os declaro, marido y mujer. Ahora, Jay, puedes besar a la novia.

Shadow se acercó a la que ya era su mujer y la besó en los labios marcando su impronta en ella. Justo antes de que Emma volviese a bramar de dolor.

—Está bien, se acabó el espectáculo. Despejen para que podamos salir — dijo la enfermera, limpiándose una lágrima, emocionada, y tomando el control de la situación, antes de que los bebés naciesen en aquella habitación.

La familia obedeció y abrieron un camino para que Emma y Shadow pudieran pasar. Todos deseaban suerte a la pareja, con emoción.

Ahora solo quedaba esperar.

Apenas treinta minutos más tarde, Shadow salía del paritorio con una cara que ninguno de los presentes le había visto jamás. No sabían cómo describir la mezcla de embelese y desconcierto. No se atrevieron a preguntarle, conteniendo el aliento y dándose las manos los unos a los otros.

—Emma está agotada, pero bien. Y soy padre... Soy padre de dos preciosas niñas, que estoy seguro de que me van a volver loco, tanto como su madre.

La familia, saliendo de su estupor, lo abrazó y compartieron su felicidad, fundiéndose con él en un gran abrazo. Duff y Hank unieron sus manos entrelazando los dedos. Se miraron con complicidad sabiendo que jamás podrían olvidar ese día.

## EPÍLOGO

Duff, sintiendo el corazón a mil por hora y la exultante sonrisa dibujada en la cara, miró a un lado y a otro para contemplar los rostros, igual de felices, de sus nuevos compañeros. Los focos iluminaban sus rostros radiantes. Volvió a mirar al frente, justo a tiempo de escuchar las últimas palabras del discurso de bienvenida.

—... Ya formáis parte del cuerpo de policía más preparado del mundo. Bienvenidos a la policía de la ciudad de Nueva York. —Las palabras del jefe de policía de la ciudad, hicieron que fuese consciente, por primera vez de que su sueño se había hecho realidad.

Repartió felicitaciones con los compañeros con los que había compartido el periodo de la academia. Pero sus ojos, cada pocos segundos, se desviaban a las gradas, en las que toda su familia y amigos, habían seguido la ceremonia y esperaban para darles sus propias felicitaciones. Ataviada con su flamante uniforme azul, se dirigió a ellos, sin poder evitar el paso acelerado, más parecido al trote de un potrillo excitado.

La primera en abrazarla fue su madre, pero su padre y hermanos, no tardaron en unirse al gesto hasta cubrirla totalmente.

Los siguientes en felicitarla fueron Shadow, Mary y Orel, que se limpiaba del raballo del ojo, una lagrima furtiva, producto de la emoción.

—Por favor no llores, o harás que lo haga yo también, y quedará hecha un

adefesio para mi comida de celebración.

—Oh, no, eso no. Ya no lloro más —dijo su amigo conteniendo un mohín.

Duff lo vio marchar seguido de su cuñado y Mary, que le lanzó un beso. Cuando volvió a girarse, los ojos de Hank la atraparon con un magnetismo arrollador. Llevaban seis meses juntos, los mejores de toda su vida. Estaba a punto de ir hacia él cuando un hombre se interpuso entre ambos, levantó el rostro para encontrarse con una mirada azul que recordaba muy bien.

—Sargento Owen, ¡qué sorpresa! No esperaba verlo por aquí.

—Bueno, es que me habían comentado que hoy se graduaba una agente a la que le tengo echado el ojo desde hace tiempo, para mi unidad.

La expresión perpleja de Duff era todo un poema.

—Siempre que ella desee incorporarse con efecto inmediato —añadió.

—Por... supuesto, señor. Muchas gracias por confiar en mí. Le aseguro que lo estoy deseando —dijo tan halada como sorprendida aún por la propuesta.

—De eso estoy seguro. Nos vemos el lunes, agente.

Ambos se despidieron con un apretón de manos. Y entonces, por fin, su novio se acercó a ella y la tomó entre sus brazos, abrazándola con fuerza.

—¿Lo has oído? —le preguntó alucinada.

—Lo he oído, Wonder Woman. La Unidad de inteligencia va a subir de nivel contigo en el equipo.

—Adulador —le dijo entre risas encantadas.

—Solo digo la verdad. Y agente Paxton, es usted la policía más sexi y

preciosa que he visto jamás —añadió con absoluta adoración.

—Apuesto a que lo dices porque el uniforme te da cierto morbo —lo provocó, coqueta, quiñándole un ojo.

—Solo cuando eres tú la que lo lleva puesto.

Duff lo besó sintiendo que cada fibra de su cuerpo despertaba al contacto de sus labios, ligeramente llenos y provocadores.

—Voy a echarte de menos, compañera —le confesó en un susurro ronco, uniendo sus frentes.

—Y yo a ti, pero sabes que me va más lo de servir y proteger al inocente, que lo de atraparlo.

—Lo sé, por eso te compartiré con la ciudad de Nueva York durante el día, siempre y cuando seas mía cada noche.

—¿Cada noche? —preguntó conteniendo el aliento.

—Todas y cada una de las noches del resto de tu vida, quiero solo para mí, lo que tomo de ti —apuntó él con una de sus sonrisas granujas.

—¿Y qué es lo que quieres tomar de mí? —preguntó sintiendo que el suelo comenzaba a moverse bajo sus pies.

Hank se acercó a su oído para susurrarle lo que pensaba hacerle en cuanto terminase la comida de celebración de su graduación, en la soledad del dormitorio que ya compartían, en casa de Hank. Duff se estremeció inmediatamente. Y con una sonrisa traviesa le dijo:

—Señor Barkley, acaba de ganarse que le ponga las esposas.

FIN

## SORTEOS INTERNACIONAL

¿Eres adicta al suspense romántico?

Si es así y has leído los libros de esta serie, no puedes perder la oportunidad de conseguir un ejemplar recopilatorio, en papel, con toda la serie, firmado y dedicado especialmente para ti.

¿Qué hay que hacer para entrar en el sorteo?

- 1- Haber leído alguno de los libros de la serie Suspense Romántico, que consta de los títulos; *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de ti* y *Lo que tomo de ti*.
- 2- Haber dejado tu opinión en Amazon, sobre el o los libros que hayas leído. Por cada opinión recibirás un número para el sorteo.
- 3- Entrar en [www.lorrainecoco.com](http://www.lorrainecoco.com) y rellenar el formulario de participación en el sorteo, colgado en la página de inicio.
- 4- El plazo de participación será hasta el 13 de febrero de 2018. El día catorce, saldrá publicado el nombre de la ganadora en mi grupo de Facebook,  
[Las encadenas de Lorraine Cocó.](#)

Mucha suerte y felices lecturas.

# GLOSARIO

\*<sup>1</sup>- Wonder Woman es una superheroína ficticia creada por William Moulton Marston para la editorial DC Comics.

\*<sup>2</sup>- Marvel Worldwide, Inc. es una editorial de cómics estadounidense creada en 1939, inicialmente con el nombre de Timely Comics. Entre sus personajes emblemáticos del género superheróico se encuentran Spider-Man, Capitán América, Iron Man, Hulk, Thor, Deadpool, Avengers, Wolverine, Daredevil, los X-Men, Luke Cage, Inhumanos, entre otros.

\*<sup>3</sup>- Madelman fue un muñeco de juguete de acción articulada, fabricado entre los años 1968 y 1983 por Industrias Plásticas Madel.

\*<sup>4</sup>- Uber Technologies Inc. es una empresa internacional que proporciona a sus clientes una red de transporte privado, a través de su software de aplicación móvil, que conecta los pasajeros con los conductores de vehículos registrados en su servicio, los cuales ofrecen un servicio de transporte a particulares. La empresa organiza recogidas en cientos de ciudades de todo el mundo y tiene su sede en San Francisco, California.

\*<sup>5</sup>- Buenas tardes, señora Andrade.

\*<sup>6</sup>- Señor Barkley, ¿tiene algún problema en su casa?

\*<sup>7</sup>- Ninguno, ya nos vamos. Buenas tardes.

\*<sup>8</sup>- Eres preciosa, mi Wonder Woman.

## AGRADECIMIENTOS

Esta parte es siempre muy complicada para mí. Son tantas las lectoras que me apoyan libro a libro, página a página, que temo dejarme a alguien en el tintero.

Pero en esta ocasión quiero dar las gracias a algunas de esas lectoras que llevan conmigo desde mi primer libro, de forma incondicional; Lorena Santos Hijosa, Mónica Agüero, Beatriz Cortijo, Lidia García Betancort, M.<sup>a</sup> del Pilar Navarro, Minerva fuentes, Myriam González, María del Mar García González, Susana Pérez Muñoz, Laura Frías Alonso, Ana Tapia, M.<sup>a</sup> José Gijón Luque, Ascensión Navarrete, Glamarys M. Ginés, Mayte López, Andrea Gutiérrez, Eva Justo Prieto, Vanesa Vázquez, Noelia Velasco Juarros, Almudena González Martínez, Carol Rodríguez, Encarna Prieto, Natividad Ruano, Liliana Riveros, y Antonia Martínez.

Y una mención especial a Mary Garza, que no solo me prestó su nombre sino parte de su esencia para formar parte de Lo que tomo de ti.

## SOBRE LORRAINE COCÓ

Lorraine Cocó es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Cartagenera de nacimiento y corazón, ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola.

En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea a la paranormal o distópica.

Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En mayo de 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos.

Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar *La Portadora*, *DAKATA* y *Las hermanas De´Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre de 2015 publicó con la editorial Libros del Cristal *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica en los Premios Infinito.

En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada.

En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*.

En 2017 se ha estrenado en el mercado anglosajón con su primera obra traducida al inglés, *Perdición Tejana*.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

Podéis encontrarla en:

[www.lorrainecoco.com](http://www.lorrainecoco.com)

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>